

Lecciones de teoría política

II

La democracia de los atenienses
Entre la *stásis* y la *diálýsis*

Hernán Felipe Prieto Bernal



**UNIVERSIDAD
LIBRE®**



2

Cuadernos para la libertad

Lecciones de teoría política

II

Lecciones de teoría política

Hernán Felipe Prieto Bernal

II

La democracia de los atenienses

Entre la *stásis* y la *diálisis*

Cuadernos para la libertad

• 2 •

Tiranía: la segunda desgracia



UNIVERSIDAD LIBRE®

2021

Prieto Bernal, Hernán Felipe
Lecciones de teoría política II : la democracia de los atenienses entre la stásis y la diálsis / Hernán Felipe Prieto Bernal – Bogotá : Universidad Libre, 2021.

198 p.: 20 cm. (Cuadernos para la libertad, 2)

Incluye bibliografía

ISBN 978-958-5578-84-5

1. Democracia 2. Teoría política

321.8

SCDD 21

Catalogación en la Fuente – Universidad Libre. Biblioteca

Coleccion: Cuadernos para la libertad

Director Editorial: John Fitzgerald Martínez V.

Título: Lecciones de Teoría Política. La democracia de los atenienses.

-Entre la *stásis* y la *diálsis*- II

© Autor: Hernán Felipe Prieto Bernal

© Facultad de Derecho, 2021

ISBN digital: 978-958-5578-84-5

Primera edición en español: 2021

Comentarios y sugerencias: john.martinez@unilibre.edu.co

Queda hecho el depósito que ordena la ley.

Editorial: Universidad Libre

Director de Proyecto Editorial: John Fitzgerald Martínez V.

Coordinación editorial: Luz Bibiana Piragauta Correa.

Correo electrónico: comunicaciones@unilibre.edu.co

Calle 8 No. 5-80. Teléfono: 3821000, Bogotá, D. C.

Portada: Perseo matando a Medusa, detalle de un olpe atribuido al pintor Amasis, 550-530 AEC, Museo Británico, Londres.

Producción: AF&M Producción Gráfica S.A.S. - afmproducciongrafica@gmail.com

Diseño y diagramación: Diana Guayara Vallejo - eykon.graffein@gmail.com

Esta obra está financiada por el Fondo de Publicaciones de la Universidad Libre

Produced in Colombia



«Atribución-No comercial-Sin derivar»



BY – Otros pueden copiar, distribuir y mostrar la obra, pero deben otorgar crédito al autor.



NC – Otros pueden copiar, distribuir y mostrar la obra, pero solo con propósitos no comerciales.



ND – Otros pueden copiar, distribuir y mostrar la obra, pero no modificarla.

creative commons

Publicación impulsada por:



UNIVERSIDAD LIBRE®

Facultad de Derecho - sede principal
Centro de Investigaciones Sociojurídicas
de la Facultad de Derecho

Grupo de investigación
Estudios en Bioética, Ecología Humana
y Ecología Política

Libro resultado del proyecto:

Lecciones de teoría política
Prof: Hernán Felipe Prieto Bernal

Universidad Libre
Bogotá, D. C
2021

Pares evaluadores

Raul Moreno:

Profesor Universidad Central - Bogotá, Colombia

Jorge Fabra Zamora:

Profesor University of Toronto - Toronto, Canadá

John Fitzgerald Martínez V.:

Profesor Universidad Libre - Bogotá, Colombia

Directivas Universidad Libre

Presidente: Jorge Alarcón Niño

Vicepresidente: Jorge Gaviria Liévano

Rector Nacional: Fernando Enrique Dejanón Rodríguez

Secretario General: Floro Hermes Gómez Pineda

Censor Nacional: Ricardo Zopó Méndez

Presidente Seccional: María Elizabeth García González

Rector Seccional: Fernando Arturo Salinas Suárez

Decano de Facultad de Derecho: Luis Francisco Ramos Alfonso

Secretaria Académica Facultad de Derecho: Ana Rocío Niño Pérez

Director del Centro de Investigaciones Sociojurídicas:

Gustavo Rojas Páez

Lecciones de Teoría Política

La Democracia de los atenienses

Entre la *Stásis* y la *diálisis*

Cuadernos para la libertad

•2•

Tiranía: la segunda desgracia

A la memoria del maestro Hernando Llanos,
incomparable forjador de unibristas.

Contenido



Obertura	13
Primer rodeo: De las relaciones de poder	23
Segundo rodeo: De las formas de gobernar la pólis	29
Tercer rodeo: Cuadros para una exposición sobre tiranos	39
<i>Cilón: el tirano que no pudo ser</i>	41
<i>Pítaco: el sabio que no quiso ser tirano (díptico)</i>	50
Pítaco enseña la diferencia	50
Alceo canta al diferendo	56
<i>Periandro: recibe y da lecciones de tiranía</i>	66
La tiranía: «la cosa más injusta y manchada de sangre»	66
La bestia soberana «cipseliza» sabiamente	69
Primer drama: la afrenta a las mujeres corintias	71
Segundo drama: la afrenta a los jóvenes de Corcira	72
Corinto la opulenta	80



Corinto turbulenta	82
Pítaco el zorro, Periandro el lobo	96
<i>Pisístrato: nuestro hombre en Atenas</i>	99
Obertura: de Solón a Pisístrato	101
Tips para ser un tirano «completo»	102
Cuarto rodeo: Breve manual para tiranos	165
<i>El método Periandro</i>	174
<i>El método Ortagórida</i>	182
Bibliografía	191
Referencias bibliográficas	195

Obertura

La única causa que ha sido abandonada ha sido la más antigua de todas, la única que en realidad ha determinado desde el comienzo de nuestra historia, la propia existencia de la política, la causa de la libertad contra la tiranía.

Hannah Arendt

Las desgracias nunca vienen de una en una, siempre vienen juntas, en manojos para golpear con más fuerza. Nunca hacen fila, nunca proceden por turnos. Se agolpan, se agazapan, se amontonan, se reúnen en un poderoso puño y golpean, sin que nos demos cuenta, cuando ya es demasiado tarde para esquivar su poderoso mazazo. Y si eso sucede con el corazón y la vida de cada uno de nosotros, entonces no debemos extrañarnos que también suceda en las comunidades políticas que los hombres han constituido a lo largo de su historia.

«*Symphorá*» en griego significa *lo que se lleva junto, lo que se reúne y junta*. Sirve para designar ese extraño campo en que se reúnen y apiñan los accidentes y los acontecimientos, que juntos reciben el nombre único de *desgracia*. La desgracia, si se trata de una *verdadera* desgracia, es tan solo el singular abreviado de un cúmulo de sangre, sudor y lágrimas. Fue

Diodoro¹ quien sintetizó el cúmulo de grandes desgracias (es una redundancia, no hay desgracias pequeñas) políticas: *la tiranía, la stásis y la guerra*. Separamos en tres partes la desgracia política, porque el análisis de sus entrañas así lo exige, pero sabemos que, como la hidra, la bestia es una, así sean tres sus cabezas. Vamos de una en una, impelidos por la necesidad de observar, analizar y considerarlas así, pero sabemos, con amarga convicción que son tres cabezas de una misma fiera. La vida y la historia nos empujan a saltar de una a la otra, porque los acontecimientos y accidentes de nuestra vida y de la historia así lo exigen. Acusamos el golpe, pero muchas veces se nos olvida la clase de puño con que nos golpean.

Tuvimos la ocasión de dar ya nuestros primeros rodeos en torno a la *stásis* (en realidad, como en las desgracias que ocurren en nuestras vidas, son ellas las que en realidad nos rodean y asedian), ahora tenemos la ocasión de estudiar la segunda cabeza de la *bestia política*: la tiranía, porque así nos lo manda el fin de la época arcaica en la Grecia antigua.

La época arcaica no llegó a su fin de manera desleída y desgana. No, todo lo contrario, se hundió en medio de convulsiones y estertores que se prolongaron durante más de siglo y medio (poca cosa diría Gibbon) que afectaron a la inmensa mayoría de la geografía griega. *Políticamente* este

¹ Diodoro Sículo (IX 11,1) dice que Pítaco «liberó a su patria de las tres más grandes desgracias: la tiranía, la *stásis* y la guerra» [kai tèn patrída triòn tòn megiston symphoròn apélyse, tyrannídos, stáseôs, polemou] las cursivas están fuera del texto. Torres Esbarrranch traduce: «liberó a su patria de las tres mayores desventuras, la tiranía, la discordia civil y la guerra».

final de la época arcaica bien podría llamarse: *la época de la tiranía*. No hay nada, absolutamente nada, en este período, que no esté sujeto a discusión. La carencia de fuentes directas y contemporáneas del fenómeno tiránico no ayudan para nada; las consideraciones que se desataron en torno a ella, ya en las épocas clásica y helenística, en lugar de clarificar la cuestión muchas veces la enturbian con testimonios que los historiadores modernos, dos mil quinientos años después tachan, controvierten o cuestionan. Estos historiadores han coleccionado todo un florilegio de razones para cuestionar la figura del tirano malo: son sus enemigos los que tozudamente –nos dicen– han forjado esa monstruosa máscara de bestia sanguinaria. Los aristócratas, sus contemporáneos, que vieron como el tirano les arrebatava ese poder que habían ostentado durante tantos siglos; pero también los oligarcas de las épocas clásica y helenística que se resistían a perderlo y, los demócratas que sucedieron al tirano, muchas veces asesinandolos, desterrándolos y poniéndolos en fuga, que veían en el tirano el enemigo a vencer. Unos lo calificaban como traidor al grupo de poder que gobernó por siglos, otros lo veían como uno de los más serios obstáculos para instaurar esa nueva forma de gobierno, siempre por venir, llamada democracia.

Agregan los expertos modernos que la palabra *tirano* no tenía un significado negativo y condenable; que en sus comienzos en la lengua griega podía ser considerado hasta sinónimo de *basileús*; que fueron las épocas posteriores a la arcaica, interesadas en soltar amarras con todo aquello que las vinculara a esos gobernantes antiguos, las que cubrieron (desfiguraron en muchos casos) con un manto de escándalo e indignación el rostro de esos gobernantes que ejercieron su poder muchas veces, dicen, para llevar paz y prosperidad a sus súbditos; que la figura del caudillo y del

dictador moderno: cruel, violento, torpe, semianalfabeto, de una república bananera, no tiene nada que ver con muchos de ellos. Más bien, sostienen, son modelos de emprendimiento y ejecución de obras que terminaron beneficiando a los por ellos gobernados. Juzguémoslos por sus obras, piden los eruditos. Su legado, en la mayoría de los casos, afirman, no deja lugar a duda: obras de infraestructura, revoluciones en la arquitectura, en la experiencia literaria, en el arte en general, se mezclan muy bien con la ampliación del comercio, la prosperidad económica y la acumulación financiera. Moneda, ejército, cerámica, lírica, albores de la tragedia, intercambios, alianzas, relaciones internacionales.

¿Qué tiene que ver todo ello, debidamente atestiguado, con el estereotipo del tirano sanguinario, brutal, bárbaro, de nuestros tiempos? Sí, hay violencia, sí hay brutalidad, pero, sostienen, las tintas están cargadas. Nosotros los historiadores objetivos, nos dicen, hemos puesto los platillos de la balanza en su justa proporción. Esa violencia, esa mano dura que no se puede negar, hay que ponerla en contexto: puso fin a la *stásis* en las póleis donde surgieron, iniciaron una época de esplendor para ellas; y, si las cosas terminaron mal, no fueron provocadas por ellos, sino por sus descendientes, que, al no tener el prestigio, el carisma y la sabiduría de sus padres (pronto hablaremos de ello), se vieron obligados a recurrir a medios torpes, sanguinarios y escandalosos para intentar (vanamente, puesto que ninguna de esas tiranías superó la tercera generación) mantenerse en el puesto que no habían conquistado, sino que intentaron heredar sin realmente merecerlo. Todo eso son hechos, datos atestiguados, comprobables, nos dicen, que hay que poner en la balanza de su historia.

Eso está bien, muy bien. Que sigan por ese provechoso camino. Pero el nuestro es el de la teoría política. Y en este camino (ni mejor, ni peor, sino distinto) nos hacemos siempre la pregunta que nos enseñó Hannah Arendt: ¿Qué perdemos cuando ganamos? ¿De verdad la Grecia clásica y helenística no hizo otra cosa distinta a cargar las tintas del lado de la violencia y la brutalidad, para ofrecernos una torpe máscara de personaje malo de tira cómica, en lugar del rostro, conflictivo sí, pero progresista, al fin y al cabo, de ese grupo de *tiranos ilustrados*?

Si tomáramos, tal y como lo hacen los investigadores criminales cuando tratan de seguir el rastro de un delincuente serial, el mapa de Grecia, y colocáramos señales que indiquen la presencia de esta *desgracia política*, veríamos como su presencia se extiende por toda ella: desde el poder que irradia Cartago en el occidente hasta el que representa en el oriente Persia: Argos, Mégara, Leontinos, Mileto, Agrigento, Samos, Gela, Calcis, Sición, Corinto y, como no, Atenas, entre tantas otras. Tantas que es más fácil señalar donde no se dio la tiranía: Esparta es sin duda la favorita de los expertos; y, por supuesto, (quien haya leído a Tucídides entiende el por qué) regiones muy atrasadas de Grecia: Acarnania, Etolia y Tesalia (mencionadas por Finley). Tomamos la lista de esas *póleis* –en el orden cronológico que he elaborado de aparición de esas tiranías– y de inmediato antiguos y modernos nos dan los nombres de los tiranos que allí gobernaron: Fidón en Argos, Teágenes en Mégara, Panecio en Leontinos, Trasíbulo en Mileto, Fálaris en Agrigento, Polícrates en Samos, Cleandro en Gela, Antileonte y Foxo en Calcis. Para las tres últimas *póleis* el espectro se abre mucho más puesto que en ellas podemos hablar de *dinastías*: En Sición, los Ortagóridas, la dinastía

más duradera, que gobernó por cien años²; en Corinto, los Cipsélidas, que gobernaron setenta y tres años³ y, en Atenas, los Pisistrátidas de los que por supuesto nos ocuparemos más adelante ya que son el objetivo principal de nuestro tema⁴. ¿Y a quién debemos esta lista de *póleis* tiranizadas

² La genealogía trazada por Heródoto VI 126: «Clístenes [el tirano] hijo de Aristónimo, nieto de Mirón, bisnieto de Andreas» ha dado lugar a controversias (¿cómo no lo iba a ser si es un griego el que la suministra?). Un ejemplo: ¿Quién es este Andreas? ¿Acaso el fundador de esa dinastía no es Ortágoras quien precisamente da el nombre a semejante *grupo de familia*? (así los llamaría Visconti). La respuesta depende de la fuente griega que sigamos. Si seguimos a Diodoro nos dirá que Andreas era el nombre de Ortágoras antes de ser tirano. Cocinero era el señor por mas señas. Si en cambio, entre fragmentos de papiros, seguimos a Éforo nos dirá que Andreas es el padre de Ortágoras. Otro ejemplo: la genealogía, que podemos reconstruir gracias al invaluable Schrader, sería, Ortágoras → Mirón I → Aristónimo → Mirón II → Clístenes (el tirano). Mientras que si seguimos la establecida por Manuela García Valdés (en su traducción a la *Política* de Aristóteles) serían seis y no cinco los miembros de esta dinastía: a Aristónimo “le sucedieron sucesivamente sus tres hijos: Mirón II el mayor, Isodemo el segundo y Clístenes”. Tratándose de los griegos hay para todos los gustos.

³ Cípselo treinta años, Periandro cuarenta años y medio y Psamético tres años.

⁴ Las cronologías consultadas fechan las tiranías así (todas son datables de manera aproximada): Fidón de Argos, activo en 665 a.C; Teágenes de Mégara, 640 a.C; Panecio de Leontinos, tirano ca. 608 a.C; Trasíbulo de Mileto, activo 590 a.C; Fálaris de Agrigento, 570-555 a.C; Polícrates de Samos, tirano en el 532 a.C; Cleandro de Gela, asesinado en el 498 a.C. De los Ortágoridas vale la pena mencionar aquí al primero, Ortágoras, desde el 670 a.C hasta Clístenes el tirano, en el 570 a.C. Los Cipsélidas dominan Corinto entre el 750 y el 620 a.C aprox.

y esos nombres de tiranos en su despliegue cronológico? A Aristóteles, por supuesto, siempre a Aristóteles. A ese Aristóteles que los historiadores modernos, con muy contadas excepciones, critican el horrible hecho de no ser historiador, como ellos. Y sí, tienen razón, Aristóteles no es historiador, ni pretende serlo. Otra cosa muy distinta es que los consulta, se nota al leerlo, con deleite, con pasión, con fruición de investigador. ¿Investigador de qué? De la condición humana. Y para lograrlo utiliza como uno de sus instrumentos privilegiados: la historia de cómo los seres humanos han conformado comunidades políticas en las que vivir de manera digna y decente. Y en eso sí es incomparable.

Su *mirada distante* (una *regard éloigné* como a la que se refirió Claude Levi-Strauss) de meteco que presencia en su época el derrumbe de la *pólis*, lo lleva a recoger los fragmentos de esta maravillosa comunidad política y reconstruir las tres principales formas en que ha sido gobernada históricamente: tiranía, oligarquía y *dēmokratía*. ¿Y la realeza? Esa existió, pero ya es improbable que vuelva a existir, dice. Y si retorna será bajo tantas condiciones que francamente *realeza* ya no será (si alguna vez lo fue). ¿Aristocracia? En su tiempo, tiempo de descreimientos, tiempo de derrumbes y colapsos, tiempos descarnados de *real politik*, ya a nadie le cabe en la boca pronunciarla, como la etimología manda: “el gobierno de los nobles, de los mejores”. A lo máximo dirá “el gobierno de los que *se creen mejores* sin serlo”. En su tiempo se dice *oligarquía* (el gobierno de *unos pocos*) y punto. Y si estamos en estos tiempos de descreimiento completemos diciendo con Aristóteles: y los pocos (siempre) son los ricos y los muchos (siempre) son los pobres.

En las tres formas de gobierno, realmente existentes, se gobierna *para beneficio propio*: el tirano para sí mismo; la oligarquía para los ricos; la *dēmokratía* para los pobres. Tiempos indignos, indecentes, vulgares, para Aristóteles, ese tiempo en que vive. No obstante, si se quedara aquí, para eso mejor leer a los historiadores. Por fortuna, su pregunta no es de (mero) historiador, es sobre todo de investigador de la condición humana: ¿pueden los seres humanos, teniendo en cuenta su condición, aspirar a algo más que ser gobernados por tiranos, oligarcas o el populacho? La respuesta para un filósofo como Aristóteles es abierta: el solo hecho de poder plantearse la pregunta significa (hegelianamente) que es posible. *Lo ha sido*: cuando los griegos pasaron de la comunidad del *éthnos* a la comunidad de la *pólis*. *Lo acaba de ser* con las reformas de Solón, esas que dieron un paso más, y gracias a la *pólis*, forjaron una manera de ser y de vivir en común: *la política*. *Y es posible que lo sea*, si hacemos caso a la palabra y al pensamiento libres (el *Logos*). Critican a mayo del 68 por decir: «seamos realistas, exijamos lo imposible». Pues bien, durante cien años los griegos, y en ellos sobre todo los atenienses, *aspiraron a lo alto*. ¿Humanos, demasiado humanos, aspirando a lo alto? ¿Un montón de barro, fugazmente encarnado, aspirando a las estrellas? ¡Imposible!, dirán los falsos realistas, solapados conformistas, que gozosos se ceban en el fracaso de los repetidos intentos de ese mono atormentado por querer saber a qué huele el éter divino. ¡Bello!, dirán los griegos: aspirar a lo alto, sabiendo de antemano que fracasaremos una y otra vez. Bello, porque la belleza no está en alcanzarla (esa es propiedad de los dioses) sino en aspirar a ella. Ese poderoso anhelo nos obliga a mirar a lo alto, es decir, nos impulsa a *llegar a ser lo que somos* (Píndaro): un animal que

mira a lo alto. ¿Aspirar a lo alto *en este mundo*: fugaz, deleznable, patético, en perpetua mudanza, inestable, sacado de quicio, azotado por la contingencia, el azar y los accidentes?

Sí. Otro mundo, *en este mundo*, es posible. ¿Utopías? Eso no es lo nuestro. Realismo duro, realismo trágico (que con Clément Rosset sabemos que es una redundancia). ¿Qué atrevimiento pensar que se puede vivir en este mundo, *aquí y ahora*, sin tiranos, sin oligarcas y sin gente conformista que ha renunciado voluntariamente a su libertad! ¿Qué vana ilusión esa de creer que podemos, *aquí y ahora*, vivir en común, sin un caudillo, un mano dura ejecutor y emprendedor! ¿Qué ingenuidad esta de creer que podemos vivir sin que una manotada de preparados expertos tecnócratas nos digan lo que han planificado y programado para nosotros, pobres discapacitados políticamente!

¿Qué tiene de malo un guía, un caudillo que sirva al pueblo, que tome sus banderas, sea su voz, sea su conductor y que le marque el camino hacia la paz y la prosperidad? A esos griegos no los entiende nadie: siglos quejándose de la opresión, la explotación y la dominación de una manotada de oligarcas y viene un caudillo, todo un señor caudillo que les arrebató el poder a esos pocos señores ricos y pone a sus gentes a trabajar en grandes obras públicas, a exportar a lejanos confines un cúmulo de productos mejorados, que se rodea de sabios, poetas y artistas de todo tipo, que establece fuertes y fructíferas relaciones con otros semejantes a él y, ¿se quejan? Adiós a las discordias, a los disturbios, a los levantamientos: él ha pacificado la región, ha estrangulado la *stásis*; se preocupa por nosotros y se ocupa de nosotros, para que nosotros nos ocupemos de *nuestras cosas*. ¿Qué tiene de malo todo esto? Sí ¿qué vieron de malo en esos

buenos tiranos, los griegos? Se los aguantaron una, dos, pero no más de tres generaciones. Terminaron desterrándolos o asesinandolos, y todo eso *¿por qué y para qué?*

Esas si son buenas preguntas para hacerle a un investigador de la condición humana como Aristóteles: ¿por qué lo hicieron? Y Aristóteles, como buen filósofo que es (la filosofía no tiene camino recto, siempre procede por rodeos, dice Hegel) nos responde con una serie agotadora de rodeos, que apuntan, todos, a esa diana filosófica: ¿Qué es lo que hace que un tirano sea tirano? Si un tirano es tirano no (solamente) por ser cruel, violento, sanguinario (ya que la violencia y la crueldad, desafortunadamente, no es propiedad privada de esta particular forma de gobernar); si hay tiranos buenos, emprendedores y cultos, ¿qué los hace ser, pese a todo, *tiranos*?



Primer rodeo: De las relaciones de poder

Si no quieres que un hombre se sienta políticamente desgraciado, no le enseñes dos aspectos de una misma cuestión, pues le preocuparás; enséñale solo uno o, mejor aún, no le muestres ninguno [...].

Ray Bradbury

Tres son para Aristóteles las relaciones de poder básicas que los hombres constituyen a fin de llevar una vida en comunidad⁵. *La primera*, la relación de poder *despótica* (*despotείa*) es aquella que vincula al amo con el esclavo, y tiene por objeto responder a la urgente lucha por la *supervivencia* (*sōtēria*). Sí, dice el Aristóteles que todos se obstinan en subrayar, amo y esclavo se necesitan mutuamente, y por ello la *conveniencia* es mutua. Sí, pero también Aristóteles anota de inmediato, para que no seamos tan ingenuos, esa relación de poder entre el amo y el esclavo se ejerce *desigualmente*, porque prima la conveniencia del amo y solo por *accidente* (*symbebēkós*)⁶ termina por convenir también al esclavo.

La segunda relación de poder es la *económica* (*oikonomiké*), aquella que se pone al servicio de la *vida* (*to zên*) de todos

⁵ *Política*, 1278 b30 y ss.

⁶ *Política*, 1278 b36.

aquellos que conforman el *oîkos*: el señor, su mujer, sus hijos y la servidumbre. También es un tipo de relación de poder en la que solo por *accidente* (*symbebēkos*)⁷ termina por convenir a todos.

Existe, por fortuna, *un tercer tipo de relación de poder comunitaria*: el gobierno de la *pólis* (*politeía*) que los griegos han inventado a fin de que los seres humanos no solamente (1) *sobrevivan* (*sōtēria*), (2) ni meramente *vivan* (*to zēn*), (3) sino que *vivan bien* (*eu zēn*) en un sentido profundamente político, esto es, en una comunidad que garantiza a sus miembros, los ciudadanos, que las relaciones de poder que allí se constituyan permitan que la conveniencia común para todos se dé, no *por accidente*, sino *como cumplimiento de un propósito*. La *pólis* es un tipo de comunidad diseñada para que los que participan en ella, no sostuvieran relaciones de *desigualdad* como las que se dan entre amo y esclavo, ni de *asimetrías* como las que se presentan entre el señor del *oîkos* y el resto de sus integrantes.

La *pólis* fue así fundada en dos pilares políticos: *la igualdad* (*isótes*) y *la semejanza* (*homoiótēs*)⁸ entre los ciudadanos. Igualdad y semejanza dada, no por decreto, ni por “naturaleza”, sino porque sus miembros se han hecho libres⁹. Son precisamente estas condiciones las que permiten considerar que su gobierno es justo (*áxios*) si sus ciudadanos gobiernan por turnos¹⁰, buscando que, cuando gobiernen, lo hagan procurando *el beneficio de todos*.

⁷ *Política*, dos veces empleado: 1279 a1y 7.

⁸ *Política*, 1279 a 9-10.

⁹ *Política*, 1279 a 21.

¹⁰ *kat' méros axioûsin árchein: Política*, 1279 a 10.

Aristóteles no discute si ello se dio así con plenitud en aquellos tiempos, lo cierto es que *ahora* (ese doloroso *nyn* que el Estagirita estampa en sus apuntes) *en estos tiempos presentes y aterrizados*, las cosas ya no son así. *Ahora* la codicia y la ambición por alcanzar “las ventajas y el poder que dan los cargos” llevan a los hombres a “querer mandar continuamente”. Se han vuelto tan adictos al poder que ya no quieren soltarlo, hacer que rote. Tan adictos se vuelven, que enferman, nos dice, cuando no están en él. Padecen diríamos nosotros, un tan gravísimo “síndrome de abstinencia” que solo recuperan su “salud” si los conectan nuevamente a esa sonda que los alimenta, con privilegios para ellos y dominio sobre otros¹¹.

Esas son las cuestiones que embargan la mente del filósofo: cuál es el propósito que lleva a los seres humanos a constituir *póleis*, y cuántos y cuáles son los regímenes con que se intenta gobernarlas. Aquí, por ahora, nos interesa el segundo grupo de preguntas y la manera aristotélica de abordarlas.

¹¹ *Política*, 1279 a 13-16.



Segundo rodeo: De las formas de gobernar la pólis

El tema de las diferentes maneras que existen para gobernar una *pólis*, es decir, el tema de los *regímenes políticos* lo aborda Aristóteles desde dos puntos de vista diferentes¹².

Si se mira la cuestión teniendo en cuenta *la justicia en términos simples*¹³ Aristóteles llama «regímenes rectos» (*orthai*) aquellos que gobiernan la *pólis* procurando llevar a cabo *lo que conviene a la comunidad toda*¹⁴ y no a una de sus partes. Si, por

¹² *Política*, 1279 a 17 y ss.

¹³ *Política*, 1279 a 18-19: *kata to haplôs dikaion*.

¹⁴ *Política*, 1279 a 17: *to koinêi symphéron*. El sustantivo *simphéron* puede traducirse –como en efecto la mayoría de los traductores lo hacen– por “utilidad” o “interés”. El problema surge cuando lo conectamos, como lo hace Aristóteles al término *koinônia* (comunidad). Entonces aparecen las conocidas traducciones: “interés común”, “utilidad común”, junto a otras más animadas, como la célebre “bien común”. *Utilidad*, o *interés* en Aristóteles todavía no tienen el alcance y el significado (menos mal) que las sociedades de mercado darán a esas palabras, unos dos mil años después con sus teorías del interés privado/interés común. Habrá que esperar a los romanos y su *res publica*; a los eruditos de finales de la edad media para sus teorías del *bien común*; y a los pensadores modernos del *interés público* para que todas esas palabras adquieran su completo significado. Hay mucho trecho por recorrer desde la *res publica* romana a la *Common Wealth* inglesa. En cambio, el sustantivo *symphéron* gira sobre la órbita semántica del verbo *symphérō*: “llevar o traer juntos”, “reunir”, “congregar”. *Convenire* en latín (*cum-venio*) y *convenir* en español, son verbos que resisten muy bien la equivalencia y por eso nos creemos en libertad para traducir: “lo que *conviene* a la comunidad”.

el contrario, la *pólis* es gobernada teniendo en cuenta solo *el beneficio propio* de los que gobiernan, a *todos* esos regímenes Aristóteles los castiga llamándolos *defectuosos, desviados* y, mejor aún, *despóticos*, porque atentan contra lo que es la característica fundamental de los hombres que componen la *pólis*: su *libertad*¹⁵. He ahí la famosa diferencia que establece Aristóteles en la clasificación de los regímenes políticos: ¿la *pólis* está siendo gobernada de manera justa, velando por aquello que conviene, beneficia y aprovecha a la comunidad *toda*? Será entonces un régimen político *recto*. ¿La *pólis* está siendo gobernada de manera injusta por aquellos que solo buscan lo que solo a ellos les conviene? Entonces todos sin excepción son gobiernos *despóticos*, porque acaban con las relaciones *horizontales* de igualdad y semejanza e imponen relaciones *verticales* de desigualdad y asimetría, tratando a los ciudadanos como si fuesen esclavos o subordinados.

Aristóteles no se pone con matices: «o no se debe llamar *ciudadanos* a los miembros de una *pólis*» *que es regida de manera despótica, o para que merezcan ese nombre todos* «deben participar de las ventajas» que la *pólis* ofrece. O libres o súbditos¹⁶. No hay de otra.

Son tres los regímenes políticos *rectos*: la realeza¹⁷, cuando el *uno* que gobierna lo hace teniendo en cuenta el provecho y

¹⁵ *Política*, 1279 a 19-21.

¹⁶ *Política*, 1279 a 31-32.

¹⁷ *Basileía*, 1279 a 34. Y no *monarquía* como la mayoría de los traductores hace, generando una gigantesca ola de confusiones. *Basileía* es el término técnico escogido por Aristóteles para designar una forma *específica* de monarquía: aquella que se ejerce *por uno*, pero bajo el imperio de la ley y contando con la anuencia de los ciudadanos.

el beneficio para todos; la aristocracia (*aristokratía*): cuando o bien gobiernan los mejores (*arístoi*), o bien se propone lo mejor para la comunidad toda; y, finalmente, la *politeía*¹⁸ en la que la *mayoría* de los ciudadanos gobierna teniendo en cuenta, no su propio interés, sino aquello que conviene a la comunidad toda¹⁹.

Se acostumbra a decir –y Aristóteles da pie para ello– que los términos *basileía*, *aristokratía* y *politeía*, se organizan teniendo en cuenta el número de los que *mandan*²⁰: sea *uno* (*basileía*); una *minoría* (*aristokratía*); o la *mayoría* (*politeía*). Pero este criterio no es el que rige el pensamiento de Aristóteles y en esto está una vez más su grandeza. Contrario a lo que de él se enseña, escribe: «que sean pocos o muchos los que manden, eso es accidental (*symbebēkós*)»²¹. Hablando coloquialmente diría: que sean uno, muchos o la mayoría los que manden, *eso no es lo importante, lo que verdaderamente importa*, para que Aristóteles incluya en la clase de regímenes políticos rectos, la *basileía*, la *aris-*

¹⁸ La desafortunada traducción de esta forma específica de *recto gobierno* por *república* hace un daño increíble a quien quiera realizar una lectura medianamente decente de la obra aristotélica. Un estudiante de derecho romano de primer año; un filólogo lector de Benveniste - ¿hay alguno que no lo sea? -; un helenista lector de Denis Roussel, Finley y un larguísimo etc, saben el horrible precio que se termina por pagar al traducir *politeía* por *república*. El hecho de que el texto de Aristóteles no ofrezca un nombre *específico* para esta forma *específica* de *recto gobierno* no autoriza, en manera alguna, a traducirlo por una palabra que en Teoría Política apunta a *todo lo contrario* de lo que la institución política romana designa.

¹⁹ *Política*, 1279 a 33-39.

²⁰ *Política*: *to kýrion*, 1279 a 26.

²¹ *Política*, 1279 b 34-36.

tokratía y la *politeía*, es que gobiernan teniendo en cuenta aquello que conviene a la comunidad²².

Otra cosa bien distinta ocurre cuando *no* se da ese requisito esencial: gobernar, no importa su número, sino teniendo en cuenta la *conveniencia común*. Y cuando se gobierna de tan distinta manera Aristóteles los califica, sin vacilar, a todos *sin* excepción de *despóticos*: si *uno* gobierna de esa desviada manera se llamará *tiranía* (*tyrannís*) y no *realeza*; si pocos, *oligarquía* (*oligarchía*); si la mayoría, se llamará *dēmokratía* y no *politeía*²³.

Si me detuviera aquí estaría cumpliendo fielmente con el relato estándar que se hace sobre la concepción que el Estagirita tiene de los regímenes políticos. De un lado, regímenes *rectos*: realeza, aristocracia y *politeía*. Del otro, regímenes *despóticos*: tiranía, oligarquía y *dēmokratía*. Unos y otros separados por el criterio supremo de distinción: ¿gobiernan, cualquiera que sea su número, teniendo

²² *Política: pros to koinon symphéron archōsi*, 1279 a 28-29.

²³ Muchísimo antes de nuestros “originales” politólogos, tan políticamente correctos en la defensa de las minorías en una democracia, los griegos de la antigüedad sabían -y lo aprendieron bien dolorosamente a lo largo de su historia- que incluso un gobierno de *mayorías* puede llegar a ser *despótico*. De tan desgraciada y muy real posibilidad, los oligarcas de todos los tiempos y de todos los pelambres, incluidos muchos que posan de “demócratas”, sacan buena parte de su arsenal para criticar la democracia. Pero también de allí sus defensores aprenden a desconfiar de la perversa y muy real alianza entre *masas* y *demagogos*, tal para cual, que unidos, arrastran la democracia al muladar del despotismo. *Masas*, dijimos, y no *pueblo*: una de las tareas más importantes en teoría política es aprender a distinguir entre uno y otro concepto. Lentamente, en estos *Cuadernos para la libertad* intentaremos exponer a cielo abierto, sus diferencias.

en cuenta el provecho y bienestar de la comunidad en su conjunto? Entonces serán regímenes políticos *rectos*. ¿Gobiernan, en cambio, buscando el provecho y utilidad de cada uno de sus grupos? Entonces serán regímenes políticos *despóticos*. Y todos contentos. Se harán juiciosos debates, aclaradas discusiones, ojalá haciendo referencia a la clasificación platónica de esos regímenes, comparatismo obliga, y todos satisfechos. Nosotros no. Y no por la sencilla razón de que estaríamos traicionando el pensamiento de nuestro filósofo de cabecera, un filósofo que escribió estas imborrables palabras: «... quien investiga filosóficamente, lo hace tomando en cuenta todos los puntos de vista y no solo su campo de actividad, sin descuidar ni ocultar nada, poniendo en evidencia la verdad acerca de cada uno de los aspectos»²⁴. Y es que hay otro, *un segundo punto de vista* para analizar los distintos regímenes políticos. Ya no considerando el tema en abstracto (*kata to haplôs*), desde el éter puro, de los regímenes *rectos*, sino desde aquí abajo, en el mundo sublunar de las cosas humanas, demasiado humanas, sujetas a la contingencia y la probabilidad. Aquí nuestro filósofo también se sabe mover, su visión se extiende sobre los «asuntos humanos» y desde esta segunda perspectiva, sostiene: «si la tiranía es el gobierno de uno que se mueve en función de su propia conveniencia, la oligarquía busca el provecho de los ricos (*tôn eupórôn*), y la *dēmokratía* la conveniencia de los pobres (*tôn apórôn*); pero ninguna busca el provecho (*lisi-teleía*) de la comunidad»²⁵.

²⁴ *Política*, 1279 b 12-15.

²⁵ *Política*, 1279 b 6-10.

Ningún texto moderno de economía, sociología o ciencia política califica mejor la infame diferencia entre ricos y pobres que la lengua griega. La distancia radical entre el pobre (áporos) y el rico (eúporos) pasa por la línea fronteriza que los separa: *por una parte*, los pobres (áporoi), los que *no* pueden pasar, atravesar, viajar de un lado a otro (*eso* es lo que significa en griego la palabra *poros*: pasaje, viaje –y claro, en latín *porús*, y en español *poros* que tenemos inscrito en nuestra propia piel–); y *por otra*, los ricos (eúporoi), aquellos que viajan, pasan fácilmente de un lado a otro, las fronteras de la vida. El griego, como un buen número de modernismos en español, señala con ello que los pobres “la tienen difícil en toda ocasión”, mientras que a los ricos todo se les facilita. Para los primeros la vida es un muro, una muralla; para los segundos un pasaje, un viaje, una *tournée*. Hoy sabemos demasiado de esto, solo que no nos damos por enterados.

Este otro Aristóteles (el mismo) nos dice, teniendo en cuenta la perspectiva, el punto de vista *aterrizado*: ¿oligarquía? el gobierno de los ricos; ¿*dēmokratía*? el gobierno de los pobres. Unos y otros pensando únicamente en su propio provecho y, por lo tanto, gobiernan *despóticamente*. Ambas son variantes de regímenes políticos *despóticos* encabezados por supuesto por el más despótico de todos los regímenes: la tiranía²⁶. No obstante, hay que destacar, cuando se habla de despotismos, insiste Aristóteles, algo bien “extraño”: que «en todas partes los ricos son pocos y los pobres muchos». Eso es lo que hace la verdadera diferencia entre *dēmokratía* y oligarquía: «la pobreza y la riqueza»²⁷. *De un lado*, unos pocos ricos, *del*

²⁶ *Política*, 1279 b 16-19.

²⁷ *Política*, 1279 b 40.

otro, muchos pobres, buscando los unos y los otros gobernar en su propio provecho; y al hacerlo provocan los unos y los otros permanentes convulsiones y zozobras políticas (*stásis*). Sí, así son las cosas, qué se le va a hacer.

Cuando creíamos que Aristóteles daba el tema por agotado, lo que hace es apenas *iniciarlo* de manera grandiosa con tan solo tres líneas (verdaderos *compases*, en términos musicales): que pocos vivan en la opulencia, o que muchos vivan en la miseria, es por supuesto escandaloso, pero lo que *realmente* importa, para sus propósitos de análisis de los fundamentos de los diferentes sistemas políticos, es que «de la libertad participan todos»²⁸. Libertad para no resignarnos, para cambiar las cosas, para levantarnos: «estas son las causas por las que unos y otros se disputan»²⁹ el gobierno de la *pólis*». Sí, pero Aristóteles no es de aquellos que presten sus servicios de mercenario haciendo cantos demagógicos a la libertad. Sabe, y lo sabe muy bien, que esta disputa por la *pólis* lleva también y de manera inseparable, la marca de la *stásis*. No hay política sin libertad, no hay duda, pero tampoco la hay sin *stásis*. ¿Y no dijimos que el “buen” tirano quiere poner fin a la *stásis*? El tirano “bueno”: un pacificador que a golpes vence la *stásis*, para traer paz y prosperidad. ¿Sí? ¿a qué precio? Demos entonces un rodeo por *algunos* de esos tiranos que Aristóteles ha puesto en su galería de la historia, para intentar responder a la pregunta: ¿qué es lo que hace que un tirano, al fin de cuentas, sea *eso*: un tirano?

²⁸ *Política*, 1280 a 5: *tés de eleutherías metéchousi pántes*.

²⁹ *Amphisbētoûsin*, de: *amphisbētēsis*, discusión, disputa, contienda. Palabras propias de la libertad política.



Tercer rodeo: Cuadros para una exposición sobre tiranos

Cilón: el tirano que no pudo ser

Pausanias³⁰ encuentra en la Acrópolis la estatua en bronce que los atenienses erigieron a la memoria de Cilón. Nuestro *cicerone* –del que creíamos que lo sabía todo– duda: ¿una estatua de bronce, en la Acrópolis, para alguien que había maquinado una tiranía? Pausanias para intentar explicar tan incómodo hecho apela a una exangüe dupla de indicios: le habrían erigido una estatua porque era, *por un lado*, de bella figura; *por otro, famoso* por doble vía, ganador en la doble carrera en Olimpia y casado con la hija de Teágenes, tirano de Mégara. ¿De verdad alcanzan esos indicios para explicar la existencia de su estatua en la Acrópolis, unos ochocientos años después de ocurridos los hechos?³¹.

Nuestra fuente más cercana a los hechos es Heródoto³², en él están dados los datos primordiales: ganador olímpico, título

³⁰ *Descripción de Grecia*: I 28, 1

³¹ Pausanias floreció (*floruit* como dicen los antiguos cronistas) hacia el 150 d.C. La intentona de Cilón se fecha tradicionalmente entre el 640 y el 630 a.C. Sin embargo, Barceló y Hernández de la Fuente proponen situar el intento fracasado de Cilón casi un siglo después, «poco después de la primera expulsión de Pisístrato de Atenas, alrededor del año 555» con fuertes argumentos en su *Historia del pensamiento político griego*, p.149 – 150.

³² *Historia* V, 71.

con el que se animó para aspirar a la tiranía asociándose con un grupo de compañeros de su misma edad (*hetaireía*). Al fracasar en su intento se acoge a la imagen de Atenea *Políade* (*protectora de la pólis*), para así ganarse el estatuto de *invio- lable*. Los gobernantes de Atenas, dice Heródoto, que en esa época eran los prítanes de los naucraros, logran que deje el santo lugar prometiéndoles que respetarán sus vidas. No obstante, los asesinaron. Se acusa a los Alcmeónidas de ser los responsables. Eran los tiempos de antes de Pisístrato, dice vagamente nuestro historiador.

Los historiadores modernos, como no, dudan del padre de su disciplina. Dicen que su fuente debe ser de origen alcmeónida y por lo tanto parcializada. Acuden entonces a Tucídides³³ que precisa detalles incómodos, ausentes en el relato de su antecesor. Campeón olímpico “bien nacido” y poderoso (*eugenés te kai dynatós*), casado con la hija de Teágenes, tirano de Mégara. Hasta aquí los dos historiadores coinciden, pero solo el segundo se pregunta por las razones de su fracaso. Atleta, rico, noble, poderoso, ¿qué le faltó para ser tirano? *Inteligencia* dice Tucídides. Inteligencia para ganarse el favor de los dioses. Claro, pidió su ayuda. Consultó al dios que está en Delfos, sobre el momento propicio para dar el golpe. Que se tome la Acrópolis durante «la mayor fiesta de Zeus» fue la respuesta de oráculo. ¿Y qué mayor fiesta que las olímpicas? *No hay duda* para un ganador en sus juegos. Reúne entonces las fuerzas enviadas por su suegro el tirano de Mégara junto con su *banda de hermanos* y se toma la Acrópolis, justo durante la Gran fiesta de Olimpia... y fracasa. ¿Cómo, por qué, si lo tenía todo para lograrlo?

³³ *Historia de la guerra del Peloponeso*, I 126.

¿Si tenía de su lado a los mismos dioses? No, no lo tenía todo, le faltó inteligencia para interpretar la respuesta de un dios que no *dice* nada ni oculta nada, sino que *sēmaínei*.³⁴ Es decir que como buen dios griego que es, su respuesta no puede ser tomada al pie de la letra, debe *interpretarse*. Por algo los griegos son, en Occidente, los inventores de la hermenéutica. Le faltó inteligencia para comprender que la hermenéutica es un jardín de senderos que se bifurcan. Un sendero conduce a la gloria, pero el otro al fracaso. «*Ton dios tē megístēi heortēi*» fue la respuesta del oráculo para designar el momento propicio: el de *la mayor fiesta de Zeus*. Sí, pero había que preguntar no solo por el *momento*, sino también por el *lugar* de ese momento (“en circunstancias de tiempo, modo y lugar” nos enseñan y nada que aprendemos. Los griegos lo dicen en una sola feliz palabra: *Kairós*, el momento propicio). Olimpia, no hay duda es el *lugar* privilegiado para los helenos *en general*. ¿Sí, pero para los atenienses *en particular*? ¿Cuál es entonces, la mayor fiesta de Zeus *en el Ática*? ¿No quiere acaso el aprendiz de brujo infamar con la tiranía el territorio en donde moran los atenienses? En el Ática las mayores fiestas consagradas a Zeus son las *Diasias* (*ta diásia*), fiestas anuales celebradas entre marzo y abril, en honor a *Zeus Miliquio*³⁵. No hay duda, lo tenía todo, menos inteligencia. ¿Cómo es posible que se le pasara por alto semejante detalle a un vencedor de la carrera de *doble estadio*?³⁶. No, el tiempo propicio no era durante la Gran fiesta

³⁴ Heráclito fr. 93. *Sēmaínei*: indica, muestra, señala, significa. Todo un arsenal de palabras fundadoras de la hermenéutica y la semiología.

³⁵ *Meilichios*: dulce como la miel.

³⁶ De ida y vuelta: *díaulos*. Palabra que también significa, en otro contexto, *desfiladero*.

de Olimpia, tiempo del *agon*, sino en el tiempo misterioso y nocturno de la dulce miel que reclama, no el combate, sino la clemencia. Tiempo propicio para las dulces tortas y no para sacrificios sangrientos. «No es tiempo de lucha, es tiempo de clemencia». Las *Diasias* se celebraban fuera de la ciudad, y *el pueblo entero* acudía, llevando la mayoría de las veces ofrendas y no víctimas. Sí, le faltó inteligencia. ¿Inteligencia? ¿Y eso qué era antes de que los pedagogos se adueñaran de ella para *calificarla*? *No estar seguro de lo que creemos saber*. Saber que nuestro punto más débil en cuestiones de conocimiento (y en todo) es aquel que creemos que es nuestro punto más fuerte. Y Cilón estaba seguro, muy seguro (*orthôs gignôskein*, escribe Tucídides) de lo que creía conocer. Nobleza, fama, poder, alianzas, tiempo propicio (según su lectura). Todo lo tenía, excepto inteligencia *para no estar seguro* de que contaba con todo. Y por eso no contó con aquello que le faltaba: *el pueblo*. Al enterarse de la intentona el pueblo entero³⁷ de los atenienses acudió desde los campos³⁸ y acampando al pie de la Acrópolis, los sitiaron. Como el asedio se prolongó hicieron responsables del mismo, no como dice Heródoto a los prítanes de los naucraros (anacronismo evidente, dicen los historiadores modernos, aplaudiendo la

³⁷ *Pandēmei* → *pandēmíai*: el pueblo entero. Una palabra de ida y vuelta, de senderos que se bifurcan, de tiempos antiguos y modernos. Tiempo de *fiesta*: el pueblo entero que se levanta contra la tiranía; ahora, tiempo de *desfiladero*: cuando el pueblo entero padece una enfermedad.

³⁸ Sí, en aquellos tiempos, «la *pólis* de los atenienses» no distingue entre los habitantes de la *ásty*, la ciudad, y los habitantes del campo (*agrós*). Tanto los unos como los otros son *politês*, conciudadanos. El corte feroz entre “los de la ciudad y los del campo” vendrá después, mucho después. Estamos pagando las consecuencias de semejante descuartizamiento.

corrección de Tucídides el ateniense) sino a «los nueve»³⁹ que en aquella época llevaban la mayor *carga* de los asuntos de la *pólis*. Colocados en situación de *aporía* (es el término que emplea el estratega, metido de historiador), acosados por la falta de alimentos, muchos murieron de hambre. Cílón y su hermano lograron escapar, pero sus compañeros quedaron atrapados. ¿Qué hicieron estos últimos? Emplearon un último recurso: la súplica. Corrieron –en actitud de suplicantes a sentarse ante el altar de la diosa en la Acrópolis. La respuesta de *los nueve* fue una promesa: no les harían daño si se entregaban. Lo hicieron y ya sabemos lo que pasó: los asesinaron. Tucídides acentúa con colores más terribles la escena, mataron también a los que se sentaron suplicantes, ante el altar de las *Euménides*. Temblamos al leerlo porque sabemos por Orestes que ese nombre es *uno* de los senderos, el otro que siempre está preparado para los que buscan su ruina es el de las *Erinias* las potencias terribles, vengadoras de los crímenes de sangre. Espantoso crimen, asesinar suplicantes, de Atenea y las Euménides, en plena Acrópolis. Por semejante acción «ellos»⁴⁰ y su *génos* (sí, su descendencia también) serán declarados «sacrílegos» y culpables ante la diosa (*enageís kai alitérioí*).

³⁹ Es decir, los nueve arcontes: el epónimo, el rey, el polemenco, más los seis thesmothétês.

⁴⁰ Innominados. ¿Por temor al contagio al “simplemente” pronunciar sus nombres? ¿O porque tamaña afrenta tenga también como castigo, *borrar sus nombres*? Que nos baste, por ahora, con el genérico que conocemos gracias a Heródoto: los Alcmeónidas. Total, esas son preguntas de supersticiosos, no de serios académicos. Nosotros, que hacemos parte del primer grupo, las hacemos, como siempre, a escondidas en una nota a pie de página.

Tucídides nos habla no de una, sino de dos expulsiones, sufridas por los miembros de esta terca Casa. La primera, como consecuencia obvia del crimen que nos ocupa⁴¹, pero la segunda, ocurrirá mucha más tarde: Cleómenes, rey de Esparta, llamado por una de las facciones atrapadas en desbocada *stásis*, los volverá a expulsar. Esta vez, no solo a los vivos, sino que desenterrarán los huesos de sus muertos y los arrojarán fuera⁴². ¿Qué tienen los Alcmeónidas?

⁴¹ Su datación tiene que ser muy amplia. El triunfo de Cilón en la carrera olímpica del *díaulos* se fecha ca. 640 a.C. La intentona Ciloniana ocurrirá entonces entre el 640 y el 630. El problema surge cuando se trata de fechar esta primera expulsión. ¿Fue inmediata o pasó algún tiempo? ¿y en ese caso, cuánto tiempo? Remito como siempre para respuestas a estas y otras tantas preguntas, a las notas de Torres Esbarranch.

⁴² Tengamos muy presente esta *segunda expulsión*. Han pasado casi cien años desde la primera y, no obstante, los griegos nada que olvidan. Esta vez la expulsión se puede datar con más precisión. Quien llama a Cleómenes es Iságoras, cabeza de los aristócratas reaccionarios que se oponen al “traidor” Clístenes, un alcmeónida: el arcontado de Iságoras ocurrió en el 508 a.C. Y podemos aún adelantar más las cosas. Sesenta y siete años después de la segunda expulsión, en los inicios mismos de la Guerra del Peloponeso, los lacedemonios, preparándose para ella, ganan tiempo presentando a los atenienses sus reclamos: exigen expiar el «sacrilegio» cometido por los Alcmeónidas ocurrido “apenas” unos doscientos años atrás. Esta vez, que “coincidencia”, el objetivo al que apunto es otro alcmeónida: Pericles. Tres momentos estelares en la vida de los atenienses, y en los tres están los Alcmeónidas, cargando con la mancha de un crimen por más de doscientos años. Qué difícil es olvidar. Tres momentos cruciales relatados por un estratega que hace las veces de historiador: Tucídides, tan sensible a los destierros al ser él mismo víctima de uno. Bueno, también lo era Heródoto. La historia y la gran literatura surgen del destierro, el exilio y el desplazamiento forzado.

«Regresaron» y su *génos* todavía hace parte de la *pólis* de los atenienses, termina diciendo Tucídides⁴³.

Cosa rara con los griegos, mientras más nos alejamos en el tiempo de los acontecimientos por los que queremos preguntarles, más terminamos sabiendo de ellos. Con ellos *cerca* es muy lejos; *lejos* es como si estuvieran *presentes*: qué abundancia en los detalles, qué riqueza en las precisiones. ¿Por qué no aprendemos de los romanos y terminamos por desconfiar hasta de los regalos que los griegos nos ofrecen? Pero si ni los mismos romanos aprendieron ¿por qué nosotros sí?

Impenitentes le preguntamos a Plutarco⁴⁴. Él de entrada, sin temor, nos da el nombre del alcmeónida que desató todo: el arconte Megacles⁴⁵. Él fue el que convenció a los conjurados de Cilón, suplicantes de la diosa, para que

⁴³ ¿Qué tienen los alcmeónidas? A sus enemigos les encanta conjugar con ellos el verbo de la «expulsión»: *elaínō*. Ellos en cambio se obstinan en conjugar el de el «regreso»: *katérchomai*; y claro, pronunciar con devoción su nostálgico sustantivo, *katélysis*. En griego, la lengua de Heráclito tenía que ser, tanto la *expulsión* como el *regreso* giran en torno a un plano inclinado (todo en ellos es cuestión de declinación, de clinamen): la vida es una pendiente por la que se puede *ascender* a la gloria o, *rodar* por el despeñadero. La vida, tan tejida de expulsiones y regresos, siempre *pendiente*.

⁴⁴ *Solón*, 12, 1-2.

⁴⁵ El nombre del jefe de los alcmeónidas es mencionado por primera vez por Heráclides Póntico, el famoso filósofo formado en la Academia platónica como discípulo de Espeusipo (*Epitom.* I, 4). Su testimonio está acogido en la *Constitución de los Atenienses* de Aristóteles: Fr. 8 (384 R.). En él se menciona: (1) la intentona de Cilón; (2) su refugio ante el altar de la diosa; (3) su asesinato «por los de Megacles» y; (4) el destierro como «sacrílegos» (*engeís*) de aquellos que cometieron semejante profanación.

bajaran de la Acrópolis y fueran sometidos a juicio. Hasta aquí, toda académicamente correcto. ¿Pero puede nuestro buen Plutarco contenerse dentro de los límites del rigor estudioso? Por supuesto que no. Ese no es su talante. Y es precisamente por eso que lo leemos con una fruición solo comparable a la de la Muerte escuchando lela los cuentos de Sísifo, mientras este la encadenaba. Cuenta el de Queronea, unos setecientos años después de ocurridos los hechos, con exquisita precisión (griego tenía que ser), a una audiencia todavía afectada por la gravedad de la profanación, que bajaron los suplicantes atando a la estatua de la diosa un fino hilo⁴⁶, como si ese tenue contacto con la santa imagen fuese el vaso comunicante de su amparo. Solo que, al llegar al altar de las Euménides, el hilo se rompió. Esa fue la circunstancia que aprovecharon Megacles y sus compañeros de arcontado para capturarlos interpretando la ruptura del hilo como prueba de que así la diosa abandonaba su defensa⁴⁷. Y los asesinaron. ¿Así de simple? Plutarco perdería aquí la ocasión para mejorar la versión de Tucídides. Detalló entonces aún más las atrocidades que siguieron: los que estaban fuera de los templos y altares fueron lapidados y los allí refugiados, degollados, perdonando solo a sus mujeres. Plutarco termina su versión sembrando la manzana de la discordia (*stásis* y ya no *eris*) entre los sobrevivientes partidarios de Cilón y los de Megacles. La historia del «sacrilegio» termina, pero otra historia le seguirá. Llegará su tiempo.

⁴⁶ *Krókēn klōstēn. Klōstēr*: hilo que se enrolla en torno al huso.

⁴⁷ Eso es hilar muy delgado para seguir el hilo de la historia, dirán los modernos. Sea. Pero los que leímos a Virgilio, describiendo la fundación de Cartago, le creemos.



A lo largo del relato he colocado la palabra «sacrilegio» entrecomillada. Y lo hago porque todos los traductores, sin excepción, así traducen la misma palabra griega que aparece también en todas las versiones a las que nos hemos referido –Heródoto, Tucídides, Aristóteles y Plutarco–: *enageîs*. Sin embargo, si consultamos el *L-S* podemos leer allí: $\epsilon\acute{\nu}\alpha\gamma\text{-}\acute{\epsilon}\varsigma$, $\acute{\epsilon}\varsigma$ = *en ágei ón*, *under curse or pollution because of bloodshed, of the Alcmenoidae*. Remiten a Heródoto 1. 61; 5. 70 sq y Tucídides 1. 126, así como también a Esquines el orador (3. 110) y a Hermógenes el retórico (*Peri Heuréseōs*, 1. 4). Se trata entonces de un adjetivo atribuible a aquel que está bajo el peso de una *maldición* o *venganza*; o a aquel que está *contaminado* o *corrupto* por algún acto execrable. Las traducciones inglesas así lo atestiguan: *accursed* es el término empleado por Godley para el «*enagéés*» de Heródoto y por Forsters Smith para el «*enageîs*» de Tucídides. Bernardotte Perrin vierte *polluted* para el «*enageîs*» del pasaje plutarqueo bajo estudio. Mantengo entonces en el texto, por respeto agradecido a los traductores al español –me he servido desafortadamente de sus notas a cada paso– la traducción de «sacrilego». Pero aquí, escondido en este breve comentario, confieso que he sido corrompido hasta los tuétanos por el apabullante *Homo sacer* de Agamben. Así las cosas y para evitar las necesarias aclaraciones en torno a las complejas relaciones entre paganismo y cristianismo, prefiero –por muchísimas razones en el caso de los Alcmeónidas– hacerle caso al *L-S*, reemplazando el «*sacrilegos*» de los académicos por el de «*malditos*». *La historia que hemos descrito es el relato de una maldición a una de las Casas más famosas de la historia griega, la Casa de los Alcmeónidas. Una maldición*

cuyo *miasma* espantoso se extiende por generaciones y generaciones de sus integrantes y descendientes. ¿Cómo pararla, cómo detenerla? Un historiador moderno que se ocupe de la confusión en que se encuentra Pausanias al ver la estatua de un aspirante a tirano, en bronce, en plena Acrópolis, unos setecientos cincuenta años después, dirá, lavándose las manos (olvidando a Macbeth), que a lo mejor se trate de *otro* Cilón o que Pausanias identificó mal la estatua. Enfebrecidos por la lectura de Plutarco, aquellos que no tememos al desprestigio académico diremos: se trata de una estatua de Cilón, *el tirano que no pudo ser*, ofrecida como exvoto purificador de algún atormentado descendiente de los Alcmeónidas. Los académicos me condenarán, pero estoy *casi* seguro de que los griegos en el Hades se reirán conmigo.

Pítaco: el sabio que no quiso ser tirano (díptico)

Pítaco enseña la diferencia

«Un rey gobierna a súbditos que aceptan voluntariamente su autoridad. Un tirano, en cambio, gobierna sobre súbditos que no lo aceptan».

George Buchanan⁴⁸

Allí donde haya *stásis*, allí se tendrá, por desgracia, como una de las “soluciones” favoritas, la tiranía. ¿Favorita para

⁴⁸ Humanista escocés del siglo XVI. Citado por Stephen Greenblatt en: *El tirano. Shakespeare y la política*, Madrid, Alfabeto, 2018, p.13.

quienes? Heródoto dará la primera puntada de un tejido que todavía no cesa: hay gente que no quiere ser libre, que no le gusta la libertad, que le tiene miedo a ella y a las obligaciones que ella exige. Esa clase de gente la iremos viendo. En esa primera oleada de tiranía de la época arcaica, la pequeña *pólis* de Mitilene, en la isla de Lesbos, la padeció a manos llenas. ¿Cómo no iba a ser así si las discordias, disensiones, disputas y sediciones eran el pan de cada día? Estrabón no necesita sino una sola palabra para designar todas esas turbulencias políticas: *dichostasía*. Uno de los nombres que tiene la *stásis* griega. Mitilene, dice, «estuvo en aquellos tiempos gobernada por muchos tiranos a causa de la *dichostasía*»⁴⁹. Incluso ahora estamos en condiciones de trazar su genealogía hasta fijar su raíz en el mismísimo Orestes, así lo aseguran los griegos, con un hijo llamado Péntilo, fundador de toda una dinastía, los *Pentílid*as. De ella proceden los tiranos Melancro y Mírsilo. Estrabón, que no tiene tiempo allí para minucias, mete a un tercero: nuestro Pítaco. Ahí si no lo seguimos. Nosotros debemos hacer tiempo porque gracias a Pítaco aprenderemos a diferenciar, en el terreno político, entre un rey, un tirano y un *aisymnētēs*, eso que sí fue Pítaco.

Cuatro son las formas de *basileía* (realeza) que Aristóteles estudia⁵⁰ (cinco, nos dice, si incluimos la *oikonomía*): (1) la de los tiempos heroicos, (2) la de los bárbaros, (3) la *aisymnetía*, y (4) la de Laconia. La tercera forma de realeza es la que aquí nos interesa: la *aisymnetía*. Si se presiona a Aristóteles para

⁴⁹ *Geografía*, XIII, 3. «Disensiones internas» traduce María Paz de Hoz García-Bellido.

⁵⁰ *Política*, 1285 a 30- 1285 b3.

definirla brevemente dirá que es una *hairētē tyrannís*, una tiranía electiva: una pareja de términos que se disuelven el uno en el otro. Quien nos manda presionar a Aristóteles: si tienen prisa ahí les doy un oxímoron⁵¹. Consideremos más bien con calma el fenómeno. El *aisymnētēs* manda, (a) por toda la vida, o (b) por un periodo de tiempo determinado, o (c) para ciertos casos. Si solamente fuese así estaríamos tentados a lanzarlo al saco de los tiranos, solo que hay un, pero: manda, (d) *pero por encargo*. Lo han elegido, escogido, para ser *aisymnētēs* de acuerdo con las normas. Se trata entonces de un *encargo* en toda la regla, pero también, (e) segunda restricción, no es hereditario. No llega a mandar por imposición, con violencia, colocándose por encima de la ley, a la que los griegos llamaban “la tabla pintada”, sino por encargo. El Estagirita compara las realezas bárbaras y la *aisymnetía* griega, diciendo que ambas serían tiránicas por tratar a sus pueblos y las *póleis* que gobiernan de manera *despótica* (es decir, como el amo trata al esclavo o el señor del *oikos* a los suyos) pero que la *aisymnetía*, al ser electiva, merece incluirse como un caso particular de las realezas en general.

No siempre se recurre a la tiranía en caso de *stásis* y Mitilene entendió esto. No necesitamos un tirano, se dijeron entre ellos, probemos con un *aisymnētēs*⁵². Y probaron con

⁵¹ En estos tiempos oscuros en que vivimos, el oxímoron, por el contrario, es el ladrillo que usamos para construir la realidad paralela en que vivimos. Un ejemplo político, entre tantísimos de ello, es el de los «déspotas elegidos» de los que habla acongojada, Eliane Brum.

⁵² Se ha comparado con razón la *aisymnetía* griega con la *dictadura* romana (que también tiene sus propias restricciones y limitaciones). Por supuesto, nada tienen que ver estas dos instituciones antiguas con las dictaduras modernas.

Pítaco. Es el propio Aristóteles quien lo dice, cuando en una ocasión eligieron a Pítaco para poner fin a la *stásis* provocada por «los desterrados, al mando de los cuales estaba Antiménides y el poeta Alceo». Pítaco dirían los griegos, no necesita presentación. Es uno de los tan solo tres «fijos» en las varias listas confeccionadas en la antigüedad de los llamados «Siete sabios»⁵³. Platón lo menciona tres veces en sus diálogos. En el *Hippias mayor* aparece junto a Bías, Tales de Mileto y Anaxágoras haciendo parte de «nombres que son famosos por su sabiduría»⁵⁴. En el *Protágoras*⁵⁵ Platón nos ofrece la más antigua de las listas que nos han llegado de «Los siete sabios», y en ella incluye a Pítaco junto a Tales, Bías, Solón, Cleobulo de Lindos, Misón de Queronea y Quilón el lacedemonio. Son mencionados todos ellos por Sócrates que explica su fama por la gran capacidad para consignar en frases breves su especial sabiduría⁵⁶. Finalmente, en la mal llamada *República*, Platón vuelve a mencionar a Pítaco, esta vez colocando su nombre junto a los de Simónides y Biante en el grupo de «hombres sabios y bienaventurados»⁵⁷.

Aristóteles lo incluye en su gran lista de «legisladores» (*nomothétai*)⁵⁸, deteniéndose a comentar una famosa dispo-

⁵³ Sobre este tema véase el libro de Carlos García Gual *Los siete sabios (y tres más)*. p. 99 y ss.

⁵⁴ 281 c 3-4: *hôn onómata megála légetai epi sophíai*.

⁵⁵ 342 e y ss.

⁵⁶ Los espartanos (habitantes de la región de Laconia) eran famosos en la antigüedad por su forma breve de hablar. Sócrates habla de «brevilocuencia lacónica» y nosotros hablamos entonces de hablar *lacónicamente*.

⁵⁷ I 335 e.

⁵⁸ 1273 b 27 y ss.

sición suya: que los borrachos, si delinquen, sufran un castigo mayor que los sobrios, ya que su embriaguez no les debe servir de excusa y perdón (*syngnómē*). Más bien debe tenerse en cuenta la conveniencia de la comunidad toda⁵⁹.

Pítaco es entonces para los griegos uno de los Siete sabios, famoso por sus apotegmas⁶⁰, *nomothētēs* en su tierra, y emparentado con la dinastía de los *Pentílidās* al casarse con una de sus descendientes. Pero también y sobre todo importantísima figura para entender los estragos de la *stásis* en su tierra de Mitilene. La historia de Lesbos le sirve precisamente a Aristóteles para ponerla como aleccionador

⁵⁹ Sobre el tema de la indulgencia o conveniencia en estos casos, Aristóteles se ocupará de ellos en la *Ética a Nicómaco* 1110 b 24 y ss; y 1113 b 30 y ss. En su *Retórica*, al hablar de las refutaciones y sus lugares, menciona como cuarto modo para hacer «objeciones» el que se apoya en causas juzgadas por «hombres célebres». Su ejemplo (1402 b 12-14) es el famoso decreto de Pítaco comentado. He colocado entrecomillada la palabra «objeción», puesto que la original griega *énstasis* nos demuestra que aquí también la *stásis* hace de las suyas. *Énstasis* tiene como uno de sus significados el de oposición, resistencia o rebelión. Llevada al terreno de la retórica y en el contexto preciso de este pasaje aristotélico, don Antonio Tovar prefiere traducirla por «objeción» lo que otros “con mayor fidelidad etimológica” traducen por *instancia*. Como siempre, le hago caso.

⁶⁰ Hay uno que llegó hasta nosotros gracias a Aristóteles. En la *Retórica* II, 12, hablando del carácter y la relación que esta tiene con la edad, describe el talante de *los jóvenes*: dados a la concupiscencia, prontos a llevarla a efecto; variables, prestos a la cólera, dominados por la ira; amantes más de la victoria que del honor y; sin embargo, parcos en la codicia, pero por la sencilla razón de que todavía no saben lo que es carecer de algo, *tal y como dice Pítaco en su apotegma sobre Anfiarao* (1389 a 16). Si don Antonio Tovar confiesa que nada sabemos de ese apotegma, ¿entonces quién?

ejemplo de cómo los desafueros de la realeza pueden llevar a la caída de sus gobiernos⁶¹. Es una historia de maltratos y ultrajes, de cuerpos cogidos a bastonazos por los Pentílicas, hasta que el futuro tirano Megacles los atacó con su banda de amigos hasta eliminarlos⁶². Tiempos convulsos estos en que un grupo de aristócratas retira del poder a la realeza, pero para dar comienzo a otras sangrientas luchas fratricidas entre grupo de aristócratas que se empeñan en sacar ahora del poder a tiranos que como Melancro y Mírsilo se obstinan en enquistarse en el mando de Mitilene. Allí las luchas no cesan, sangre sobre sangre sin fin, hasta que los mitilenios, desesperados, prueban con la institución de la *aisymnetía*, encargando de la misma a Pítaco para que, en palabras de Estrabón, se valga de la «monarquía para poner fin a las oligarquías»⁶³.



Quisieron los dioses que tuviésemos la fortuna de tener la otra cara de la moneda en estos feroces acontecimientos. Tenemos un maravilloso testigo de excepción que, por fortuna, no pretende ser imparcial ni objetivo. Abierta y desgarradamente se confiesa parte del grupo de aristócratas que han perdido el poder a manos de tiranos y que han fracasado repetidas veces en sus intentos de recuperar el mando en Mitilene. Se trata, ni más ni menos, del gran poeta de la lírica monódica Alceo de Lesbos. La amargura del exilio, el veneno de la traición, la nostalgia por épocas más felices,

⁶¹ *Política*, 1311 b 23-30.

⁶² Uno de los asesinados quizás sea ese otro Péntilo con cuya hija se casó Pítaco.

⁶³ *Geografía*, XIII 2,3.

perdidas para siempre en la que los suyos mandaban; recuerdos de esplendor y gloria, junto a una desfachatada descripción de todos los medios que utilizaron, todos al final inútiles, para restablecer sus dominios. Todo en él está puesto en grado superlativo: brama, grita, se lamenta, maldice, llora, se aflige con furia tal que pese a los fragmentadas que nos han llegado sus canciones, pervive en ellos toda la rabia y todo el gozo de haber vivido con incomparable intensidad. A su obra recogida los antiguos la llamaron, con sobrada razón, *Stasiotiká*: «canciones de *stásis*». Lo suyo son las armas, el combate, la conjura y el complot; lo suyo son sus hermanos, su *génos*, su *banda de hermanos*. La fatiga y el goce, la rabia y el olvido son sus emblemas. Grosero sin par, desmedido, no se preocupa por dar razones, por justificar sus actos, puesto que su sangre, su alcurnia, su valor, lo eximen de tener que descender a las justificaciones para que comprendamos sus arriesgadas empresas. No es el *Logos* en manos de un aristócrata como Platón, sino su *thymós* quien lo empina para relatar sus balandronadas y maquinaciones. Nunca tendremos mejor testimonio de un aristócrata que se despide con tanta pasión de un poder al que no volverá y de una época que no retornará.

Alceo canta al diferendo

Cerramos los respetabilísimos textos que hemos consultado acerca de Pítaco, escritos por historiadores, viajeros, geógrafos y doxógrafos y abrimos las fragmentadas canciones de *stásis* de Alceo y preguntamos en ellas por Pítaco. ¡Qué diferencia! ¿Sabio, gobernante prudente, legislador? ¡Un traidor a los suyos es lo que es! ¡Un violador de juramentos! ¡Un arribista arrastrado que no teme rebajarse

para ascender! Si está arriba, nosotros fuimos lo que allí lo pusimos porque lo creíamos fiel a las mutuas promesas que en otros tiempos nos hicimos. ¡Tanto luchar junto a él –lo creíamos de los nuestros, pero nos engañó– contra los tiranos que nos arrojaron del poder en Mitilene! ¡Ah, esas épocas en que los nuestros mandaban, qué dirán nuestros padres, nuestros antepasados, de nosotros! Vergüenza por nuestra cobardía, ¿cómo fue posible que semejante hombre, trepador, venido de abajo se encumbrara tanto que se olvidara de nosotros que allí lo pusimos? Allí lo llevamos para que nos devolviera el mando, no para que terminara apropiándose de él.

Así hablan los oligarcas de todos los tiempos, cuando se sienten traicionados. Así habló, sin censura, sin contención, un oligarca metido de poeta. Hace más de dos mil seiscientos años hizo de su frustración y derrota una de las más conmovedoras y brutales canciones de *stásis* de la poesía antigua. ¿Pítaco?, nos dice Alceo, con alborotada bilis en sus entrañas: si todavía lo recuerdo, cuando yo era niño, un pequeño apenas, cuando llegó a la casa de los míos, «el pentílida» (no merece ni nombrarlo). Pensar que el miserable malnacido terminaría haciendo de tirano⁶⁴.

Quien pisa Sigeo, pisa la tierra sagrada de la guerra de Troya. Allí está cerca la desembocadura de los ríos Escamandro y Simois que todo niño ha dibujado en su mapa mental de la *Ilíada*. Por el fondeadero que se forma allí, Estrabón afirma que entraron los héroes aqueos camino a Ilión. Allí se muestra a los piadosos viajeros el santuario y el monumento

⁶⁴ Véase el # 75 de la *Lyra Graeca* consagrada a Alceo y depúrese por ejemplo con el # 30 de Adrados.

consagrado a Aquiles (muy cerca están también los monumentos a Patroclo y Antíloco). Si pasamos de la leyenda a la historia, se nos dice que allí fundó Sigeo el general ateniense Frinón, vencedor del pancracio en los Olímpicos (636 a.C). Más demora Frinón en tomar esas tierras en nombre de los atenienses para que los mitilenios –que se creían con semejantes derechos– entablaran disputa por estos territorios. El primero de una serie de largos enfrentamientos que tendrán esas dos *póleis* por el dominio de Sigeo, a lo largo de más de cien años, Heródoto no lo cuenta (para escándalo de Plutarco) pero Estrabón sí⁶⁵. Y en este relato está Pítaco «uno de los Siete sabios» (así lo llama Estrabón) que atacó por mar a Frinón. La lucha terminó por resolverse (esta vez) en un combate cuerpo a cuerpo –por sugerencia de Frinón, atleta olímpico y general–. Pero Pítaco lo venció con astucia: valido de un aparejo de pesca (red –oculta, dicen algunos, en su escudo– tridente y puñal) lo envolvió en la red, lo atravesó con el tridente y lo apuñaló hasta darle muerte⁶⁶. Por supuesto la guerra por Sigeo continuará. Periandro, el tirano de Corinto arbitrará entre atenienses y mitilenios, y décadas después Pisístrato y sus hijos harán de Sigeo un foco estratégico de suma importancia. Entre leyendas de héroes e historias de tiranos está Pítaco que con acciones como éstas inicia su ascenso a la fama.

Y Alceo estuvo allí durante esta primera batalla por Sigeo. Desde Heródoto hasta Estrabón, todos, nunca dejan de

⁶⁵ *Geografía*, XIII, 38-9.

⁶⁶ Véase el hermoso libro de Marcel Detienne y Jean Pierre Vernant: *Las artimañas de la inteligencia*, p. 41. Red, tridente y puñal son instrumentos privilegiados en el combate en que la *metis* hace inclinar la balanza a favor de quien la emplea.

comentar la escena. Alceo estuvo allí, pregunten a los atenienses, dirá con escandaloso orgullo, que dedicaron mi escudo, como ofrenda en el templo de la diosa los ojos glaucos⁶⁷. ¿Abandonó su escudo? ¡Qué lejos está Alceo del grito de la madre espartana a sus hijos que marchan al combate: «con él o sobre él», pero no *sin* él! Y Alceo, es su confesión, lo abandonó. ¿Vergüenza? Jamás. Al argumento de Arquíloco⁶⁸: que el tracio se quede con el espléndido escudo. Yo puedo comprarme otro. Salvé la vida; Alceo le agrega un rizo precioso. ¿Valiosas las murallas? Troya cayó. No son las murallas, son los hombres que defienden la *pólis* lo que importa⁶⁹. ¿Escudos? Con el de Arquíloco se quedó un bruto tracio, con el mío la diosa Atenea. Que le avisen en Mitilene a mi amigo Melanipo: ¡Alceo vive, Alceo está a salvo!

Era muy joven cuando mis hermanos y Pítaco (otra vez ese miserable) tumbaron a Melancro⁷⁰. Ese todavía merecía *algo* de respeto⁷¹. Pero sí estuve cuando derrocaron al segundo, al despreciable Mírsilo. ¡Cómo gocé su muerte! ¡Mírsilo está muerto, canté, bebamos sin medida hasta perder el sentido, ahora es la ocasión!⁷². En cuanta batalla, conjura y complot, él (sigue una ristra de insultos procaces, de doble sentido, desmadrados, coleccionados por Diógenes Laercio, I, 81) estuvo con nosotros porque confiábamos en él. Pero muerto Mírsilo, el miserable dejó ver sus retorcidas intenciones, yo fui

⁶⁷ 428 L-P.

⁶⁸ Fr. 6

⁶⁹ *Ándres gar pólios pýrgos Areúios. Lyra Graeca*, Fr.41, línea 10; 112, 10 L-P.

⁷⁰ ca. 612-608.

⁷¹ Fr. 89.

⁷² 332 L-P.

el primero en darme cuenta. En vano alerté a los míos desde el exilio: ¡hay que detenerlo! Ahora es el momento en que el leño apenas echa humo, antes de que comience a arder ¡hay que detenerlo!⁷³. Ese hombre –el innumerable– enloquecido quiere el poder en grande, solo para sí, y con ello arruinará la *pólis*. El fiel de la balanza se inclina hacia el desastre⁷⁴.

La suerte está echada. Pítaco está en el poder. Es tal la rabia que Alceo tiene, que se descuida: lo ha venido llamando tirano, pero en un momento la cólera estrangula su mente y en una de sus canciones se ve obligado a reconocer que no ha sido Pítaco el que se ha apropiado del poder, sino que los mitilénios lo han instalado en su puesto. Van insultos entonces para ambos. ¿Pítaco? ¡*ton kakopatridan!*⁷⁵. ¿Mitilene? Sin entrañas y abandonada por los dioses, convertida en arrabal de aduladores de semejante engendro⁷⁶.

Hay entre todas sus canciones una en especial que muestra a nuestro poeta de cuerpo entero, como es, capaz de elevarse a las alturas de la devoción, como de descender al pozo fétido de los insultos. Alceo se encuentra refugiado en Pirra, en uno de sus tantos exilios provocado por otro de sus acostumbrados fracasos. ¿Qué hace? Penetra, como fiel devoto en el gran templo, visible desde lejos, que los lesbios hicieron *común a todos*. Allí están los altares de los bienaventurados e inmortales dioses, en santa trinidad:

⁷³ Fr. 29.

⁷⁴ 141 *L-P*.

⁷⁵ “Mal nacido”, es la traducción más suave. Todos los idiomas modernos tienen equivalentes más descarnados y nuestro español no es la excepción.

⁷⁶ 348 *L-P*.

Zeus, señor de las Súplicas; *Hera*, convocada por Alceo como diosa eolia, bajo la advocación de *madre de todos* y, *Dionisos*, devorador de carne cruda, invocado como *kemēlios*⁷⁷. ¡Qué nos sean propicios!, dice el piadoso Alceo. ¡Qué nuestros ruegos sean escuchados! ¡Libradnos de estas cuitas y del dolor del destierro! ¿Cómo no estremecerse –que a otros se les erice la piel, lo suyo es el agitarse trémulo de la piel del cervatillo– ante semejante sagrado comienzo? Y de pronto, del ascenso piadoso cae en el descenso infernal de sus maldiciones: que el innombrable –llamado ahora con desprecio «hijo de Hirras», un arrastrado aparecido de oscuros orígenes– las Erinias lo atrapen, potencias vengadoras de los juramentos rotos y de las muertes que claman venganza. Juramos, sí, juramos con él que moriríamos en el intento o mataríamos a nuestros enemigos, esos que mandaban entonces, para liberar de su infortunio al «pueblo» (*dâmon*). Pero todo se vino abajo cuando –otra vez el innombrable, calificado ahora de *phýsgōn*, “panzón”– pateó los juramentos y ahora «*dáptei tan pólin*»⁷⁸.

Total, ¿qué se podría esperar de semejante miserable? Su padre un borracho siempre en festines, rodeado de estúpidos. ¿Y él? Un arribista que para ascender se vinculó –en oportuna boda– con la «casa de los Atridas»⁷⁹. ¿Qué hacer?

⁷⁷ *Piel de corzo*, aconseja traducir Carlos García Gual. *Kemás*: corzo, cervatillo.

⁷⁸ «devora, roe, desgarrar la *pólis*». El verbo *dáptō* es así usado en toda comunidad política, desde los tiempos de la épica para alertar: la *pólis* se ha convertido en presa indefensa de los injustos. 129 L-P

⁷⁹ Provocador apelativo. «Pentílida» lo había llamado. Ahora, recurriendo a la genealogía, sube más arriba hasta llegar a Orestes y con él a la maldición que recae sobre todos ellos.

Aguardemos hasta que el tiempo de Ares nos sea propicio. Mientras tanto olvidemos la cólera y la discordia que nos arrastra a luchas fratricidas (*emphýlō te máchas*) suscitadas por algún dios que lleva a la catástrofe al pueblo (*dâmon*) mientras le otorga la gloria a Pítaco (al fin lo menciona por su nombre). ¿Cómo hacer para que la cólera y la discordia no los conviertan en resentidos? He aquí la receta que solo un lesbio podrá ofrecer con tanto brío y melancolía a la vez: vino, *carne trémula*, danza y ... canto. Cantó con fuerza, no dejó nada dentro porque sabía que, si se guardaba la bilis, haría de ponzoña en sus entrañas hasta hacer de él un amargado sin remedio.

Cantó sus penas, sus quebrantos y fatigas. Así, en plural. En abundante plural. El latín las concentra en un puño de palabra: *dura* (n. pl.). Esa fue precisamente la palabra que escogió Horacio para describir los cantos de Alceo: *dura navis, / dura fugae mala, dura belli* (*Carm.* 2,13,27-28). Ya hemos escuchado sus cantos de exilio (*fugae*) y de guerra (*belli*). Pero ¿*dura navis*? Claro que sí. Por algo en sus cantos aparece por primera vez en la historia de la literatura occidental el llamado, por otros, «tema de la nave del Estado»⁸⁰. Concibe Alceo la *pólis* cual nave azotada por oleadas de feroces vientos. ¡Reforcemos los costados, que se acerca otra nueva

⁸⁰ Nuestro Horacio no podía ser la excepción, también lo imita en *Carm.* I, 14. La bibliografía sobre el tema de «la nave del estado» es impresionante. Escojo dos joyas: *Origen del tema de la nave del Estado en un papiro de Arquíloco*, en *El mundo de la lírica griega antigua*, de don Francisco Rodríguez Adrados, Madrid, Alianza, 1981. Y *Pragmática de la alegoría de la nave*, de Bruno Gentili, en *Poesía y público en la Grecia antigua*, Barcelona, Quaderns Crema, S.A., 1996.

ola!, ¡conduzcamos la nave a un puerto seguro!, ¡qué nadie se acobarde, valor!, ya hemos sido probados y nos dio fuerzas el recuerdo de nuestros padres. ¡No los avergoncemos!⁸¹.

No pudieron llegar a puerto. Azotados por vientos contrarios que golpean la nave por ambos costados «*y nosotros en medio*» (*ámmes d'on to mésson*) llevados sin tener el control, sufrimos lo insoportable. Todo hace agua, las velas están hechas girones, ¡y mis pies están enredados entre las cuerdas! ¿Todo está perdido? ¿Es el tiempo de la derrota definitiva? No. Ya estamos acostumbrados a los giros intempestivos de este hombre que jamás claudica: ¡ahí está mi salvación!, dice en medio del naufragio, ¡qué la carga se pierda!⁸².

Un náufrago es ahora Alceo, víctima, dirían los latinos, de una *naufraga tempestas*⁸³. Naufraga Alceo y *su pólis*. ¿Cuál *pólis*? No Mitilene, sino la *pólis* de los *suyos*. Sí, Alceo ha hablado, como habla todo oligarca en campaña de *dâmon*, de «pueblo». Pero ahora, quebrada la nave de *su pólis*, hecha restos de un naufragio, pronuncia la palabra clave para designar *su* pueblo: *laós*. *Su* “pueblo” es un pueblo armado para combatir en el extranjero, con armas convencionales propias de la guerra (así tenga que hacer, como él y los suyos lo hicieron varias veces, de mercenarios) o de garrote para reprimir a los alzados de facciones opuestas a la suya dentro de Mitilene. Lejos están los lidios que financiaron sus aventuras mercenarias, lejos

⁸¹ Fr. 130,19-39 *L-P*.

⁸² Alceo nunca se da por vencido: que el escudo se pierda, que la carga se hunda, Alceo vive. 326 y 208 *L-P*.

⁸³ Tempestad que hace naufragar. Cómo suena de terrible en el latín de Horacio: *naufrăgĭum* (*sinc. de navifragium, de navis y frango* (v.): *romper, quebrar, hacer pedazos*).

están los suyos asediados por *penía* y *amēchanía*: la pobreza y su hermana la *carente de recursos*. Ahora es un oligarca –arruinado, desterrado, en el exilio– quien aprende en carne propia todos los sentidos de la palabra *aporía*: amargamente tiene que reconocer que *la pobreza y el desamparo* doblegan hasta a un pueblo (*laós*) altivo⁸⁴.

¿Qué le queda a Alceo? Sus recuerdos, pero cuánto duele recordar. Cómo hiere recordar los felices tiempos en que ellos mandaban, haciendo de las suyas como querían, en el ágora y el Consejo, desde tiempos antiguos. Allí sus padres y los padres de sus padres, como buenos oligarcas, fueron *señores* hasta llegar a viejos, haciendo “política” según sus costumbres, *dañándose* unos a otros, como era la regla entre aristócratas camorrones⁸⁵.

Después de tantos fallidos intentos por volver, heme ahora aquí, en el exilio, yo que hice parte del club de los notables, convertido ahora en un vulgar campesino, arruinado, en lejano lugar. Aquí mismo estoy, rodeado por lobos, pero eso sí, en pie de lucha *porque es innoble no levantarse contra*

⁸⁴ 364 L-P.

⁸⁵ No exageramos. Ya vimos, fugazmente, asomar el garrote y el bastón. Ya la historia griega nos ha mostrado el arma preferida de estos aristócratas que lo empleaban a diestra y siniestra *dentro* de la *pólis*. ¿Qué creían cuando nos referíamos a esa *banda de hermanos*? Las aristocracias de todas las épocas -por más maquillaje hollywoodense que se les ponga- siempre se han mostrado orgullosos de ese garrote con que mandan. Esos *clubes* en que se reúnen para fraternizar entre ellos, *excluyendo* a los demás, conservan sin vergüenza su origen camorronero: *club*, “garrote grueso”. Está así desde el nórdico antiguo (*Klubba*), el germánico *klub-*, y el inglés medio *clubbe*. *Club*: comunidad de garroteros.

*los que mandan*⁸⁶. Mientras llega el tiempo propicio para la guerra, me mantengo vivo, en esta tierra de exilio, que tributa a los bienaventurados dioses con los festivales de belleza de sus mujeres y el anual sagrado rugir⁸⁷.

Los tiempos de Ares no volvieron. Y no volverán, puesto que el fin de la aristocracia ya se anuncia por todos lados. Hará falta tiempo, para otro tiempo, que siempre está por advenir. Pero no importa. La antigüedad *tenía tiempo* (nosotros ya no, puesto que lo hemos empeñado). Dejemos en paz a Alceo con su trilogía de mar, exilio y guerra. A él le correspondió la *dureza*. Y la bebió a sorbos sin infectarse por ella.

Encima, literalmente encima de los versos que Horacio le dedica, está Safo, la inmortal. El primero en anunciar la buena nueva de la bendita, fue él. Una línea le bastó para hablar de la «sacra» Safo, coronada de violetas, de sonrisa de miel⁸⁸. Que otros critiquen sus desafueros y desparpajos,

⁸⁶ Un pasaje sumamente fragmentado, pero crucial para nuestro tema (130,16-39 *L-P*). El contexto reconstruido tiene el sentido que Ferraté le ha dado. La palabra clave en el original griego vuelve a ser *stásis* (*on [p]ólemon stásin gar/pros kr. [...]*). He preferido darle la razón a E. Will (*El mundo griego y el Oriente*, Madrid, Akal, 1997, p. 387), en este caso, restituyendo el «revolverse» de Ferraté, la «revuelta» de García Gual, la «lucha civil» de Rodríguez Adrados, por su primigenio sentido: «alzarse, levantarse».

⁸⁷ Rodríguez Adrados no, pero García Gual y Ferraté reconstruyen una preciosa línea: «¿Cuándo de mis muchos pesares/me van a liberar los olímpicos?».

⁸⁸ 384 *L-P*.

nosotros lo recordaremos, pese a todo, como el buen catador de poesía que fue⁸⁹.

Diez años le bastaron a Pítaco *aisymnētes* (jamás tirano, así le duela a Alceo) para que, sin tener que cambiar la forma de gobierno, gracias a una serie de medidas estrictas,⁹⁰ lograra terminar con la *stásis*. Acabó con la oligarquía, dice Estrabón, pero al poner fin a la tarea que le fuera encomendada, *devolvió a Mitilene su autonomía*. No hay duda, Pítaco fue el sabio *aisymnētes* que no quiso ser tirano.

Periandro: recibe y da lecciones de tiranía

La tiranía: «la cosa más injusta y manchada de sangre»

Relata Heródoto⁹¹ que cuando los espartanos quisieron hacer que Hippias, el hijo de Pisístrato tirano de Atenas,

⁸⁹ Me he encaramado en los hombros de Rodríguez Adrados, Ferraté y García Gual para alcanzar la edición de Alceo realizada por Edgar Lobel y Denys Page (*Poetarum Lesbiorum fragmenta*). Hice uso también de la *Lyra Graeca*, en la edición revisada y aumentada por J. M. Edmonds (T. I, p: 309 y ss), como rendido homenaje a mi “librero de viejos”, el señor Quijano (†) pese a que la segunda edición es de 1927. Él me vendió mi ejemplar de la *Lyra Graeca*, hace más de cuarenta años, junto al *Genio del cristianismo* de Chateaubriand. El anterior cuaderno y este han tenido que ser revisados en plena pandemia. Sin la biblioteca Luis Ángel Arango no soy nada. Tuve entonces que recurrir a mi amada (y desactualizada) biblioteca, para proveer de referencias que me pedía Jaime Ortega y ahora Jimena Fernández, sufridos transcriptoros.

⁹⁰ En las juiciosas palabras de síntesis de M^a Paz de Hoz García-Bellido al pasaje que comento de la *Geografía*, p. 419, n: 315.

⁹¹ *Historia*, V 92-93

regresara, sus aliados no estaban de acuerdo. Solo que nadie se atrevía a expresar lo que pensaba, hasta que Socles el corintio lo hizo⁹². Se invertirán los lugares del arriba y el abajo, del cielo y la tierra, dijo Socles⁹³, si vosotros lacedemonios estáis dispuestos a abolir la *isocratía* y restablecer en las *póleis* las tiranías: «la cosa más injusta y manchada de sangre entre los seres humanos»⁹⁴. Si la tiranía, les dijo Socles, con atrevida libertad, os parece buena cosa ¿por qué no la experimentáis vosotros?⁹⁵. Nosotros los corintios sí que lo experimentamos en carne propia. Éramos gobernados por la oligarquía de los *Baquíadas*, tan cerrados y celosos de sus prerrogativas que solo casaban a sus hijos con

⁹² Por supuesto los historiadores modernos ponen en duda semejante discurso. Su extensión, el contexto en que lo realiza, todo alerta al precavido lector moderno. Sin embargo, la posteridad no ha hecho otra cosa que volver a él repetidamente cuando quiere hablar de tiranía y de tiranos.

⁹³ «El tirano es el desorden del universo, la tiranía es la confusión e instaurarla significa volver el *kosmos* patas arriba». Es la glosa de F. Hartog, en su bello libro *El espejo de Heródoto*, p.303.

⁹⁴ *Isokratía* es el término que usa Heródoto en el original griego. Véase el atinado comentario a esto en la nota 430 de Schrader. *Miai-phónos*, como sustantivo designa al asesino, como adjetivo designa la *míansis*, la mancha provocada por el crimen. *Miaiphonóteros* es el adjetivo comparativo que vincula al asesino con su mancha.

⁹⁵ Esa costumbre lacedemonia de restablecer a su paso las tiranías (por supuesto no en sus tierras. La crítica de Socles está hecha con atrevida lucidez: “recomiendan” el potaje tiránico *a otros*, cosa que jamás estarían dispuestos a tragarse ellos mismos. Costumbre repetida por los imperios hasta nuestros mismísimos tiempos) era la antípoda de la costumbre ateniense: «los atenienses derriban por todas partes a las oligarquías y los lacedemonios a los *démous* (democracias)». Aristóteles, *Política*, 1307 b 22-24.

las hijas de su exclusivo grupo. Pero nada es perfecto. Uno de los suyos, de nombre Anfión, tenía una hija coja llamada Labda. Como ninguno de los Baquíadas quiso casarse con ella, su padre tuvo que casarla con uno ajeno a su estirpe: Eetión, del *demo* de Petra, descendiente de los Lapitas⁹⁶.

Realizada la alianza, Eetión fue a Delfos (cuidado, ya sabemos por Cilón que hay que ser precavidos con el oráculo) y preguntó: ¿tendría descendencia? Labda parirá una piedra rodante que caerá sobre los que mandan y hará justicia en Corinto, dijo la Pitia. Tal vaticinio llegó a oídas de los Baquíadas que de inmediato lo relacionaron con otro a ellos referido que hasta el momento no habían sabido cómo interpretar:

⁹⁶ Jean-Pierre Vernant, ha sacado partido más que nadie a este tema comparando dos tiranías “cojas”: una histórica, la de Periandro; otra literaria, la de Edipo. Véase su magnífico ensayo *El tirano cojo: de Edipo a Periandro*, en: *Mito y tragedia II*, p.47 y ss. Aquí mencionamos tan solo lo obvio. La hija de Anfión es coja, *chólé*. *Cholós* sirve para designar a la persona que cojea, pero también a toda persona o cosa *inestable* física o mentalmente. Labda (o lambda) es la letra griega que “cojea”, al tener uno de sus extremos más corto que el otro (λ). La solución de Anfión, expresada en términos ajedrecísticos (comparación para nada forzada puesto que el pasaje griego está plagado de trampas y de astutas jugadas) sería algo así como: si los Baquíadas llevan la iniciativa, jugando con las blancas, los lapitas, de los que era descendiente Eetión, jugaban con las negras. No obstante, movieron muy bien sus fichas, haciéndoles zancadilla (en italiano *gambetto*) a los orgullosos Baquíadas: “sacrificaron” una de sus “piezas” para lograr una posición favorable, en espera de obtener –como así terminó siendo– ventajas postreras (un *gambito* Benkö, en ajedrez). Durante siglos enteros la jugada se repetirá una y otra vez. Aquí, el “sacrificio” de Eetión les dio a los del sur de Corinto (Petra quedaba literalmente al sur) “líneas abiertas en el flanco de dama” para sus piezas que así podrían ir a la caza de los del norte.

un águila parirá un león, temible bestia sanguinaria (*karteron oméstén*. Toda una bestia soberana, diría Derrida).

Los Baquíadas jugaron sus fichas: hicieron todo lo posible para matar al nacido. Pero la sagaz madre les puso zancadilla: ocultó a su hijo dentro de una jarra (*Kypsélé*)⁹⁷. Cípselo lo llamaron (¿qué otro nombre podría llevar el así salvado?). Y creció y creció, hasta que, como dice Heródoto, se lanzó sobre Corinto y se apoderó de la *pólis*.

La bestia soberana «cipseliza» sabiamente

Cípselo hecho tirano, expropia, destierra y asesina a rivales y enemigos. Así logró mantenerse en el poder por treinta años⁹⁸, con tanta saña, con tanta ferocidad, que la lengua griega forjó un verbo, *kypselízō*: “ser tirano como Cípselo”, para ahorrar dolores. El primero en conjugarlo, y en versión sustancialmente mejorada, fue Periandro, su hijo.

Como casi siempre pasa, Periandro, al comienzo de su tiranía fue calificado como *épios* (dulce, suave, benévolo) pero después, una vez que estableció una «estrecha amistad»⁹⁹ con Trasíbulo, el tirano de Mileto sacó sus garras y se tornó «mucho más sanguinario que su padre».

⁹⁷ Una historia muy querida por muchos pueblos. El Antiguo Testamento, la historia de los persas y la mitología, así lo atestiguan. *Kypsélé*: agujero, arca, cofre, celda, celdilla. Eso ha permitido a numerosos intérpretes designar al objeto salvador, como: arca, cofre, jarra y hasta colmena vacía. Obtendremos cualquiera de esas opciones según la fuente y el historiador que consultemos.

⁹⁸ 655-625 a.C.

⁹⁹ Los tiranos, imitando costumbres oligárquicas, establecieron una red de alianzas a lo largo y ancho del mundo antiguo. Así lo siguen haciendo.

Debemos detenernos en la más famosa *lección de tiranía* de la historia¹⁰⁰. El aprendiz de tirano envió un emisario a la corte de Trasíbulo para que le enseñara las medidas más importantes que hay que tomar para atornillarse en el poder. Trasíbulo conduce al enviado *fuera de la ciudad* (*exége éxō tou ásteos*. De la ciudad, *ásty*, no de la *pólis*), entra en un trigal y mientras le pregunta como quien no quiere la cosa al enviado por su viaje, va cortando los tallos de las espigas que sobresalen, arrojándolas al suelo sin descanso, hasta destruir las más hermosas y maduras espigas del campo. Así despidió al mensajero, sin haberle dado consejo alguno.

Podemos imaginarnos la molestia del mensajero¹⁰¹ cuando al regresar a Corinto, con la boca vacía de mensaje alguno, se encontró con su señor, ansioso de *oír* el tan esperado consejo. Fastidiado por semejante situación, el mensajero parlotea: ¿con quién me has enviado? Que señor tan extraño y loco, capaz de destruir sus propios bienes.

El pregonero sin oficio no entendió, pero el aprendiz de tirano sí. *Tomó conciencia*, por la manera como se comportó Trasíbulo de lo que debía hacer. *Captó* sagazmente lo que le aconsejaba: asesinar a los ciudadanos que se destacaran. Y así lo hizo: toda expropiación, todo destierro, todo asesinato que Cípselo había dejado sin realizar, él se apresuró a llevarlo a cabo.

¹⁰⁰ Sin lugar a duda. Tan grande que Aristóteles puede intercambiar los papeles de los actores y, sin embargo, conservar el huevo de la serpiente. En Aristóteles es Periandro, ya convertido en su tiempo en el paradigma del tirano arcaico, quien da la lección a Trasíbulo, aprendiz de tirano.

¹⁰¹ *Kéryx* en este caso. Un pregonero encargado de dar el *kérygma*, proclamación *en voz alta* de un mensaje.

Periandro “redondeó” la piedra que Cípselo había echado a rodar con dos horribles acciones. *El primer drama* (el griego y el cine conocen la estrecha relación entre drama y acción) es contado por el aterrado Socles, con el que finaliza su exhortación a los aliados para que no vuelvan a echar a rodar, esta vez en Atenas, la bestia soberana de la tiranía. *El segundo drama* será relatado en otro lugar por el mismo Heródoto¹⁰².

Primer drama: la afrenta a las mujeres corintias

Periandro, la bestia sanguinaria, había dado muerte a su esposa Melisa. Pero ni muerta la dejó tranquila. Ella había dejado la vida llevándose consigo el secreto de donde estaba escondido cierto tesoro. El tirano, insaciable (para los griegos es una redundancia) lo codicia. Señor de los excesos, incontenible, acude a las negras artes de la necromancia para que su esposa le revele el lugar del tesoro. Ella desde la ultratumba se rehúsa porque la inhumó sin dotarla de vestidos para el Hades. Desnuda, tenía frío al otro lado de la vida¹⁰³. ¿Cómo estar seguro el tirano que esa voz viene del otro lado de la vida? He aquí la “prueba”, la “señal” que solo el tirano puede entender. El espectro le manda decir: tú, has introducido los panes en el horno frío. Un paréntesis piadoso en el

¹⁰² *Historia*, III 48-53.

¹⁰³ Los historiadores hace tiempo se han saltado este retorcido relato, pleno de bifurcaciones. ¿Quién en estos tiempos oscuros le pide a un anciano que relate su historia? ¿Quién habla en estos días con los viejos? *Relatos de vieja*. Los vimos hace tiempo con Pausanias. ¿Quién nos manda oír a viejos que, para acabar de completar, son griegos? A punta de rodeos nos hacen sabios y a ese precio no queremos serlo. Mejor ir directamente al grano, no seremos sabios, pero tendremos posgrado.

texto nos explica que el tirano quedó convencido con semejante prueba: era el único que sabía, hasta ese momento, que había cometido necrofilia con el cadáver de su esposa.

El tirano no conoce límites. Convoca a las mujeres de Corinto al santuario de Hera y valido de sus guardaespaldas (*tous doryphórous*) las obliga a desnudarse, libres o criadas no importa¹⁰⁴. Quemados los vestidos, hecha la ofrenda, el tirano tendrá su tesoro, pero los corintios jamás olvidarán semejante vejamen.

Con tal escena¹⁰⁵ quiso terminar su intervención Socles: a tales extremos llega la tiranía. Heródoto cierra el ciclo diciendo: los demás aliados, que hasta el momento habían permanecido en silencio, al ver como Socles se expresaba con plena libertad (*eípanτος eleuthérōs*) lo aclamaron y se unieron a él. Que los lacedemonios no se atrevan a hacer con los atenienses, lo que políticamente acostumbran con otras *póleis*.

Segundo drama: la afrenta a los jóvenes de Corcira

La vida privada del tirano va de desgracia en desgracia (en griego *symphorá*, esa estremecedora palabra que nos acompaña como sanguijuela en el alma). Asesino de su esposa, terminó criando cuervos, solo que no pudieron sacarle los

¹⁰⁴ Como veremos, para el tirano todos son iguales *ante* él. La igualdad por decreto es consigna de déspotas.

¹⁰⁵ Esa que la mayoría de los historiadores no comenta y si lo hacen es para borrarla, tachándola de ejemplo evidente de como ya en el siglo V se había levantado contra el sabio y emprendedor Periandro una serie de calumnias para ensuciar su imagen.

ojos. Uno le salió bobo, y al otro, que le amargó su vida con éxito –inteligencia obliga–, le dieron muerte antes de que pudiera hacer algo definitivo al respecto. La historia, si se quiere, es bien retorcida, pero si se sigue hasta el final la recompensa puede ser muy provechosa si queremos conocer las entrañas de la bestia soberana. Más de un historiador moderno se la ha saltado con el argumento ya conocido: son relatos que pretenden ensuciar al emprendedor tirano, *bueno a la larga*.

El abuelo materno de semejantes rorros sembró en sus mentes la cizaña, vertiendo en sus oídos esta emponzoñada pregunta: ¿quién mató a vuestra madre? En el mayor de dieciocho años, Cípselo II, el tonto, por supuesto la pregunta no fructificó. Pero en el menor de diecisiete, Licofrón, claro que sí. Tanto se envalentonó que Periandro, su padre, desesperado lo echó de la corte y prohibió, bajo pena de multa, que se le diera albergue o comida. Pasaron los días, hasta que terminó por encontrárselo «sucio y falto de alimento». Conmovido por su situación (sí, los tiranos también lloran) se apiadó (*tês orgês*) de él, dándole a escoger entre continuar haciendo de acorralado pordiosero o heredar la tiranía y los bienes atesorados de una *pólis* considerada por todos como «florecente» (*tês eudaímonos*). Acompañó su propuesta repartiendo a diestra y siniestra máximas ejemplarizantes y consejos pragmáticos que esparció con destreza en torno al corazón de la cuestión: no tuvo intención de dar muerte a su esposa (siempre innominada para no hurgar en el rencor de su hijo). Pero ¿hay blindaje más fuerte que el resentimiento cuando se trata de escuchar razones? Licofrón rechazó de manera atrevida la oferta. El tirano entonces lo destierra a Corcira, no sin cierto doble pragmatismo: Corcira estaba en

ese momento bajo control de la tiranía corintia. Entonces: ¿por qué no dejar a su rebelde hijo al frente de ella? Y que pague Procles el abuelo materno: se apodera de Epidauro y arroja al suegro a las mazmorras del régimen.

Pasa el tiempo, el tirano envejece perdiendo rápidamente su fuerza. Corinto florece, siempre lo ha hecho, pero él ya no está en la flor de la edad¹⁰⁶. ¿Heredar su “reino”? Los tiranos buscan, imitando torpemente a su contraparte los reyes, forjar dinastías. Nunca sobrepasarán la tercera generación, nos dicen los historiadores, para tranquilizarnos. Pero tres generaciones para Heródoto son casi cien años de los nuestros en los que la libertad es sepultada bajo el peso de emprendedores tiranos. ¿A quién? ¿A un *nōthēs* (lerdo, tarado) hijo mayor? ¡Jamás! Alecciona entonces a su hija para que conmueva el terco corazón de su hermano Licofrón. Periandro hace de tirano ventrílocuo: usa a su hija de muñeca parlante para que Licofrón escuche otra andanada de máximas ejemplarizantes. Cinco, en sucesivas oleadas: contra el vano orgullo; contra combatir el mal con el mal, son las dos primeras. La cuarta, muy pragmática: por reivindicar a su madre terminará perdiendo los bienes del padre. Me he saltado *el orden del discurso* del tirano para subrayar la tercera y la quinta. Las cinco máximas no aparecen en la colección que hizo Diógenes Laercio¹⁰⁷ para justificar la inclusión del tirano en la lista de los Siete sabios. Menos mal. No son suyas. Las arrebató de la «sabiduría popular», la mejor, esa que corre de boca en boca de

¹⁰⁶ *Párēbos*, un adjetivo satélite alrededor del verbo *parēbāō*: comenzar a declinar, a envejecer, ir perdiendo las fuerzas, que hace su ronda, más adelante en III 53,4.

¹⁰⁷ *Vida de filósofos*, 197 - 98.

viejos quejosos y de viejas rezanderas. Periandro el tirano diestro en tronchar las espigas que sobresalen, se vuelve aquí tierno abuelito que recoge en un florilegio sus razones. La tercera flor (máxima) es una de las cumbres del espíritu humano. La escena no podría ser más espantosa. De las fauces de la bestia soberana que ha desgarrado y arrancado tantas vidas, sale una de las proclamas más grandes acerca de la justicia humana: *polloí tón dikaiôn ta epieikés-tera protithêsi*. «Muchos, frente al derecho estricto, hacen primar la *epiqueya*»¹⁰⁸. ¿Y la quinta? *Tyrannis chrêma sphalerón*, *polloí de autês erastaí eisi*: la tiranía es una cosa útil, un bien, una riqueza (*chrêma*); pero resbaladiza, vacilante, inestable (*sphalerós*). Pese a ello, son muchos los que la *desean en exceso*¹⁰⁹. Heródoto pone entonces en boca del tirano dos *sentencias* (léase el término en sentido jurídico): *una*, la tercera, que no es digno de pronunciar, pero que al hacerlo *retrata* (no olvidemos que estamos en un capí-

¹⁰⁸ «La interpretación moderada y prudente de la ley según las circunstancias de tiempo, lugar y persona». Así define la *epiqueya*, en una brillante nota al pasaje, Carlos Schrader. Saqueo esa nota sin arrepentimiento alguno. Remito a ella con culpable alegría. La Universidad Libre me recibió con esta proclama, en clase de derecho constitucional con el maestro Esteban Bendeck y me confirmó en ella, en clase de derecho penal con el maestro Luis Carlos Pérez. Ellos me enseñaron que veníamos a estudiar *bien* el Derecho, pero para luchar *mejor* por la Justicia. Esa misma epifanía la recibí en mis estudios de filosofía, en las clases de mi maestro Lorite Mena sobre Aristóteles. Eso no se borra. Eso no se olvida. No resta, sino que *summa*.

¹⁰⁹ «... el *despótes* es presa del deseo (*éros*): deseo sexual y de poder, amor ilegítimo y amor al poder. En toda la *Historia* la palabra *éros* solo se aplica a reyes y tiranos: solo ellos conocen este *deseo excesivo*». F. Hartog, *El espejo de Heródoto*, p. 305.

tulo que hemos llamado *Cuadros de una exposición*) muy bien a una bestia que no se detiene en excesos ya sea de obra o de palabra; *otra*, la quinta, que bien hubiera podido ser su legítimo epitafio. ¿Convenció al hijo con semejante florilegio? Puede que a los doxógrafos helenísticos sí, pero a Licofrón, que bien lo conocía, no. Inteligencia, así sea resentida, obliga.

Al fin, la tercera fue la *vencida* (doblemente, de manera *ambigua*, como todo el relato, infestado de ambigüedades y dobles sentidos). Licofrón, esta vez, no pudo rechazar la propuesta: que el hijo, nada pródigo, vuelva, que no tema; que su padre, el tirano tierno, se marchará a Corcira para que al fin su hijo le suceda en Corinto. El hijo aceptó, pero la vida no. Los corcireos al considerar que los efectos de semejante decisión los llevaría a tener que soportar en sus tierras a semejante tirano, así sea jubilado (un tirano nunca se retira, se debe a *su* –acentuar el posesivo– pueblo, dice siempre) decidieron matar a Licofrón para impedir que el tirano se quedara con ellos.

La respuesta de Periandro fue implacable. Decidió vengarse de los corcireos y de paso dar otra lección a los corintios: envió a Sardes, a la corte del lidio Aliates, trescientos jóvenes pertenecientes a prestigiosas familias de Corcira para que *los hicieran eunucos*¹¹⁰. Era tan brutal la decisión del tirano que los ciudadanos de Samos les dieron asilo, los alimentaron (con una sagrada treta que aún los samios recuerdan con orgullo) y los devolvieron a Corcira, sanos y salvos.

¹¹⁰ *Ektomíai*: eunuco, animal castrado.



¿Y semejante bestia soberana es la que aparece en algunas de las listas de «Los Siete Sabios de la antigüedad»? ¿Periandro «el sabio»? Pero si acabamos de verlo, superando holgadamente a su padre Cípselo en materia de crueldad. Expropiaciones, destierros, asesinatos, nada dejó sin hacer¹¹¹. Odiador de todo lo que sobresale y se destaca: (1) destruye vidas brillantes, las mejores espigas del campo; (2) humilla y deshonra a todas las mujeres (libres o esclavas) y (3) quiere acabar con las simientes mismas de todo aquel que considera su rival.

¿Sabio? Sí, dice *una* tradición. A los apasionantes relatos de Plutarco en torno al tema¹¹², habría que sumarle las fuentes peripatéticas en que se basa Diógenes Laercio para incluirlo en su lista: Soción de Alejandría, Heráclides Póntico, Pánfila de Epidauro, Neantes de Cícico¹¹³. Por supuesto no

¹¹¹ Me quedo con las atrocidades relatadas por Heródoto. No sigo otras que se le suman con el paso del tiempo, entre ellas, la acusación de cometer incesto con su propia madre. Para eso esta Diógenes Laercio y a él remito.

¹¹² En: *El banquete de los siete sabios y Sobre la letra E de Delfos. Obras morales y de costumbres*, Madrid, Gredos. Tomo II, 1986 y tomo VI, 1995.

¹¹³ Algunas de esas fuentes, para evadir el problema afirman que hay dos Periandros. El primero, el tirano; el segundo “un sabio de Ambracia”. Sea. Lo que si no estamos dispuestos a aceptar es lo que agrega Diógenes Laercio (I 99): «Aristóteles afirma que el de Corinto es el sabio (*ton sophón*)». Hicks, siempre contenido, esta vez tiene que agregar en una nota a este pasaje: por supuesto que Periandro es mencionado en la *Política* “but not as one of the Seven Wise Men”. Habría que agregar: en los siete pasajes en que lo menciona (una en

todo el mundo está de acuerdo en incluirlo en la célebre lista. Desde Platón (el filósofo experto en expulsar) que no lo incluye en la suya¹¹⁴ hasta el famoso historiador y filósofo sirio, que vivió en tiempos de Augusto, Nicolás de Damasco, que negó rotundamente que fuese uno de los Siete (Fr. 58), existe también *otra línea* de pensamiento que le rehúsa semejante atributo.

¿Entonces? Ya conocemos *una* de las respuestas de los historiadores modernos: la versión del *tirano bueno*. Estos tiranos *arcaicos* nos dicen, son *víctimas* y no victimarios. Víctimas de historiadores, filósofos y oradores del periodo clásico y helenístico que pretendían borrar todo vínculo con el ya odiado fenómeno político de la tiranía. Fueron ellos los que configuraron un estereotipo de tirano cruel y sanguinario. Por supuesto los historiadores modernos no niegan que ellos hubiesen cometido algunos de los acostumbrados

el libro III y los restantes en el libro V) jamás une su nombre al adjetivo «sabio». En la *Constitución de los atenienses*, ni lo menciona. Se podría, forzando las clavijas, remitirse a la *Retórica* 1375 b 30. Pero allí lo cita como ejemplo de *testigos* antiguos famosos (*gnorímôn*) por sus juicios (*kríseis*). Nunca emplea el calificativo de «sabio» en ese contexto. Así que suscribimos totalmente la conclusión de Hicks: «It would almost seem as if Diogenes Laertius knew of some passage in Aristotle in which Periander was called one of the Seven, though no such passage is extant».

¹¹⁴ La primera de la que tenemos noticia. En *Protágoras*, 343 a, lo reemplaza por Misón. En la *República* lo menciona dos veces en torno al tema. En 335 e, no lo incluye en una lista de «hombres sabios y bienaventurados», de la que sí hacen parte Simónides, Biante y Pítaco. Y en 336 a, en un contexto sumamente irónico, lo coloca junto a Pérdicas, Jerjes e Ismenio el tebano haciendo parte del grupo de «hombres ricos y con poder».

“deslices” violentos que se les atribuyen, pero cargan el peso hacia el otro lado de la balanza: sepultureros de la aristocracia, heraldos, involuntarios, pero heraldos al fin y al cabo de la alborada de un nuevo día que despunta con ellos en la Grecia antigua. Activos emprendedores, exitosos promotores de nuevas formas de cultura y de pensamiento, hábiles constructores y diseñadores. En esa tesis Periandro les viene como anillo al dedo.

Periandro, primero que todo *de Corinto*, la *florecente* Corinto. La primera potencia de finales de la Grecia arcaica, sin rival ni comparación alguna. Su fama alcanzará (para bien y para mal) hasta los romanos y dará motivo a una de las cartas más brillantes de San Pablo. Corinto conmovería el corazón de cualquier asistente a Davos y al de todo fervoroso pregonero de la versión privatizadora de la globalización. Abierta por ambos flancos al comercio, tanto de Oriente como de Occidente; hábil colonizadora que expande triunfante en todas direcciones sus mercados. ¡Que circulen las mercancías!, parece ser su consigna. Para ello fabricará su moneda de plata, vigente ya en la segunda mitad del siglo VII a.C., para negociar en términos muy favorables sus productos con enclaves comerciales bajo su restringido control.

Pero hay un problema, ya lo sabemos: allí donde hay grandes riquezas es porque hay pobreza, mucha pobreza. ¿Prosperidad, auge, progreso, avance, retos emprendedores? Por supuesto. Pero ¿a qué precio? Al precio de la *stásis*, tan pronta a volverse incontenible. Primero, unos ligeros temblores de inestabilidad, de insatisfacción, de inconformismo. Después, agitaciones y levantamientos, disputas y desmanes. ¿Quién podrá salvarnos? ¿Un reformador como

Solón? ¿Un *aisymnētēs* como Pítaco? De esos no tenemos. Tenemos más bien una peligrosa estirpe de oligarcas, los Baquíadas, que llevan haciendo de las suyas por más de cien años (750-620 a.C.), monopolizando el poder, rotándolo entre ellos, haciendo cada año la renovación de su fuerza política al nombrar un *prôtanis* salido de sus entrañas. Entonces, ¿qué hacer? Necesitamos un emprendedor mano dura, un *tirano* que separe a unos y otros y ponga fin a las disensiones y disputas, tan malas para los negocios. Los corintios lo lograron cambiando una estirpe de oligarcas (la de los Baquíadas), por una dinastía de tiranos (la de los Cipsélidas). Uno (Cípselo) puso el huevo de la serpiente, otro fue la serpiente (Periandro) y el tercero (Licofrón) fue *el vencido* que no alcanzó a terminar de devorar Corinto.

Corinto la opulenta

«Los corintios con su *pólis* emplazada en un Istmo»¹¹⁵: con eso está dicho *casi* todo. Corinto es un cruce de caminos por lo que todo lo que tiene que pasar pasa, pagando eso sí, derechos de pasaje. Corinto vivió sobre todo (bueno, específicamente sus aristócratas, que controlaban el gobierno) de cobrar peaje. *Primero*, en esos “tiempos antiguos” en que, como dice Tucídides, los griegos se comunicaban más por tierra que por mar. Lo hizo con tanta fortuna, que pudo construir ya desde ese entonces, un mercado (*empó- rion*) de riqueza y poder. *Segundo*, tan pronto como los griegos hicieron negocios también por mar, Corinto no se durmió sobre sus laureles, sino que, pionera como siempre,

¹¹⁵ Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, I 13, 5.

construyó naves¹¹⁶, erradicó la piratería y se convirtió en un emporio bicéfalo, ubicado en el cruce de caminos por tierra y por mar de Grecia. Quien dice negocios marítimos dice puertos, y Corinto no tenía uno sino dos: el de Lequeo, apuntando al Occidente; el de Cecreas, codiciando Oriente. Corinto, conjugó como nadie el verbo *chrēmátizō*: hacer negocios. Los hará durante doscientos años, sin rival a la vista. De norte a sur con metales y maderas; de oriente a occidente con el lujo¹¹⁷ encarnado en la cerámica más hermosa e innovadora de su época: jarras para el vino y los granos; frasquitos preciosos para delicados perfumes. Lo suyo son los negocios, pero a lo griego: con inusitada belleza. Harán negocios con todo su mundo conocido. Desde Lidia en Oriente, hasta Italia y Sicilia en Occidente. Fundarán colonias, establecerán alianzas, harán guerras por tierra y por mar. Así se hizo opulenta Corintio: de la riqueza al poderío y del poderío y la riqueza al esplendor. Y todo por convertirse en un cruce de caminos, de conjunciones. Hermes pasó por allí: el señor de las comunicaciones, de los mercados y de... los ladrones.

¹¹⁶ Tucídides está en el centro de la polémica de los historiadores navales de la antigüedad. «Se dice» afirma nuestro precavido historiador, que los corintios fueron los primeros en construir trirremes (I 13, 2-3). Colocaría entonces a los corintios en un lugar decisivo en el paso de la birreme al trirreme y junto con ello al problema de la prelación entre las naves fenicias y corintias en estos temas. Como siempre remito a las notas a estos pasajes realizadas concienzudamente por Torres Esbarranch.

¹¹⁷ No olvidar que esta palabra está emparentada con *lujuria*. La fama de sus burdeles y prostitutas llegará hasta Roma, semejante a la fama de Cartago en tiempos de San Agustín.

Corinto turbulenta

Tres grandes momentos simbolizan la historia convulsionada de Corinto en el periodo arcaico: 747 a.C., 657 a.C. y 580 a.C. Antes de la primera fecha, nos dice Tucídides (I 13,1), lo que había eran realezas hereditarias. En Corinto esa estirpe real llevaba el nombre de su legendario fundador: Baquis, *basileus* que supuestamente habría dado el nombre a sus descendientes, los Baquíadas. El último de esos reyes fue asesinado por sus parientes (una costumbre repetida muchas veces a lo largo de la historia) para dar paso a una oligarquía que manejó por casi cien años a Corinto como les dio la gana: un selecto grupo de *oikoi* (doscientos calculan los historiadores) unieron riqueza y poder para colocar los cimientos de su dominio en Corinto. Hacia el 750 a.C. había ocurrido su despegue. Fundaron en la parte meridional del Adriático a Corcira (734 a.C.) y a Siracusa, al suroccidente de Sicilia. Hicieron negocios en grande estableciendo alianzas, conformando convenios comerciales, por las buenas, pero también, si era lamentablemente necesario (no hay cosa que le duela más a un comerciante que tener que rebajarse a la guerra. Como lo sabía Kant, el comerciante es un verdadero “apóstol de la paz” para los negocios, su verdadera guerra), por las malas, haciendo la guerra (y convirtiendo la guerra, porque no, en un boyante negocio): por tierra, con su ejército de hoplitas; por mar con sus modernas naves (no se puede hacer la guerra provechosamente, ni los negocios, sin innovación y “creatividad”).

También aquí, en cuestiones de guerra (brazo armado de sus negocios) los corintios quieren ser *los primeros*: «la más antigua batalla naval que conocemos» (sigue diciendo

Tucídides) enfrentó a los corintios con los corcireos (ca. 664 a.C.). Sí, le hizo la guerra a su propia colonia, setenta años después de fundarla (también la hará con su vecina Mégara, más adelante) y el *primer* testimonio que tenemos de «guerra de hoplitas» está descrito en ese espléndido ejemplo del estilo protocorintio tardío: la *ólpe* (jarra de aceite) de 26 centímetros de altura conocido como *el vaso Chigi*, de mediados del siglo VII a.C.

Primeros también en construir el más antiguo templo de piedra: el consagrado al dios Apolo (segundo cuarto del siglo VII a.C.). Pero si se trata de destacar ese *primero*, no hay duda: la cerámica es su bandera. Corinto fue *primera* en producirla a lo griego: no solo a gran escala, para exportación, sino también y ante todo con altísima calidad y belleza. Son los inventores de la exquisita técnica de *figuras negras* (silueta negra sobre fondo rojizo de arcilla). Reinarán sobre el Mediterráneo conocido hasta que, ya finalizado el periodo arcaico, los atenienses tomen el testigo, desarrollando la técnica de las *figuras rojas* (ca. 500 a.C.).

Ya lo hemos sugerido en otro lugar: contrario a lo que se cree, los griegos eran, no se escandalicen, poco dados a la invención, sí que menos a pelearse por la autoría de algo. Para eso les encantaba atribuírselo a los egipcios o a la mitología con Palamedes. Eso sí, en las ocasiones en que verdaderamente inventaron no tuvieron problema, puesto que nadie se atrevió a disputárselas.

Un ejemplo nos puede servir. Corre por las venas de la Grecia arcaica un invento llegado de Lidia: la moneda (en sentido estricto: pieza de peso fijo, con cuño incorporado). Esa cosa no la inventaron ellos, viene del Asia menor, pero

los griegos hicieron con ella lo que saben hacer muy bien: la adoptaron, la mejoraron y la divulgaron. Fueron cruciales en el uso del *electro* (aleación natural de oro y plata) y decisivos al finalizar esta época, reemplazando ese complejo material por la plata (ca. 550 a.C.); pero por sobre todo le dieron a la moneda un uso específico, contrario a lo que el sentido común podría indicar: no la usaron para intercambios comerciales con regiones alejadas, sino que la emplearon *localmente* en regiones bajo su control e influencia. En fin: variaciones en los materiales, precisiones en el anverso y en el reverso, pesos fijos fraccionados en torno a un patrón grande (sistema estáter), circulación focalizada, y eso sí con su marca específica. Si Egina tiene su tortuga, Focea la foca y Atenas pronto tendrá su lechuza, los corintios harán famoso a Pegaso. Pronto, muy pronto, esos éxitos alcanzados en el mejoramiento de la moneda terminarán por provocar la ruina de toda una era, la arcaica. Han introducido la peste que derrumbará toda clase de murallas aristocráticas. Su éxito será su ruina: «la moneda será fatal para la nobleza, al permitir y autorizar las *rupturas de equilibrio*» sentencia Gernet¹¹⁸. Y *nómos* significa precisamente «equilibrio», nos enseña el sabio francés. «Rupturas de equilibrio», rupturas del *nómos*. Adiós a la *eunomía*, pronto, muy pronto será el tiempo de la *isonomía*. Y todo esto porque en la balanza del comercio se ha puesto un nuevo peso, un peso específico: la moneda. Con sus nuevos valores abstractos recién impresos por los griegos: la moneda-signo, la moneda-convencción¹¹⁹. Pero hay un *pero* muy grande: decimos «ruptura de equilibrio», desequilibrio, inestabilidad. Y los tiranos, que tienen

¹¹⁸ *Antropología de la Grecia antigua*, p. 296. Cursivas fuera de texto.

¹¹⁹ Gernet, op cit. p. 122

orejas de lobo, dicen: «¿Quién dijo inestabilidad, desequilibrio, *stásis*?» Y allí acuden a pescar en río revuelto¹²⁰. Dejemos que nos aseguren que el más antiguo tirano sea Fidón de Argos; aceptemos con Aristóteles, que la dinastía de tiranos más duradera sea la de Ortágoras de Sición y sus hijos; pero digamos con Murray: «la tiranía más antigua de la que conservamos testimonios razonables es la de Corinto»¹²¹.

No en vano Cípselo y Periandro (Psamético, con tres años en el cargo apenas cuenta) son corintios. Su dinastía está marcada por su emblema: el comercio. Por el comercio la tiranía ascendió¹²², para recoger de las desfallecientes manos de la aristocracia (cambio de fichas blancas por negras) el botín de la prosperidad, el auge y el empuje corintios. Setenta y tres años y seis meses (son los cálculos de Aristóteles) les durará la gloria. A esos corintios, Heródoto les dedicó a lo griego, unas ambiguas palabras que en otros tiempos y en otras culturas sonaría a elogio, pero que en el siglo V son de mordaz crítica: egipcios, tracios, escitas, persas, lidios y casi todos los bárbaros, consideran que ejercer profesiones

¹²⁰ Donde las inestabilidades aparecen, donde «las posiciones se vuelven confusas», «se puede aspirar a desempeñar un papel ilimitado de *prostatês* o *patrôn*: algunos se convierten en *patrones del pueblo*. Pero el *prostatês tou dêmou* no es otro que el tirano. El fenómeno de la tiranía resultó así posible gracias a una nueva economía a través de la cual se perpetuaban y desviaban los viejos valores». Gernet, op cit. p. 296.

¹²¹ Oswyn Murray, *Grecia Antigua*, p. 137.

¹²² Gracias al apoyo que les dieron a sus propósitos los *comerciantes: plebeyos*, pero ahora, tentadoramente *ricos*. Magia del dinero: sabe encontrar *afinidades electivas* entre esos tres términos que hasta el momento no *simpatizaban*, en vocabulario de alquimistas y aprendices de brujo, pero también en el vocabulario de Goethe y Yourcenar, esos alquimistas de la palabra.

manuales es incompatible con el oficio de las armas, y los griegos, con los de la ciudadanía, «en cambio, los corintios son los que menos prejuicios tienen contra los artesanos (*cheirotéchnas*)» (II, 167). Y sí que menos en tiempos de tiranos. Cípselo será el *primero*, literalmente, que empleará el botín de los Baquíadas para construir casi nada, en Delfos, el primero de los famosos tesoros que allí se harán para guardar regalos y ofrendas, testimonios de riqueza y poder. Allí, en el tesoro de los corintios, por ejemplo, se guardarán las seis crateras de oro enviadas a Delfos por Giges, con un peso de treinta talentos –unos 780 kilos, mal contados, como con astucia dicen los comerciantes (I, 14)– junto al mismo trono en que Midas, rey de Frigia se sentaba para impartir justicia. Palabra de Heródoto el griego.

Cípselo construyó en Delfos el primer tesoro para ese botín de la prosperidad, pero Periandro lo puso a circular y multiplicar en grande. La historia de la tiranía corintia y la historia de la arquitectura monumental griega se funden en una sola bajo la creación del templo dórico. Los corintios, empleando la misma arcilla que utilizaron para fabricar su inigualable cerámica, fabricaron un tipo de teja, llamada justamente «corintia» que terminará configurando el techo de leve pendiente, sostenido por columnas, del templo griego. ¿Agregar esculturas en la parte superior del frontispicio? Idea corintia. Idea corintia también, en cualquiera de las dos primeras versiones dadas por Plinio del «arte de modelar cosas con barro»¹²³: la plástica. *Versión primera*: la primorosa historia tantas veces retratada y relatada, de

¹²³ Plinio, *Historia Natural*, 35, 151-153. *Plastós*: formado, moldeado → *plastikós*: plástico.

Butades de Sición y su hija. Donde el amor y la invención dan origen al retrato en arcilla. Historias de tiranos e historia de la plástica: Butades venía de Sición, la tierra de la dinastía de tiranos más duradera, pero fue en Corinto, la tierra de los Cipsélidas (Sición y Corinto están apenas a unos 25 kilómetros de distancia) donde un padre consuela a una hija, afligida por la partida de su enamorado. Ella apenas había logrado dibujar en la pared, gracias a la luz de una lámpara, los contornos del rostro de su amado. Pero su padre, con arcilla corintia (esa de las jarras, los frascos y las tejas) hizo un modelo que puesto al fuego *con otras cosas de cerámica* torno duradero. La tiranía corintia duró unos setenta años, la arcilla modelada corintia, siglos.

Versión segunda: la increíble historia de Demarato de Corinto¹²⁴ un Baquíada que llevaba cargamento griego a los tirrenos y traía mercancía tirrena a Grecia, hasta que un mal día la *stásis* hizo de las suyas en Corinto y Cípselo la aprovechó para instaurar, como solución, la tiranía. Demarato «teniendo muchos bienes y haciendo parte de una casa oligárquica» no estaba seguro en su patria. Decidió entonces reunir todo lo que pudo y establecerse en Tarquinios (a unos 96 kilómetros de Roma y a 8 del mar). Allí construirá su casa y se casará con una mujer de linaje. Entre las gentes que trajo consigo, anota Plinio, estaban los tres modeladores de arcilla, *artistas de la plástica*, que se encargarán de transmitir a Italia tan famosa técnica¹²⁵.

¹²⁴ Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma*, III, 46-48.

¹²⁵ Tengamos muy presente la increíble historia de Demarato, puesto que, nos va a servir en nuestro seminario dedicado a la teoría política en Roma. Unos de sus hijos -educados en ambas culturas, la griega y la tirrena- se convertirá en Lucio Tarquinio Prisco, quinto

Es en ese cruce de caminos culturales en que se ubica la actividad del «sabio» Periandro. Giran en torno a él y los suyos elementos cruciales en la historia de la arquitectura, la cerámica, la pintura y la escultura. Él mismo es un tirano «plástico». Modela pacientemente a su antojo su figura de «patrón del pueblo». Jano bifronte: una de sus caras mira a los negocios y las inversiones, mientras la otra se complace en las artes. Se da, en esta segunda de sus caras, el lujo de coronar con una joya mayor su actividad de mecenas, protector de las artes: tendrá en su corte a Arión de Lesbos. Heródoto (I 23-24) lo califica de «citaredo sin igual entre los de su tiempo» y le atribuye un papel determinante en la configuración del canto coral en honor a Dioniso: el ditirambo. Casi nada. Estamos entonces ante la presencia en fértil embrión, de los orígenes de la tragedia. Los corintios, gracias a la protección del «tirano plástico» se darán el incomparable lujo de escuchar «al mejor cantor de su época».

Patrón entonces de dos caras. Ninguna de ellas termina por identificarlo. Hacia ninguna se inclina la balanza. Puestos a escoger entre la una y la otra, pronto nos ofrece otra más: la de amigable componedor, hábil intermediario (¿no es acaso astuto patrón de encrucijadas?) dispuesto a hacer creer que sirve a unos y a otros, cuando en realidad, como dicen las abuelas, no da puntada sin dedal. ¿Qué su maestro Trasíbulo, el tirano de Mileto, lleva unos once años en agotadora guerra con Aliates de Lidia (sí, fue a ese al que le envió los jóvenes para que los hiciera eunucos)? A Periandro no le conviene

rey de Roma (616-579 a.C.) dirá la tradición. Por supuesto, Plinio no agota las versiones sobre el origen de la plástica. Suministra una *tercera versión*, lejos de Corinto, atribuyendo la invención a Theodoro y Rhoeous de Samos, mucho antes de la historia de Demarato.

inclinarse esa balanza hacia uno o hacia otro. Le interesa que se equilibren las cargas, que la guerra cese para poder hacer negocios con unos y con otros. Suministra entonces, nos cuenta Heródoto (I 15-22), a Trasíbulo –que tenía hasta ese momento, todas las de perder– un dato crucial que este sabe jugar muy bien. Equilibradas las cargas, en tablas el juego, la guerra deja de ser una opción. Milesios y lidios juran amistad y se prometen firmes alianzas. Hecha la paz, los corintios, gracias a Periandro, ven como las puertas del Mediterráneo oriental se abren para ellos. A la paz negociada, les sigue de inmediato los negocios en paz.

Diez años, llevan también los mitilénios en guerra contra los atenienses por la disputa del estratégico cabo Sigeo, cruce de caminos del Helesponto. Ya teníamos noticias de esta guerra: en ella nuestro Alceo abandonó su escudo, pero conservó la vida; en ella también nuestro Pítaco venció al campeón olímpico Frinón, gracias a maniobras propias de la *metis*. Agotados ambos mandos buscan un *diáitētēs* (árbitro). No hay otro mejor, al menos así lo cuenta Heródoto (V 94-95) que Periandro, quien efectivamente logra *reconciliar*¹²⁶ atenienses con mitilénios. Zanja la cuestión *sabiamente* haciendo que cada uno mantenga lo que hasta el momento tenga bajo su control. Y los atenienses controlan Sigeo en ese momento. Se quedarán con él y en el harán historia. Volveremos a encontrarnos con Sigeo. Los atenienses, agradecidísimos con Periandro (ca. 590) cambiarán el sistema de medidas egineta por el corintio, y

¹²⁶ *Katéllaxe*. Esta palabra que Heródoto emplea dos veces en el mismo pasaje nos va a servir muchísimo, junto a su verbo *katallásō*, en nuestra búsqueda que bascula entre la *stásis* y la *diálisis*.

Periandro tendrá las puertas abiertas al comercio del mar negro, dando doble puntada con su dedal de lobo.

Todo eso es muy interesante, no cabe duda. Periandro en nuestro resumen ha venido sumando puntos que permiten a más de uno pronunciar respecto de él más la palabra «sabio» que la palabra «sanguinario». Pero definitivamente la más fantástica razón *de peso* para sus seguidores que *hace inclinar la balanza* (*holké*, en griego) a su favor es que por Periandro pasa una de las más grandes pruebas de ingenio de la Grecia arcaica. Si miramos su mapa vemos que la península del Peloponeso, de sur a norte, termina por estrecharse en una especie de cuello o garganta (*isthmós*, en griego) que termina por comunicar el Peloponeso con el continente. Recorramos con nuestros dedos el mapa de esa península (siempre en homenaje a Benjamin): desde Lacedemonia en el sur, con Esparta *como corazón* y lleguemos al norte a la Argólida, con Corinto *de corazón* (no olvidar que muy cerca esta Sición, conocida ya en nuestra historia de tiranos). Ahí, precisamente ahí, en semejante cruce de caminos están, de un lado Corinto y del otro, en el Ática, Atenas, a una distancia de apenas unos 70 kilómetros. Poca cosa se dirá. Sí, por tierra. Pero cuando se trata de negocios, es decir, de cuestiones de *carga* (que son también *cuestiones de peso*: pesos y medidas, balanzas y monedas) la única salida que había era el transporte por mar, dando un gigantesco rodeo de cientos de kilómetros, plagado de rocas y peligrosos promontorios, que, sumados a las tormentas, podrían hacer naufragar las mercancías y ahogar a los intrépidos comerciantes. La solución que le imprimió Periandro a semejante problema, superó con creces la pobre solución previa que se tenía. Antes de Periandro, para ahorrarse el larguísimo

periplo por el mar y sus peligros, se transportaban los barcos por tierra, a lo largo de 6 kilómetros de la estrecha franja que comunicaba el golfo Sarónico con el golfo de Corinto, transportándolos sobre grandes y pesados rodillos de madera. Periandro aceleró con creces el viaje por tierra de los barcos. Sobre una capa de arena y grava pusieron bloques de piedra caliza, en un camino que tenía entre 3 y 6 metros de ancho. Colocaron surcos paralelos en ese camino con metro y medio de separación (el ancho estándar del ferrocarril moderno es de 1,435 metros, comentan maravillados los ingenieros modernos). Sobre tales surcos colocaron una especie de vagones de plataforma (*holkós*) que corría sobre ruedas a lo largo de esos surcos, tirados por equipos de esclavos y grupos de animales de tiro. Adiós a la larga y peligrosa travesía por mar, la carga iba en un vagón y el barco en otro¹²⁷. En cuestión de horas el artilugio se *atravesaba, llevando de un lado al otro* (al griego le basta una sola y corta palabra para decir todo esto: *diá*) barcos y mercancías, del mar Jónico al mar Egeo. Atravesar, siendo arrastrados de un lado a otro, barcos y mercancías, se dice entonces en griego *Diolkos*. Ese fue el nombre que se le dio al prodigioso ingenio que lleva en su sello la marca de Periandro. Primero los griegos, luego los romanos y posteriormente los bizantinos utilizarán ese increíble mecanismo por más de mil quinientos años. Claro, con los corintios cobrando el consa-

¹²⁷ Es *una* de las explicaciones modernas. *Otra* toma en cuenta un serio problema: por más cuidadosamente que se llevaran de esa manera los barcos por tierra, su difícil movimiento los dañaría seriamente. Por eso, en esta segunda versión, se dejarían atrás los barcos, llevando solo por tierra la carga. En el otro extremo, la esperarían nuevos barcos. Sobra decir que no hay acuerdo entre los admirados ingenieros.

bido peaje. Fracasarán en construir un canal Julio César, Herodes Ático, Nerón y los venecianos en el siglo XVII. El canal de Corinto que convirtió el Peloponeso de península que era en la isla que terminó siendo, solo será posible a fines del siglo XIX, cuando sea inaugurado en 1893.

Periandro: mecenas de las artes, amigable componedor, árbitro reconciliador, hábil patrono de comerciantes que había abierto los mares Negro y mediterráneo oriental y ahora, en golpe definitivo, el Egeo y el Jónico. ¿Quién se atreve entonces a poner en duda su legítima inclusión en la lista de los Siete sabios? Fränkel se tomó el trabajo por todos nosotros de sumar los nombres de los sabios que aparecían en las listas antiguas: le resultaron diecisiete. De ellos, cuatro aparecen en todas: los reformadores Solón y Pítaco, el juez Bías de Priene y el filósofo Tales de Mileto, al que Heródoto le atribuye también una sabiduría «práctica y política». Y agrega que, en la mayor parte de ellas figura Periandro, tirano de Corinto, al que califica de «hombre importante pero rudo y con rasgos inquietantes». Total, para ser considerado «sabio» en la época arcaica se requería que la persona que pretendiese tal título exhibiera *inteligencia práctica o destreza política* y mejor aún, ambas cosas; lo que, según sus defensores, llevó a plenitud Periandro. Vendrá por supuesto el siglo V y otra será la vara de medir. Cuando Píndaro dice «*sophoí*», se está ya refiriendo a poetas; un paso más y *sophós*, dirá el profesor de Berlín, se referirá al filósofo¹²⁸.

¹²⁸ Fränkel, *Poesía y Filosofía de la Grecia Arcaica*, p. 231-232. Sobre este tema nada mejor que el capítulo V: *La crisis de la ciudad y los primeros sabios* de Jean-Pierre Vernant, en *Los orígenes del pensamiento griego*, p. 54 y ss.

Si esos son los criterios arcaicos para ser considerado «sabio», que quede Periandro como tal. Que se nos permita tan solo decir: lo «sabio» (a la manera arcaica) no le quita lo «sanguinario» (o como dice recatadamente Fränkel «rudo y con rasgos inquietantes») y sí que menos lo que nos interesa aquí en un texto de teoría política, lo «tirano». Ante todo, y, sobre todo, como gobernante fue un *despótēs* de la *pólis*. Trató la *pólis* como si fuese su *oikos* y al hacerlo borró la delgada línea que recién se estaba construyendo en todas partes: la política. Convirtió a los corintios en súbditos para treparse sobre ellos como su *patrón* (*prostatēs tou dēmou*) y al hacerlo acabó con los cimientos de una organización política *sui generis*: la *pólis*.

En teoría política estamos hastiados de estos pragmáticos emprendedores que ofrecen prosperidad y fortuna al precio de la libertad. Han ofrecido, ofrecen y ofrecerán *seguridad* a cambio de *libertad*. Prosperidad a cambio de autonomía. Seguridad y prosperidad para algunos; miseria y sometimiento para muchos. Un precio demasiado alto¹²⁹. Demasiado alto porque qué difícil fue bajar del pedestal a los tiranos, donde aquellos que con su voluntad de servidumbre los habían elevado. Todas estas páginas que hemos consagrado al exitoso Periandro no logran borrar las dos inquietantes líneas con las que Aristóteles sintetiza el gobierno de los Cipséidas: «Cípselo era un demagogo que

¹²⁹ A todos aquellos que trocaron libertad por seguridad, Heráclito (el que sí nos enseñó a nosotros lo que significa ser *sophós*) los llamó «bueyes felices» (*boves felices*, en latín, porque la fuente es San Alberto Magno). Fr. 4: «si la felicidad estuviese en los deleites del cuerpo, diríamos que los bueyes son felices si encuentran arveja [*orobus*, del griego *órobos*: yero, grano o planta de arveja] para comer».

ejerció el cargo [durante treinta años] sin guardaespaldas (*adoryphórētos*); Periandro [que gobernó durante cuarenta y cuatro años] fue tiránico pero guerrero»¹³⁰. «Gobernó con escoltas», leemos entre líneas en ese «tiránico» que Aristóteles le enrostra. «Gobernó con escoltas», es la lápida que la teoría política le coloca al tirano.

Carlos García Gual, en su hermoso libro sobre los Sabios de la Grecia arcaica, recurre a Éforo¹³¹ para combatir «la tradición hostil a la figura del tirano que ha ennegrecido los trazos de la silueta histórica de Periandro». Pero es precisamente Éforo, el equilibrado Éforo, quien, en cuatro pinceladas, dibuja como nadie, los rasgos típicos del tirano: (1) se procuró una escolta de trescientos lanceros; (2) no permitía vivir en la ciudad amurallada a quien lo quisiera; (3) prohibía a los ciudadanos tener esclavos para tenerlos siempre ocupados en sus trabajos y, finalmente, (4) nada de pasarse el día en el ágora, «pues temía que se conjuraran en su contra» agrega Nicolás de Damasco (Fr.58).

«¡Circulen!» Es el lema de las tiranías. Mucha razón tenía Aristóteles al decir que las tretas tiránicas inventadas por Periandro inspiraron a muchos otros de sus colegas. Tengamos muy presentes estas técnicas, volveremos a ellas.

Lo dicho: tirano, no por sanguinario (dolorosamente sabemos por la historia que la crueldad, el terror y la

¹³⁰ Aristóteles, *Política*, V 1315 b 27-29.

¹³¹ *Egr. Hist.* 70 F 179. Éforo de Cime o de Cumas, en la actual Turquía. Nacido cerca al 400 a.C., muerto hacia el 330 a.C. Discípulo de Isócrates, padre del historiador Demófilo. Autor de una *Historia Universal* en veintinueve libros, editados por su hijo y citado profusamente por Diodoro Sículo.

violencia, no son propiedad privada de tiranos. Al contrario, están lamentablemente bien repartidas en las tres formas de gobierno que *restan*: la oligarquía, la tiranía y la *demokratía*) sino por gobernar como *despótēs*: por tratar a los habitantes de Corinto, no como conciudadanos, sino como *patrón* que cuida empresarialmente de su ganado. Hizo de Corinto una finca próspera al servicio de pocos a costa del sufrimiento de muchos. «Gobernó “sabiamente” y se hizo rico con matones a su servicio», es lo que puede leerse entre líneas en los comienzos de esa inscripción –políticamente correcta, pero cargada de veneno– que los corintios colocaron en su cenotafio: «a un pritano, rico y sabio».¹³² Historiadores, políticos, economistas y un larguísimo etc, de competentes eruditos pueden decir todo lo que quieran, basados en las *marcas* exitosas que el tirano dejó, pero nada supera esta implacable y brevísima prueba que la teoría política hace a todo gobernante: «¿gobierna con escoltas?».

Hasta el final el tirano se tomó todas las precauciones para no dejar *rastro* ni *huella* alguna de sus crímenes. Quien gobierna con escoltas teme hasta porque su tumba sea profanada (¿Cuánto pesaba la lápida del generalísimo Franco?). Así que Periandro inventó una retorcida treta para evitar que su sepulcro fuera mancillado: a dos de sus lacayos los encarga que maten y entierren al que encuentren esa noche (Periandro mismo se pone en la encrucijada, viejo y decepcionado, a los ochenta años); a cuatro les ha encomendado previamente que maten a esos dos; y finalmente, a otros muchos les ha ordenado que maten a los cuatro¹³³.

¹³² *Ploúton kai sophiēs prýtanin (...)*. DL. I 97.

¹³³ DL. I 96.

Conservar las *marcas* exitosas, borrar los *rastros* sanguinarios, ¿lo logró? Un fragmento de Nicolás de Damasco (Fr. 60) nos cuenta que el pueblo amotinado destruyó la sede de los tiranos, expropió sus bienes, arrojó fuera el cadáver del tercero de los Cipsélidas (Cípselo II o Psamético) y *profanó la tumba de sus antepasados*. Palabra de erudito greco-sirio¹³⁴.

Pítaco el zorro, Periandro el lobo

«El zorro», así llamó Detienne a Pítaco¹³⁵ y cuando nos ocupamos de él dimos razones para considerar al zorro como su emblema. Que el de Periandro sea el lobo, tenemos que intentar mostrarlo aquí. Porque, a fin de cuentas, ¿cuál es el consejo tiránico por excelencia? Recordemos: tan paradigmático es que aquí no nos importa si tal consejo lo dio Trasíbulo a Periandro (versión de Heródoto) o Periandro a Trasíbulo (versión de Aristóteles). Periandro está en Heródoto como el aprovechado discípulo que lleva al clímax el consejo o, en Aristóteles, como el consumado tirano que hace donación de semejante consejo. Sea una u otra versión la que acojamos, el consejo le viene como anillo al dedo a Periandro.

¹³⁴ La teoría del tirano malo/tirano bueno, está espléndidamente explicada en Osborne, *La formación de Grecia*, p. 231 – 235. La gigantesca contribución económica y cultural de los Cipsélidas está desarrollada punto por punto por Murray, *Grecia antigua*, p. 137-144. La revaluación de los tiranos tiene una larga tradición: son muy juiciosas las opiniones de Gschnitzer, *Historia social de Grecia*, p. 119-127; y muy ponderadas las de Barceló y Hernández de la Fuente, *Historia del pensamiento político griego*, p. 125-139.

¹³⁵ *Las artimañas de la inteligencia*, p. 41.

Precisemos ¿Cuál es el consejo/exhortación o el consejo/advertencia, según sea el caso, modélico, que todo tirano debe seguir para atornillarse en el poder?¹³⁶ ¿Qué asesine, suprima, destruya a los ciudadanos que se destaquen y sobresalgan?¹³⁷ ¿De verdad, *en eso* consiste «el consejo tiránico por excelencia»? El tirano le aconseja, exhorta o advierte a su discípulo en su *máster class* que mate o asesine a sus potenciales rivales ¿Es ese el inmundo «sabio» consejo? Incluso si lo colocamos en clave paranoica, como hace Diógenes Laercio¹³⁸, ¿de verdad, es *esa* la gran lección de la tiranía? ¿Necesitan los candidatos a tiranos que les den esa lección? Más aún, ese tipo de lección asesina ¿necesita que sea dada *sin palabras, lejos* de la ciudad (*ásty*) con suma precaución? No. Lo sabemos muy bien después de tantos siglos de sangre: los déspotas no necesitan que se les enseñe esa clase de cosas. Lo que necesitan estos *señores del exceso*, estos *patrones de la desmesura* es que se les enseñe a matar «sabiamente». Hay toda una *técnica* de la muerte, una cierta *tanatología*, unas maneras tiránicas pero sabias, de dar muerte a todo aquel que se oponga a sus designios. Esa «máxima» tiránica *dice sin decir*: «no dejes rastro»; «borra

¹³⁶ Consejo/exhortación en Heródoto, V 92ζ3: *hipothémenos*; e *hypothékên* en V 92η1. Consejo/advertencia en Aristóteles, *Política*, 1284 a 27-29: *symbolía*; 1311 a 20-21: *symbolouema*.

¹³⁷ *Phoneúein*, en Heródoto; *anaireîn*, en Aristóteles. El verbo *phoneúô*, no deja lugar a dudas: que mate, asesine, a todo aquel que sobresalga. En Aristóteles, tanto el sustantivo *anaíresis*, como el verbo *anairéô* son también palabras de muerte y asesinato. Solo que en Aristóteles vienen cargadas con un terrible matiz a los que nuestra historia colombiana nos ha hecho tan sensibles: «hacer desaparecer».

¹³⁸ I 100: que mate (*exaírein*) no solo a sus enemigos comprobados, sino a aquellos de los que sospecha o desconfía (*hýpontos* → *hipónoia*).

las *huellas*». Aprende del lobo que sabe «borrar huellas dando mil tortuosos rodeos»¹³⁹.

Si la violencia totalitaria es tan muda que hace reinar donde se posa el imperio total del silencio¹⁴⁰, la violencia tiránica impone el silencio *guardando* (vigilando a cada paso) su propio mutismo. Príncipe de las tinieblas el tirano se posa sobre los suyos haciendo reinar *tiempos oscuros*. El tirano es la antípoda sangrienta del Señor de la Luz en Delfos. Apolo «ni dice *ni oculta*», hace donación del despertar iluminador al *sēmaínei*. ¡Despertad, escuchad, estad atentos! *El camino de la atención* se abre para que la luz acontezca tanto en Oriente como en Occidente: Buda, Jesús y Heráclito nos lo han enseñado, otra cosa es que no tengamos oídos para ellos.

El tirano, en el otro extremo, es el pozo negro, el agujero negro que devora la palabra persuasiva donde reina la política. Señor de las tinieblas *no dice nada para ocultar mejor su crimen*. Si la política es el reino de la palabra persuasiva, la tiranía es la ensombrecida violencia que la calla: «no dejes rastro», «borra las huellas», «no digas nada, oculta a cada paso el crimen infame», para que cuando llegue el tiempo de las cuentas (y llegará, no te quepa duda alguna) puedas mostrar tus manos limpias (otros se las han ensangrentado por ti), tu lengua limpia (esa que *no ha dicho* jamás, esta boca es mía)¹⁴¹. “Mostradme las pruebas”, podrás decir indignado.

¹³⁹ Es la traducción hecha por Detienne de Píndaro, *Pit.*, II 85. *Las artimañas de la inteligencia*, p. 41n: 66.

¹⁴⁰ Hannah Arendt, *Sobre la revolución*, p. 21.

¹⁴¹ El tirano desconfía de la palabra persuasiva —que exige argumentar y convencer a los otros—, le encanta *decir* que habla con hechos, con datos, que se *imponen* sin debate. Lo suyo son los números, que

“¿Dónde está la orden!”, “¿dónde el testigo!”, podrás preguntar escandalizado. Desde Periandro hasta Hitler (los historiadores que no han leído a Heródoto buscan todavía la *orden escrita* de la Solución Final) esa es la lección aprendida.

Pero sabemos, por Derrida, que la borradura, la tachadura es la *señal*, el *sello*, la *marca*¹⁴² del déspota. Donde las huellas han *desaparecido*, queda, resta, la marca del lobo. «Gobernó con escoltas», no dejó rastros, he ahí su *símbolo*. Y Aristóteles nos enseñará pronto a reconocer esa marca que deja a su paso el caminar retorcido del tirano.

Pisístrato: nuestro hombre en Atenas

Nunca convencerás a un ratón de que un gato negro trae buena suerte.

Graham Greene

Hasta el momento, después de mirar algunos pocos cuadros en la muy copiosa exposición histórica sobre los tiranos de la Grecia arcaica: Cilón, *el tirano que no pudo ser*; Pítaco, *el sabio que no quiso ser tirano*; Periandro, *recibiendo y dando lecciones de tiranía*, tenemos tan solo algunas formas rudimentarias para detectar el genio y la figura del tirano de esa época: un *test* rápido y un breve formulario. *El test rápido* nos enseñó a preguntar: «¿gobierna usted con escoltas?». *El breve formulario* que debe llenar todo aspirante al grado

repite hipnóticamente como un mantra. Nada de “ideologías”, adora las estadísticas (que valen por mil palabras) que, como su nombre lo indica, son *cuestión de estado*.

¹⁴² *Sýmbolon* (en griego) de todo *symboúlema* tiránico.

de tirano que *sabe* gobernar (y que *debe* hacerlo si quiere *durar*) lo elaboramos gracias a la invaluable ayuda de un fragmento de Éforo de Cime, el historiador griego del siglo IV a.C.¹⁴³. Formulado en nuestra época sería algo así como esto: si lamentablemente ha tenido que gobernar con escoltas responda las siguientes preguntas de esta «Forma Periandro». Está compuesta de dos brevísimas columnas. Columna A, referente a sus súbditos. ¿Ha tomado usted las siguientes medidas a fin de intervenir el espacio “público” de la *pólis* sometida a su gobierno? (1) ¿Sacó usted de la Acrópolis a todos aquellos que no hacen parte de su círculo íntimo? (2) ¿Mantiene usted constantemente ocupados a sus súbditos para que no dispongan de *scholé*? (3) ¿Los mantiene perpetuamente *circulando*, de un lado para otro, impidiendo que se sienten en la *agorá*, multándolos si se atreven a ello? Si dio respuesta afirmativa a estas preguntas de la columna A, por favor responda ahora a las siguientes preguntas de la columna B, referentes a usted mismo: (1) ¿En lo demás gobierna usted de manera contenida, mesurada, moderada (*métrios*)? (2) ¿Cuida usted de no cargar a sus súbditos con impuestos excesivos? (3) ¿Le basta con lo que cobra en el mercado y en el puerto? (4) ¿Trata a sus súbditos de manera justa y digna? (5) ¿Cuida del decoro y la moral de ellos? Si las respuestas son afirmativas, pase usted al “*Tiranion*” de déspotas «sabios». Sea usted bienvenido Señor Pisístrato.

¹⁴³ FGrHist. 70F 179. Traducido para nosotros, vía Bruno Snell, por Carlos García Gual: *Los Siete sabios y tres más*, pp: 133-4.

Obertura: de Solón a Pisístrato

¿Qué tienen los reformadores? ¿Qué les pasa? Sacan a las multitudes de su condición de *masa*, les señalan el camino que hay que recorrer para convertirse en *pueblo*, liberándose del yugo de sus amos y asumiendo por sí mismos su propio destino. Pero llegado el momento se confían en sus gentes, las descuidan un momento, y cuando retornan a mirarlas han retornado a los viejos pasos, buscando un amo (otro más) que los gobierne. Y si la masa busca un amo, lo encuentra.

Sí, ¿qué les pasa a los reformadores? Moisés deja a su pueblo por tan solo *cuarenta días bíblicos* y cuando retorna lo encuentra adorando un becerro de oro. Cuarenta días se necesitaron tan solo para pasar de ser un pueblo en busca de su libertad a masa idólatra¹⁴⁴.

Solón, deja al pueblo liberado de las pesadas cargas impuestas por una oligarquía insatisfecha, se va de viaje (para conocer mundo, pero también con la ingenua esperanza de que los atenienses guardarían sus normas) por unos cuantos *años históricos*. Dejando así en sus manos la protección y el crecimiento de su más prodigioso regalo, no las leyes, sino un espacio nuevo: la invención de la política. ¿Y qué encuentra a su regreso? Una masa que desesperada por disturbios, disensiones y luchas fratricidas no ha encontrado mejor solución que regresar por la vieja senda, involucionar como masa para dedicarse a buscar un amo. Y de esos hay por

¹⁴⁴ Los incrédulos, siempre tan *bien pensantes*, que escuchen: *Der Tanz um das goldene Kalb*. Acto II, escena 3, de *Moses und Aron* de Arnold Schönberg.

montones. Ese es el problema de los que buscan ser amos (*despótēs*). El problema es que hay muchos *demagogos* que aspiran a ser *déspotas*. Es aquí donde entra a jugar un papel inigualable Pisístrato, el tirano *completo*. Él más que ninguno, les brindará a aquellos que aspiran a ser *déspotas*, una serie de *tips* para lograrlo. Nosotros en cambio, profundizaremos en ellos, entraremos en esos *tips* para tratar de explicar, paso a paso el penoso encuentro entre la *masa* que busca un guía, un líder (*führer*) y el *demagogo* que tanto necesita de ella. El uno al otro se forjarán, se moldearán, en un increíble intercambio de golpes de yunque con el que paso a paso aplastarán a la apenas recién nacida invención de la política.

Tips para ser un tirano «completo»

Hay una grave crisis en la educación. Es frecuente que los estudiantes no quieran aprender y los profesores no quieran enseñar.

bell hooks¹⁴⁵

¿Quién que no tenga como profesión la historia, lee hoy a Heródoto?¹⁴⁶ Si supieran de lo que se pierden. Se consigue

¹⁴⁵ Es el seudónimo –en minúsculas por deseo de ella misma– de la gran educadora y activista Gloria Jean Watkins. La frase corresponde al prólogo de su último libro: *Enseñar a transgredir. La educación como práctica de la libertad*. Ed. Capitán Swing. 2021.

¹⁴⁶ Incluso muchos de los que estudian la historia –por fortuna no todos– como *disciplina* y no como *aprendizaje de vida*, prefieren leer cuanta literatura secundaria les ofrezcan antes de enfrentarse al texto de ese redomado griego de Halicarnaso.

uno el texto original en griego, junto a unas buenas traducciones que tengan abundantes notas aclaratorias y se dan permanentes saltos de la una a las otras apoyados en una buena gramática y un buen diccionario y entiende uno, al fin, lo que significa el título, absolutamente bello, de uno de los libros que leíamos en el colegio: *La alegría de leer*. Esa que murió cuando nos comimos el cuento de la *era de la información*. Esa que pone en las manos del niño el control del televisor para que con el amenace a la caja diciéndole: tienes 10 segundos para captar mi atención, diviérteme o te cambio de canal. Esa que en los libros de texto hace preguntas como: ¿Cuál es el mensaje del autor? Esa que resume los libros clásicos al servicio de *dummies* fastidiados, que comienzan a darse cuenta de que no hay para ellos –ni para nadie– un futuro, sino tan solo un presente perpetuo a la espera de Godot.

Usaremos la *neolengua divertida* de los *tips* (la de aquellos que nos dicen: no tenemos tiempo, tenemos prisa. Agitados como polillas enloquecidas que van de un lugar a otro sin rumbo. Abrevie señor. Ya 140 *caracteres* son demasiado para nosotros. *Tips*, por favor) pero con mirada de *flanneur*. Tomaremos esos *tips* como letreros de los almacenes del *Pasaje Rivas* (*nuestro* Palacio de la Memoria en homenaje a Hugo de San Víctor y Giordano Bruno) que conducen al “*Tiranion*” de los déspotas. Abramos a Heródoto y leamos en él lo que nos tiene que decir acerca de Pisístrato, el tirano *mejorado*.

(1) *Pesca en el río revuelto de la stásis*

Cuatro años vivieron los atenienses en relativa calma a la partida de Solón. Pero en política sí hay quinto malo. Al

quinto año volvieron las disputas, retornaron las disensiones, emergieron los disturbios. Solón había plantado la política *entre* unos (los pobres, agobiados por las deudas) y otros (los ricos, deseosos de conservar sus privilegios y prerrogativas). Solón, hoplita *demediado*, había renunciado a empuñar la espada de la tiranía, y se había defendido solamente con su escudo de los ataques de unos y de otros que velaban únicamente por sus excluyentes intereses. Se plantó *entre* unos y otros y trazó una, por ahora, delgada línea, en la que puso a debatir a unos y a otros sobre lo que tenían en común: un espacio común, de intereses comunes, libre de la violencia y el miedo. Pero confió en ello, creía que las cosas comunes podrían fluir sobre esa delgada línea común. Se retiró y viajó confiado en ello. Pronto (¿qué son cuatro años en historia política?) los intereses excluyentes de los descontentos en uno y en otro bando chocaron, pariendo por enésima vez la *desgracia primera*, la desgracia de la *stásis*.

Los atenienses probaron de todo para contener el torrente de furia, para que no se desbordara hasta el punto en que no dejara piedra sobre piedra. Al quinto año la *stásis* bramó e hizo imposible nombrar arcontes por dos años; después cuando al fin lograron nombrar a Damasias, a este le entró la tentación de quedarse dos años y dos meses en el cargo. Tuvieron que expulsarlo violentamente. Probaron entonces con esos gobiernos de *consenso*, de *acuerdo*, “en el que todos estén representados”, esos que la historia política a lo largo de los siglos nos irá acostumbrando (ahora, en su versión latina, recibe el nombre culinario de “sancocho nacional”): en lugar de un arconte, diez. Cinco *representando* a los *eupátridas*, tres *representando* a los campesinos (*agroikôn*) y dos a los artesanos (*dēmiourgôn*). Apenas duraron un año.

¿Cómo iban a durar más, si cada uno fue con sus propios y excluyentes intereses? En términos de los representantes de la filosofía política del siglo IV, la *pólis*, que por definición es *una*, porque uno es su común interés, habría parido, en su desesperación, *dos* (de un lado los eupátridas, del otro los campesinos y artesanos) y estaban en conflicto. Cuando se trata de defender intereses propios y excluyentes, siempre habrá razones para el descontento: los unos se quejaban del pobre alcance que había tenido la abolición (*apokopé*) de las deudas; los otros enfadados (*dyschéransis*) por los grandes cambios provocados por las medidas de Solón que ponían en peligro sus privilegios. Total: «unos y otros, buscando solo sus propios intereses anhelaban el triunfo de *su* causa (*philonikían*)»¹⁴⁷. Luchaban fratricidamente, unos contra otros, cada uno por su propia excluyente causa, no por una causa que les fuera común.

(2) *Fabréate un pasado prestigioso*

El resultado de todo esto, desde ahora contado por Heródoto: el Ática desgarrada (el verbo *diáspaō*, en I 59, 1, no deja lugar a dudas) en facciones. ¿Y quién sacó provecho de semejante río en tiempos turbulentos? Un *idiótēs*, un simple «particular», un nadie, hijo de Hipócrates, originario de Pilos. ¿De Pilos dijo usted? ¿No eran de Pilos los legendarios reyes de Atenas, Codro y Melanto? Sí, dijeron los Pisistrátidas, tiempo después: por eso nuestro abuelo Hipócrates le puso el nombre de Pisítrato a nuestro padre. ¿Cómo? Si nuestros ancestros son inmigrantes procedentes de Pilos, *con los mismos antepasados* de los reyes de Atenas, eso significa que somos, a la larga, trepando por el árbol genealógico

¹⁴⁷ Aristóteles, *Constitución de los Atenienses*, 13,1-3.

parientes del mismísimo Néstor, el heroico anciano, rey de Pilos, que atraviesa de cabo a rabo la *Iliada*. Y todo el mundo sabe que el hijo menor del anciano rey se llamaba Pisístrato. ¿Hay alguien que no haya escuchado los cantos de la *Odisea*? Es el que Néstor envía para que acompañe a Telémaco en la búsqueda de su padre Odiseo. Y puestos ya en estos oficios descarados de ascenso genealógico, «nuestro» Néstor ¿no es hijo de Neleo, que a su vez es hijo de Posidón? ¡Voilà! Ese hijo de un don nadie, ese vástago de un simple particular se ha hecho a un pasado memorioso: Posidón → Neleo → Néstor... → Codro y Melanto... → y nosotros, los Pisistrátidas hijos de Pisístrato. Tenemos al fin, fabricado, un pasado distinguido (V 65, 3). Y lo necesitamos para minimizar al máximo el terrible presagio que ensombreció la vida del aún no nacido.

(3) *Hazte a un nombre propio*

Asistía Hipócrates a los juegos Olímpicos, y como buen griego quiso consultar al oráculo de Zeus en Olimpia. Cuando se encontraba cumpliendo con los rituales debidos, de pronto comenzaron los calderos, rebosantes de carne y agua, a hervir desaforadamente sin fuego que provocara ese loco bullir. Por fortuna, pasaba por allí, uno de los mismísimos Siete sabios, Quilón, el renombrado éforo de Esparta. Vio el prodigio (*téras*: signo enviado por los dioses, pero también, cosa monstruosa) y alertó a Hipócrates: que hiciese todo lo posible para no tener descendencia. Por desgracia Hipócrates no le hizo caso. Llegado el tiempo nació aquel que no debía haber nacido: Pisístrato (*remember* Cípselo) (I 59,1-3).

¿Cómo conjurar semejante presagio? Con una hazaña, ya que con semejante pasado (fabricado) es hora de hacer de su

nombre, un nombre de valía, que logre esconder tras escena, su oscuro engendramiento. ¿Y qué mejor hazaña, que una militar?¹⁴⁸. Hace poco, ascendiendo por el Peloponeso, nos detuvimos en Corinto y su Istmo, para conocer a Periandro. Al Occidente, en el mar Jónico, tenemos el golfo de Corinto, al Oriente, en el mar Egeo, el golfo Sarónico. Si ahora subimos más al norte nos encontramos con la Megáride, y en ella su ciudad más importante, Mégara, en la orilla norte del golfo Sarónico, *a mitad de camino* entre Atenas y Corinto. Esas palabras que hemos colocado en cursivas guardan ricos acontecimientos que, comenzando en el mito, terminan por explayarse en la historia. El camino que llevó al héroe Teseo, de Trecen a Atenas, transcurría por toda la costa del golfo Sarónico. Camino difícil para nuestro héroe porque para llegar a su destino tuvo que limpiar de maleantes y bestias (los niños temblaban ante la sola mención de la cerda Faya -por el nombre de la anciana a la que pertenecía- o de Cromión, por el nombre de la zona que la bestia azotaba. Cerda monstruosa, hija de Tifón y Equidna, que según Estrabón era la madre del jabalí de Calidón) toda esa región. Pero también, históricamente es un camino sembrado de acontecimientos

¹⁴⁸ Pisístrato: *el que persuade al ejército*. Su etimología la ofrece Gsch-nitzer, op. cit. p:131, y lo une a la etimología de Hipócrates: *domador de corceles*, para mostrar que se trataba de una “familia de la nobleza”. Cierto. No hay duda, dirá un griego sometido a la propaganda Pisistrátida: ¿no es acaso una familia que desciende de Posidón, el señor de los caballos? Y entonces, ¿por qué lo llamamos un “don nadie” creyendo seguir a Heródoto cuando lo califica de *idiôtês*? ¡Ay!, la historia nos ha enseñado (y para los que no leen historia, los cuadros de la familia real pintados por Goya nos lo muestran): hay, sí que los hay, nobles *simples*, de una *simpleza* tal, que un día pueden estar en Versalles y otro en la guillotina.

cruciales, por más de cien años, y que van desde la hazaña de Pisístrato hasta la mismísima guerra del Peloponeso. Y es que si espartanos y corintios (entre tantos otros) quieren llegar a Atenas, tendrán que pasar por esta decisiva región, que rápidamente puede pasar de ser puente estratégico de invasión al Ática, a muro de contención contra cualquier amenaza venida de la península. Y eso harán los megareos por más de cien años: unas veces aliados de los atenienses, otras de los lacedemonios. Total, para eso tienen en su territorio no uno sino dos puestos estratégicos como los que más: Pegas (*Pégai: las fuentes*) en el golfo de Corinto y Nisea, en el golfo Sarónico. Para acabar de completar, tiene muy cerca a ellos, la estratégica isla de Salamina. Tengamos muy presentes esos nombres, serán decisivos durante las guerras Médicas y la guerra del Peloponeso¹⁴⁹.

Allí, en esa región tan decisiva para la historia de Grecia durante más de un siglo, Pisístrato, el hijo de un simple particular se hizo a un nombre *propio*, no prestado, no de familia: la política del nombre *propio* derrideana hecha carne. Un nombre tan propio que se hará *heredable*, para volver a ser un nombre de familia: los Pisistrátidas. Allí, en la segunda guerra contra los megareos, Pisístrato tomará el estratégico puerto de Nisea, pondrá en la mira la isla de Salamina, y realizará otros «grandes trabajos» (*megála érga*). Una serie de hazañas militares que le darán al embrión de tirano el ansiado nombre propio, es decir, le darán el buen

¹⁴⁹ Para todo ello, un libro: *Athens, Attica and the Megarid. An Archaeological guide*. Escrito por Hans Rupprecht Goette. Routledge, London – New York, 2001. p.p 307 y ss. El original en alemán fue publicado en 1993, pero cito la edición inglesa que fue revisada y puesta al día por el autor.

nombre, la fama y la reputación¹⁵⁰ que tanto va a necesitar en su muy *resistible* (*evitable*) *ascensión*. Nuestro *Arturo Uí* acaba de romper el cascarón con un pasado prestigioso y un nombre propio, dos poderosas mazas con las que comenzará a golpear.

(4) *Que tu apellido sea «el más amigo del pueblo»*

¿Suficiente con ser reputado estratega? Ni de riesgo. ¿Ser un *mero* caudillo militar? Apenas con eso se hace medio tirano. El *estratega* debe completarse con el *demagogo*, si quiere llegar a ser un tirano *completo*. Porque, ¿qué es un tirano sin su masa? Debe entonces *sumar* a su recién adquirida estatura de estratega, la corpulencia que solo pueden ofrecerle las multitudes. Pero para ello debe demostrar que sabe *conducirlas*, y de eso sabe el demagogo. Si el estratega se emplea a fondo en el ejército, el demagogo va en búsqueda de la *masa en flor*. Y esa está allí donde haya excluidos, humillados y ofendidos.

De un lado estaban los de siempre, los *eupátridas*, los bien nacidos, orgullosos de su alcurnia y poder¹⁵¹. Heródoto (I 59) los divide por las regiones donde tenían control económico y político, y por los nombres de los cabecillas de las facciones enfrentadas: de un lado *los de la costa* (*tôn paralíon*),

¹⁵⁰ *Eudókimos* es el adjetivo que está en juego tanto en Heródoto (I 59,4-5) como en la *Constitución de los Atenenses* (14,1).

¹⁵¹ Que contrario a lo que algunos politólogos nos enseñan, nunca se presentan en bloque. Siempre, y muchísimo más cuando a la *stásis* de las meras diferencias, le sucede la *stásis* del descontento y la conmoción política. Los empotrados en el poder disputan entre ellos, por el mando, y contra *los excluidos* para mantenerlos fuera de las deliberaciones y decisiones políticas.

encabezados por Megacles, hijo de Alcmeón y, por tanto, perteneciente a la *maldita* familia de los Alcmeónidas; y del otro *los de la llanura* (*tôn pediakôn*), estando a la cabeza de ellos, Licurgo, hijo de Aristolaides. *La Constitución de los atenienses* (13,4), por supuesto más interesada en precisar las tendencias *políticas* que cada facción representaba, califica de *moderados* (*tên mēsên*) a los de la costa y *oligarcas* (*tên oligarchían*) a los de la llanura. Los especialistas en historia económica precisan que los de la costa representarían los intereses de armadores y comerciantes, mientras que los de la llanura –al detentar la propiedad de las más ricas tierras– son calificados de terratenientes¹⁵².

Todo iba bien en este grupo de *eupátridas*, en la medida en que las constantes disputas eran puestas en juego (y resueltas) en esta tabla política llamada *aristocracia* que mandó sobre el Ática durante más de doscientos años. Pero, con el final de la era arcaica ya alcanzada a otear en el horizonte, esta tabla se vio alterada con la inclusión *forzada* de un tercero *entrometido*. Provenía de una buena estirpe, a la que acababa de fabricarle un pasado prestigioso y otorgarle un nombre de guerrero *renombrado*. Y ahora, para *completarse*, tenía una masa que lo seguía. En fin: un halcón renombrado y un reconocido demagogo. ¿Dónde consiguió esa muchedumbre que lo *respaldaba* (el verbo no es gratuito, como lo veremos)? Heródoto nos cuenta que amplió el tablero político formando una tercera facción (*tritên stásin*) de la que se hizo jefe (*prostas*) juntando seguidores entre los

¹⁵² Véase la hermosa nota 87 al pasaje en cuestión que ofrece Manuela García Valdés.

que califica de «hiperacrios» (*tôn hyperakrîôn*)¹⁵³. Pisístrato el tercero entrometido, ha alterado seriamente el tablero del juego político. En el jugarán, de ahora en adelante, en el Ática por más de siete décadas, no dos, sino tres facciones que tendrán que ser tomadas en cuenta por aquel que mande, si quiere *durar*: *parálioι*, *pediakóι*, e *hyperákrioι/diákrioι*. Tengamos muy presentes esos nombres, llegarán hasta la mismísima Revolución francesa (por supuesto con obvias diferencias históricas). ¿Quiénes son esos terceros en cuestión que siguen al que consideran su líder? Los historiadores del urbanismo conocen muy bien esa región que

¹⁵³ *Montañeses*, traduce Schrader, igual hace Balasch (comentando que con ese término se refería a “los que vivían en la modesta cordillera que separa el Ática de la Beocia”, n. 77); *the hillmen*, traduce Godley. *La Constitución de los Atenenses* los llama *diacrios* (*tôn diakrîôn*): “los de las alturas”, traduce don Antonio Tovar; “los de la montaña”, García Valdés. Gschnitzer, p.123, traduce “los ultramontanos” y especifica que se trata de “los campesinos pobres del norte y del este del Ática”. Osborne (p.334) encuentra una diferencia importante entre el calificativo empleado por Heródoto y el de la *Constitución de los Atenenses*. *Hiperacrios* –que sería un nombre burlón puesto por las otras facciones– designaría una “cuadrilla de seguidores puramente personal”, mientras que *diacrios* –una comarca del Ática existente en la realidad– serviría para mencionar “un grupo con un programa político definido”. Animado por semejante diferencia entre los términos empleados, el profesor de Oxford intenta poner en cuestión la versión de la *Constitución de los Atenenses*. Allá él y los que sabiamente lo siguen. Tal vez, más bien, nos atrevemos a sugerir que, como hemos visto, se trata de un *cambio de acento* obvio entre el relato de un historiador y la interpretación política de un filósofo. Cambio de acento, que como el mismo Osborne lo reconoce, está fundado en fuentes distintas a las de Heródoto –la tradición aticista– que, son sus palabras, “amplían el escenario en que se desarrolla la actuación de Pisístrato”.

terminan por *ocupar* los desplazados, los desposeídos, los expulsados de las mejores tierras. Son los *arrinconados*, los que terminan por treparse a las laderas infértiles y hostiles para allí sobrevivir apenas con mendrugos. Los veremos desde las colinas romanas hasta los barrios de invasión modernos. Tienen un estómago vacío y un corazón remendado; excluidos de la riqueza y el poder, medran en el día a día, rumiando una rabia que no conoce norte ni propósito, sino que gira, se agita y se levanta en estallidos periódicos. Son esos que terminan por hacer historia, en la mayoría de los casos, *para los otros*. Buscan entonces, en su desespero, un líder que los saque del hambre y la exclusión. Y quienes buscan quien los dirija, lo encuentran¹⁵⁴.

Junto a los urbanistas, los historiadores sociales miran con detenida desconfianza las precisas descripciones que la *Constitución de los atenienses* hace de la procedencia económica y social (dos términos que ahora separamos pero que en la antigüedad iban a la par. Max Weber tuvo que emplear, y no le bastaron, más de ochocientas páginas para mostrar por qué) de los *seguidores* de Pisístrato. Provenían (“económicamente”) de aquellos que, pese a haber sido liberados (*aphéirēmai*) de las deudas, todavía permanecían hundidos en la pobreza por falta de recursos (sobre todo como veremos en un ejemplo supremo, por falta de tierras fértiles);

¹⁵⁴ Frente a esos buscadores de amos, de servidores voluntarios que pululan en la historia, están otros que se rebelan y resisten contra semejante afrenta a la libertad humana. Van desde aquel filósofo cínico que, vendido en el mercado como esclavo, le responde al imbécil comprador que le pregunta «y tú, ¿qué sabes hacer?»: «mandar, ¿buscas un amo?»; hasta Jean Gabin en *El muelle de las brumas*: “no me gustan los animales que buscan un amo”.

y (“socialmente”) de aquellos que al no tener una pureza de linaje (hoi *tôi génei mē katharoi*) tenían perder su condición de ciudadanos si triunfaban los oligarcas, que con sus conocidas tretas impondrían condiciones más estrictas para alcanzar la ciudadanía. Que tenían razón al temer la pérdida de su ciudadanía, dice Aristóteles (13,5), es que al caer la tiranía a muchos no les fue favorable la revisión de la lista de ciudadanos (*diapsēphisis*, el censo de votantes que periódicamente se realizaba). *Hambre y miedo*, dos de los agentes más explosivos en toda convulsión política. Si a ellos se les suma el agitarse tumultuoso, sin rumbo y sin sentido, de aquellos que ciegos de horizonte buscan un guía que los saque de la miseria y la indignidad, tenemos el río revuelto perfecto para que en el pesque un *demagogo* que sepa unir su pasado prestigioso y su presente de nombre propio a un futuro que le confiera el apellido más codiciado, no el de simple *amigo del pueblo*, sino el de «*el más amigo del pueblo*»¹⁵⁵.

¹⁵⁵ *Dēmotikōtatos*. Un superlativo que Aristóteles emplea en 13,5 y en 14,1. “El más democrático”, traduce la muy apreciada García Valdés. Sin embargo, considero su versión poco apropiada. “El más popular” vierte don Antonio Tovar, más cerca del asunto. No obstante, en nuestra época, falta un leve empujón para que calificuemos a Pisístrato de “populista”. Ojalá fuese *solamente* eso, porque entonces, hace tiempo los atenienses se hubiesen desprendido de él. Pero *dēmotikōtatos* es palabra mayor, lentamente iremos viendo porqué. Por ahora digamos algo acerca de la tercera opción para la traducción de *dēmotikōtatos*. La roba de Marías y Araújo en su traducción de la *Política* de Aristóteles. Pronto veremos este magnífico pasaje con más detenimiento (1305a 18-36), aquí resumimos la tesis del Estagirita: todo aquel que aspire a la tiranía dice, debe -entre tantas otras cosas- ganarse la confianza del pueblo apoyado en el odio a los ricos que la masa agita a manos llenas. Así lo hizo Pisístrato, «sublevándose contra los habitantes del llano»; igual hará, comenta Aristóteles, más

Ahora si tenemos confeccionados por Pisístrato (1) un pasado prestigioso, (2) un presente guerrero y (3) un apellido por merecer en un futuro, forjado sobre la triple base del hambre, el miedo y el desespero de una muchedumbre en busca de un guía. Solas, aisladas, esas características no alcanzan para hacer con ellas ni siquiera el pedestal del tirano *completo*. Alcanzan a lo sumo para producir una caterva de caudillos populistas y tiranuelos, demasiado cercanos a nosotros para enrostrárnoslos ahora, pero que, atados en un haz, en un manojo (lat. *fascis*) *fascie*, son otra cosa y Pisístrato está ahora aquí dispuesto a empuñarlo.

(5) *A como dé lugar, hazte a un escolta*

Lo aprendió de Periandro. Pero al buscarse un grupo de escoltas su genio y figura lo llevó a una variación tan original que los tiranos de todos los tiempos lo imitarán hasta, por ejemplo, el incendio del *Bundestag*. Se inventó un supuesto atentado contra él (las dotes de escenógrafo de Pisístrato se convertirán en la pasión por el teatro de sus hijos): se hirió a sí mismo y a los mulos que llevaba (él, de familia de caballistas) y llegó maltrecho hasta la *agorá*. Una diva en la ópera es nada en comparación con este hombre de las mulas ensangrentado. Todavía podemos escuchar su voz pidiendo al pueblo que le confirieran una guardia personal. Y a él, servidor del pueblo en la campaña de Nisea, ¿cómo

de un siglo después Dioniso que “por su odio (a los ricos) fue mirado con confianza como *amigo del pueblo* (hōs dêmotikos ōn, 1305a 28)”. Feliz traducción esta, de un “apellido” cuyas ondas retóricas alcanzarán hasta el periódico de Marat. Aquí, tratándose del superlativo, nos da, entonces, “*el más*” amigo del pueblo. Ese *plus* Pisistrátida es el que nos interesa desarrollar aquí paso a paso.

no otorgársela si ahora, además de valiente guerrero, es *el más* amigo del pueblo? Guardaespaldas tenía más de un tirano griego de la época, pero no como los de la innovadora variante de Pisístrato, que, por supuesto también hará historia. Compuesta, no de lanceros (*doryphóroi*, de *dóry*: asta, lanza, pica) sino de *garroteros* (*korynēphóroi*). Todo un señor *club*, puesto que, como dice Heródoto, portaban *mazas de madera*¹⁵⁶. Garrotes para golpear a una eventual masa que se resista y no para herir al enemigo extranjero. No confundamos. Estamos en el terreno de la *stásis*, no de la guerra, diría este tirano exquisito que es Pisístrato. La contundente línea del texto griego lo dice todo: *epanastas meta toutōn tōi dēmōi katésche ten akrópolis* (*Constitución de los atenienses*: 14,1) y la equilibrada traducción de Tovar así la recoge: «se levantó con ellos contra el pueblo y se apoderó de la acrópolis». Con ellos, *contra un pueblo* completamente engañado (*exapatētheis*) dice Heródoto; «persuadido» (*synépeise*) por el tirano en ascenso, dice Aristóteles. Todos engañados, todos seducidos por este aprendiz de brujo perverso. ¿Todos? Todos no, *uno* no: Solón fue el único que se opuso cuando Pisístrato pidió escoltas. Aristóteles (14,2) recogió sus *sabias* palabras (quizás por eso no le hicieron caso) que llegarán hasta Plutarco. Solón dijo ser *más sabio* que unos y *más valiente* que otros. *Más sabio* que los que no veían en ese falso amigo del pueblo alguien que en realidad aspiraba a la tiranía; y *más valiente* que aquellos que veían en Pisístrato un tirano en potencia, pero no se atrevían a hablar. Y como nadie le

¹⁵⁶ Para los que se ofenden, Godley traduce así este pasaje (I59, 5-6). «Not spearmen but *clubmen*: for the retinue that followed him bore wooden *clubs*». Cursivas fuera de texto.

hizo caso, en protesta, colgó sus armas ante la puerta y dijo que en su momento él las había tomado para defender su patria, ahora viejo, pensaba que los demás deberían hacer lo mismo. No lo hicieron, a nadie convenció. ¿Nadie es profeta en su tierra? ¿Quién en tiempos de oscuridad quiere oír a un sabio? Como guerrero defendió su patria, como sabio dio inicio a la mayor innovación en toda la historia de la política: la política misma. Pero no era el tiempo para la política, era el tiempo de su negación, la tiranía.

(6) *Si Periandro gobernó sabiamente, ¡supéralo! Manda “políticamente”*¹⁵⁷

«A la tiranía le bastaría tan solo un momento de éxito para someter al pueblo, so pretexto de tener una Constitución, a una forma tal que nunca pudiera manifestar su voluntad ni, por lo tanto, romper las cadenas del despotismo».

Emmanuel Sieyes

A partir de este momento Pisístrato, dice Heródoto (I 59,6), se hizo *amo* de los atenienses, pero a su manera, innovando también aquí, de una manera tan creativa que logró seducir a la casi totalidad de los historiadores modernos. Mandó sobre los atenienses sí, pero *sin modificar el orden de los cargos (oúte timas tas eoúsas syntaráxas) ni cambiar las*

¹⁵⁷ De ahora en adelante, y siempre que nos refiramos a Pisístrato y su manera de gobernar, la palabra *políticamente* irá siempre entre comillas, como no puede ser de otra manera al hablar de un tirano, cuyo primer gesto es el de la supresión de la política, en el sentido griego del término, tal y como la estamos tratando de definir desde Solón. Pisístrato, como veremos, es un *politicard* (politicastro) que, como *buen* tirano, sabe mucho de *politesse* y nada de libertad.

normas (oúte thésma metalláxas): gobernó entonces la pólis de acuerdo con lo establecido (epí te toísi katesteôsi énome tēn pólin). Fastidiosamente me he mantenido lo más literalmente pegado al texto griego para que pueda ser contrastado con las traducciones y las interpretaciones modernas (toda traducción es ya una interpretación). No es, sino que un traductor culmine la frase diciendo que Pisístrato rigió la *pólis* “de acuerdo con las *formas constitucionales*” (el gran Schrader) o “according to its established constitution” (el honorable Fellow del Magdalen College, de Oxford: A.D. Godley) para que el corazón de los historiadores modernos palpite con los cánticos al gobierno *constitucional* instaurado por Pisístrato¹⁵⁸.

Ya hace mucho tiempo hemos comentado el poderoso efecto hipnótico que tiene el *moderno* concepto de *Constitución* en los investigadores del mundo antiguo. A esas páginas nos remitimos. Pero aquí nos encontramos con la forma de gobernar de Pisístrato: en su innovadora manera tiránica de gobernar “políticamente”. Una manera tan *sui generis* de gobernar que Heródoto termina por usar no uno, ni dos, sino tres, elogiosos calificativos: *kosméōn kalôs te kai eú*. “de manera ordenada y acertada”, traduce Balasch; Godley completa los calificativos: “and ordering all things fairly and well”. Tres rasgos deslumbrantes para un griego: *orden, belleza, excelencia*. Si nos animamos llegaremos al final de la Edad Media y los comienzos del Renacimiento para,

¹⁵⁸ Por fortuna no todos los traductores. Por ejemplo, Balasch termina traduciendo prudentemente: “conservando intactas las *instituciones*”.

embriagados por la exaltación hablemos, en el colmo del anacronismo, de «buen gobierno»¹⁵⁹ y de «gobernanza»¹⁶⁰.

Qué modelo, qué paradigma de gobernante el que se logra modelar a partir de semejantes pasajes: Pisístrato, el tirano de las buenas leyes y la eficiente administración, ya no en el Egipto faraónico *imaginado* por Bossuet, sino en la mismísima Ática; Pisístrato, en fin, el tirano *constitucional* que respetó las normas, leyes e instituciones vigentes, como diríamos hoy¹⁶¹.

¹⁵⁹ Barceló y Hernández de la Fuente en su valiosa obra, *Historia del pensamiento político griego*, p.135, citan, como traducción del pasaje final, «... él dirigió la ciudad según la constitución existente, manteniéndola en un *buen gobierno*» (cursivas fuera de texto). Barceló y Hernández de la Fuente, en la nota 75 atribuyen la traducción a C. Schrader. Sin embargo, vuelvo a leer la traducción que de él tengo para la editorial Gredos (1977) y leo: «... rigió la ciudad de acuerdo con las *formas constitucionales* en un *gobierno muy acertado*». Confieso que la razón de la discrepancia me supera.

¹⁶⁰ Puestos en ese cauce incontenible de anacronismos, pienso en ese Egipto antiguo que contribuyó a forjar Heródoto para la imaginiería del siglo XVIII, gracias a Bossuet. Recomiendo sobremanera la lectura que hace F. Hartog (*Memoria de Ulises*, p.63) de ese mito del Egipto antiguo como una “tierra en la que reinaban desde siempre *buenas leyes y una administración eficiente*”. Si creen que exagero prepárense para lo que viene acerca del mandato de Pisístrato cuyo gobierno de “buenas leyes” mantenidas intactas y de “administración eficiente”, nunca acaba de empalagar a los comentaristas modernos.

¹⁶¹ Barceló y Hernández de la Fuente le dedicaron a los Pisiestrátidas de Atenas unas muy fundamentadas páginas (op. cit. pp. 134-137). La evaluación del gobierno de Pisístrato contiene frases tan contundentes como esta: “... Pisístrato gobernó Atenas sin violar las leyes y respetando escrupulosamente las normas prescritas por la tradición política (*nomos*)”.

Y pensar que buena parte de esos magníficos historiadores vivieron en el siglo XX, el siglo de los totalitarismos. El siglo en que Stalin gobernó con una Constitución hecha a su medida, pero sobre todo el de Hitler, al que nunca se le ocurrió abolir la mismísima Constitución de Weimar, con la que gobernó hasta el fin de sus días. Cómo serían de “buenas” sus leyes que hicieron posible lo impensable: que la misma “justicia” se pusiera al servicio de verdaderos asesinatos *con el debido proceso*¹⁶². ¿Cómo calificar entonces las maneras tiránicas de gobernar de Pisístrato? Aristóteles nos enseña el camino: *de labōn tēn archēn diōikei ta koina politikōs mállon ē tyrannikōs* (Constitución de los atenienses: 14,3). “Tomó el poder y perseguía (no nos molesta, al contrario, nos seduce la traducción de don Antonio Tovar: «administraba», por aquello de la «administración eficiente» de los tiranos y faraones) los asuntos comunes más como *político* que como tirano”. ¿*Político*? ¿Y por qué no seguir la traducción estándar de *politikōs* por “ciudadano”? Y que conste, tienen sobrada razón para hacerlo. Pero tratándose aquí de una serie de charlas sobre la democracia de los atenienses considerada desde el punto de vista de la teoría política, debemos ser un poco más precisos. *Politikōs*, el adjetivo, hace referencia en efecto a todo lo que tiene que ver con los ciudadanos, *pero* también significa: “habilidad en la *administración* de los asuntos públicos” y por eso se

¹⁶² Un terrible ejemplo: resistir de manera no violenta al régimen, por el movimiento *Weißer Rose* de estudiantes y profesores cristianos y pacifistas, se convirtió en un delito de alta traición. Por tal motivo algunos de ellos fueron ejecutados “legalmente” con el “debido proceso”. *Kommilitoninnen: jes lebe die Freiheit!* Sea este nuestro homenaje.

admite traducir por *político* (en el sentido que le hemos dado en la nota 156: un politicastro); el sustantivo *politikós* designa al *político* hasta el punto en que conforme va pasando el tiempo, incluso permite la traducción de “estadista”, “hombre de estado”. Finalmente, el adverbio *politikôs* se refiere a aquel que *se comporta* (recuerden que estamos estudiando las *maneras de ser*, pronto diremos la *puesta en escena*, de ese tirano *completo* llamado Pisístrato) *como buen político* –y escuchen, para lo que se nos viene– aquel que se comporta con “dulzura y moderación”. Qué haríamos sin la *politesse* francesa. Recordamos de inmediato: 13,5 y 14,1, en que Aristóteles calificó a Pisístrato de *dēmotikôtatos*, pero rodeándolo en ambos casos, de una de sus palabras favoritas, *dokôn*, que nos permite afilar aún más la traducción: “parecía ser el más cercano al *dēmos*”. “Parecía ser el más amigo del pueblo”, pero en realidad no lo era: fabricó la *escena* (hizo el *montaje*) de un atentado en su contra para justificar que se le diera un cuerpo de guardias, cosa que hizo dotándolos de garrotes. Tan pronto los tuvo “se levantó con ellos contra el pueblo”, ocupó la Acrópolis y se dispuso a gobernar, de manera *sui generis* –porque quería *durar*, dirá Aristóteles– más como un “*político*” que como tirano.

(7) *Nunca te confíes: un tirano nunca está seguro.*
¡Sé cauto!

La estrategia del garrote y la zanahoria no fueron suficientes (*nunca, nada* es suficiente para el tirano). “No mucho después” nos dice Heródoto (I 60) los seguidores de Megacles y Licurgo –es decir, los de la costa (*parálioι*) y los de la llanura (*pediakoi*): como quien dice, *los de siempre*, los *eupátridas* y sus dos facciones en disputa constante, pero ahora unidos con el propósito de retornar a *su* gobierno

y a *sus* maneras, en y bajo *sus* condiciones (aristocracia/oligarquía)– lograron ponerse de acuerdo y lo expulsaron¹⁶³. ¿Cómo, por qué ocurrió? El diagnóstico de Heródoto es profundamente acertado en su brevedad: perdió la tiranía (es la palabra que emplea en el original griego) por no tenerla todavía firmemente *arraigada y extendida*. No basta con ocupar la Acrópolis, rodeándola de una guardia de maceros y fingir que le preocupa el *dêmos* gobernando con toda la *urbanidad y cortesía* que le sea posible. Es necesario *plantar* (*rhizôo* significa arraigar, pero también *plantar* árboles), el árbol de la tiranía, que genere raíces y se *extienda*, es decir que no se quede en Versalles o en el Palacio de Invierno, que descienda de la Acrópolis e *intervenga*¹⁶⁴ la *agorá* y los campos. Y para eso se necesita del factor más crucial: el tiempo. No le dejaron *tener tiempo* los poderosos para *echar raíces*. El mismo dictamen lo ofrece Aristóteles (*Constitución de los atenienses*, 14,3, incluso con la misma palabra *errizôménes*, en juego tanto en el historiador como en el filósofo): falta de *arraigo*. Seis años, son sus cálculos, los que aguantó Pisístrato, trepado en la Acrópolis.

Pero si hay alguien persistente es Pisístrato. Trepó y cayó, y volverá a levantarse puesto que como hemos anotado,

¹⁶³ Cosa a la que siempre están dispuestos cuando el control se les sale de sus manos, cuando la situación, *lo stato* diría Maquiavelo, la stásis, se desboca y amenaza con arrancarlos de cargos y reconocimientos.

¹⁶⁴ Un término del vocabulario urbanístico que se emplea también de manera políticamente correcta para no tener que decir “se *talaron* árboles”. En esta *época oscura* los árboles ya no se talan, se *intervienen*. Una pesadilla que espero no tener que vivir: cuando se diga “se *intervinieron* ciudadanos”.

la alianza de poderosos que lo derrocó, como toda alianza política (y como todo tratado, ya lo veremos) es “móvil, cual pluma al viento”. Los políticos y sobre todo los tiranos “políticos”, no tienen amigos, tienen aliados, y aliados *de y para* el momento. Lo único que les importa es estar entre los ganadores de hoy, o de mañana, o de pasado mañana. *Pasado mañana* fueron para Pisístrato más de una decena de años¹⁶⁵. Tarde o temprano los poderosos que derrocaron a Pisístrato terminaron por enfrentarse unos con otros, por enésima vez. En esta ocasión Megacles le envió señales de apoyo a nuestro tirano, con la condición de que tomara por esposa a su hija, como sello de la alianza. Así él lo ayudaría a recobrar el mando.

Pisístrato no lo dudó y aceptó. Pero quien duda esta vez, dando rodeos de incredulidad es Heródoto. Sí, Heródoto, el relator de historias cada vez más bizarras, *duda* en relatar una escena tan enrevesada que no puede creer que los atenienses –distinguidos entre todos los griegos por su astucia y agudeza, dice Heródoto– se hubiesen podido comer de cabo a rabo. Una puesta en escena, un montaje tan extremadamente cándido, tan ingenuo y bobo (emplea el superlativo de *euéthēs*), que avergonzaría a los griegos en general y a los atenienses en particular, que la creyeron con una fe tan inexplicable que sirvió para volver a encumbrar al tirano persistente. He aquí el montaje: tomaron Pisístrato y sus productores, de actriz principal a Fía, una mujer del demo de Peania, alta y esbelta y la disfrazaron de Atenea, la

¹⁶⁵ Los cálculos hechos por Aristóteles -doce años- son contradictorios con otros pasajes y los historiadores modernos ofrecen las más variadas cronologías.

diosa guerrera, con toda su panoplia. Subida en un majestuoso carro, acompañada de heraldos que anunciaban a los cuatro vientos como Atenea, protectora de la ciudad aprobaba el regreso de Pisístrato¹⁶⁶. Los ciudadanos al ver tanta pompa y circunstancia, dirigieron sus rezos a la *mortal diosa* (me sonrojo al decir semejante oxímoron) y dieron la bienvenida a Pisístrato. La vergonzosa escena colocó a la par la estupidez de rezarle a una mortal con la estupidez de recibir de vuelta a un tirano. Ahora entendemos todos los rodeos y reticencias de Heródoto al contar el cuento. Aristóteles que sigue a pie juntillas el relato de Heródoto, así lo confiesa expresamente, dice que la treta se hizo de la manera más burda y simple (14,4), resumiendo así el bochorno que siente todo griego en los cabales.

Nosotros, dos mil trescientos años después, todavía necesitamos comprender lo incomprensible en casos como la

¹⁶⁶ La película de serie B, editada en la versión de Aristóteles, ofrece detalles en el guion: “algunos dicen”, comentó en el Liceo, que más bien era una tracia del demo de Colito, vendedora de coronas. Don Antonio Tovar y García Valdés traducen el final de 14,4 mostrando a “Pisístrato en carro, con la mujer caminando al lado”. Sin embargo, el verbo empleado: *parabatéō* (ir *en* un carro *al lado* del conductor), y el adjetivo *parabátēs* (que avanza al lado de; guerrero que va al lado de un conductor de un carro) permiten una modificación, Pisístrato “iba *en* el carro, *al lado* de”. Aquí, como en todo, la *Iliada* manda, y más ahora que los Pisistrátidas se disponen a *editarla*. ¿Quién conduce a quién? Comparemos las versiones de Heródoto y de la *Constitución de los atenienses*. Pero, un momento, ya no está con nosotros Carlos Prieto, que jamás objetaría esta pregunta con el banal comentario: “es una disputa bizantina”. Al no estar ya con nosotros el *magister Carolus*, yo, que no soy competente, callo, pero me niego a olvidarlo.

Marcha sobre Roma, o la resurrección de Hitler, elevado a la condición de héroe, tras el *Putsch de Múnich*. Cien años después todavía necesitamos grandes (sobre) dosis de psicología de masas para no desmoralizarnos. En el caso de la *Marcha sobre Roma*, los *squadristi* –las escuadras de acción del fascismo– armados, entre otras cosas, de mazas (esta vez de acero, modernidad obliga) apedrean e incendian, de manera sistemática, todo lo que encuentran a su paso para crear las condiciones bajo las cuales les fuera propicio lanzar a los militantes del Partido Nacional Fascista a la toma de Roma en 1922, apoyados por más de veinticinco mil camisas negras. Mussolini apenas necesitó ocho días –desde el 22 al 31 de octubre– para tomarse el poder. Con ello obligó al rey Víctor Manuel III a “pedirle” que fuera su ministro y conformara el gabinete. Todo ello de conformidad con el muy respetado *Statuto Albertino*: la “Ley fundamental, perpetua e irrevocable” (nombre de la Constitución italiana) vigente desde 1848, y que seguirá de fachada miserable de la dictadura fascista hasta 1948.

Lo cierto es que nuestro tirano se casó con la hija de Megacles y recobró así, por segunda vez, el mando. La alianza debía ser *consumada*, todos esperaban la descendencia, pero no la hubo: Pisístrato que no quería tener hijos con su *nueva* esposa (una especie de Enrique VIII invertido en el propósito), mantenía con ella relaciones «contrarias a las debidas costumbres» (*ou kata nómon*). Heródoto sugiere dos razones: (1) Pisístrato, que tenía ya hijos mayores, no quería complicar la eventual sucesión y, (2) además, tener hijos que tuvieran como familia materna, una maldita, como la de los Alcmeónidas, eso, ni pensarlo. La incómoda situación llegó a oídos de Megacles que

escandalizado rompió con Pisístrato y restableció los lazos con su facción. Fin del segundo *round*.

El tercero fue el definitivo. Pisístrato aprendía con cada derrota y persistía en su tiránico propósito, solamente que esta vez ya tenía la talla de un tirano *completo*. Está bien que fuera el hombre de las masas, de los excluidos, pero ¿sin aliados poderosos? Era el momento de cobrar favores. Acompañado por su hijo Hipias, en el tercer intento, se ganó a los tebanos, contrató mercenarios argivos y logró que Lígdamis de Naxos le aportara dinero y hombres. Ahora tenía dinero, mercenarios y aliados poderosos. Un tirano *completo*. El pobre *populista* se contenta –gravísimo error– con ganarse a *un* sector: la masa azotada por la miseria, mordida en su corazón por la serpiente del odio que le imprime a la multitud, una fuerza avasalladora, pero al precio de dar palos de ciego, sin ton ni son, a todo aquel que se le acerque, excepto al *demagogo* que sabe apelar a su prestigio de guerrero y a su don de gentes, para cabalgar sobre ellos. En cambio, el tirano *completo* conquista a los *dos* sectores, porque sabe agradar y conquistar *también* a los ricos que buscan una estabilidad, una normalidad, que les asegure sus inversiones y fomenta sus empresas.

Volvió de Eretria donde se había refugiado recogiendo apoyo. Le llevó diez años, según Heródoto (I 62) regresar. Llegará a un lugar que pronto se hará inmortal: Maratón, en territorio de la Diacria controlado entonces por los *arrinconados* y *los excluidos* de las montañas. Allí, en terreno favorable esperó el tiempo propicio (con profecía incluida, cosa que no debía faltar, del adivino Anfílitro de

Acarmania)¹⁶⁷. Tenía: *en su puño derecho*, tebanos en deuda con el tirano, mercenarios argivos y al de Naxos que estaba haciendo su curso intensivo de tirano. *En el otro puño*, tenía a sus seguidores en Atenas que lo habían encumbrado ya en las dos intentonas anteriores. Pero le faltaba una fuerza, una potencia, que los tiranos de todos los tiempos han aprendido a tener que contar con ella.

(8) *Siempre podrás contar con la servidumbre voluntaria*

Acamparon, decíamos, en Maratón. Con ellos venía un contingente inesperado ¿De dónde procedían? ¿Quién los habría convencido de venir a apoyar al tirano, que por tercera vez intentaba lo suyo? (1) *De todas partes* de la ciudad (*ásty*) y (2) *nadie había necesitado convencerlos* ¿y entonces? ¿a quién se le ocurre ponerse bajo el yugo de un tirano sin un explícito interés inversionista o reivindicativo? Heródoto que disfruta explayarse en sus bizarras historias, regodeándose en detalles cada vez más explícitos, también es maestro en brevísimas fórmulas, sabias sentencias que en muy pocas palabras concentran un saber que durará más que las pirámides y los coliseos: *toísi hē tyrannis pro eleutheriēs ên aspastóteron* (I 62). Y punto. Allí está dicho todo lo que hay que decir. Al buen entendedor le bastan pocas palabras: esas gentes que venían de dentro de la ciudad, pero que no hacían parte del grupo seducido por la faceta de demagogo de Pisístrato hacían parte de una multitud que estará siempre presente a lo largo de la historia. Pertenecían a la especie más prolífica de la humanidad, aquella que los tiranos de todos los tiempos tienen como tarea multiplicar,

¹⁶⁷ Heródoto, *Historia*, I 62-3. Balasch explica el vaticinio en dos agradas notas al pasaje.

reproducir, incrementar: la de aquellos que «acogían con más agrado (*apastós* en superlativo) la tiranía que la libertad». Es esta masa que puesta ante el umbral que anuncia a lo lejos la libertad, con su insoportable carga de obligaciones por asumir, voltean la mirada hacia el Faraón, el gran Rey, el Emperador, o el Gran Hermano, rogándoles que *les administren su vida*. Pero no es solo *el miedo a la libertad* lo que los mueve. Es el placer, el extraño y retorcido placer, de renunciar a *governarse a sí mismos*. No es solamente Orwell, es también y sobre todo Huxley, quien tiene tanto que decirnos sobre este fenómeno. Renuncian a la libertad y sus duras exigencias (*¡Sapere aude!*), incapaces de concebir una vida sin amos, sin guías, sin representantes, sin vanguardias, pero a cambio de comer en el plato de los siervos los “placeres que la vida ofrece”. Infantilizados hasta la ebriedad, ahídos de *confort*, se envalentonan reclamándole, “exigiéndole” al amo el “reconocimiento de sus derechos”. Cambian libertad por derechos y así se creen liberados. Liberados sí, de la libertad.

Sí, por supuesto, hay que hablar –a cada rato lo estamos haciendo, y pronto lo haremos mucho más– de aquellos que aman la libertad, pero no podemos dejar de mencionar a aquellos que aman la tiranía, que tienen, en el lenguaje terrible e inolvidable de Étienne de la Boétie, impreso en sus corazones el agrado por la *servidumbre voluntaria*. Heródoto, el genio bifronte –mirando unas veces a Oriente, otras a Occidente– pudo comprobar con amargura que semejante peste se había esparcido por todo el mundo. ¿Un ejemplo? En el angustiado relato del fracaso libertario de Meandrio en Samos y su conversión a la tiranía, cuenta como Licareto, que quería prolongar la tiranía, asesinó a todos los prisioneros que su hermano tenía en los calabozos «ya que, al parecer, no querían ser libres» (III 143).

(9) Sé un tirano completo: mantén a tus súbditos dispersos, que no se reúnan, desármalos y mándalos para su casa.

«... la ambición siempre frustrada de todos los tiranos griegos consistía en desalentar la preocupación por los asuntos públicos, el tiempo que pasaban los ciudadanos en improductivo *agoreuein* y *politeuesthai*, y transformar el ágora en un conjunto de tiendas semejantes a los bazares del despotismo oriental».

Hannah Arendt, *La condición humana*, p. 175.

«Me gustaría decir que hay momentos en que un pueblo decide si es un pueblo o un montón de personas “que siguen con su vida”, como ordenó el déspota electo que nos lleva a la muerte».

Eliane Brum (hablando de Brasil bajo Bolsonaro)¹⁶⁸

Por supuesto, con semejantes puños venció en la batalla de Palénide y puso en fuga al resto de los atenienses que se le resistían. Pero con dos derrotas a sus espaldas, este tirano que sabiamente aprende de las derrotas comprendió que ganaba una batalla, pero no *la guerra continua* a la que siempre está expuesto el tirano. Hasta ahora tenemos, es cierto, un tirano *integral*, con sus dos puños fuertemente empleados. Pero ¿de dónde habrán sacado los historiadores modernos que decir tiranía es decir poder absoluto? Eso ni Luis XIV y su “absolutismo”. De Voltaire a Norbert Elías se aprende que ese “absoluto” está hecho de alianzas, componendas, transacciones, pactos y acuerdos que tan rápido como se

¹⁶⁸ 7 de septiembre: muerte. *El País*, 4 de septiembre, 2020.

hacen se deshacen. Pisístrato antes de golpear recibió dos golpes que le enseñaron esto. Así que, sí, la tercera fue la vencida. Había ganado el *campo*. Pero sabía que de ahora en adelante y hasta que muriera debía mantenerlo *despejado*. Tramó entonces, nos cuenta Heródoto (I 63,2), un plan muy brillante para que los atenienses *no se reagruparan, manteniéndolos dispersos*: mandó a sus hijos a caballo, desarmados, para que les aconsejaran a los que huían que *confiaran* en lo que Pisístrato les ordenaba y que *cada uno se fuera para su casa*. Y lo logró. El campo estaba *despejado*: a unos los venció en la batalla, a los que huyeron les dio alcance convenciéndolos de regresar a sus casas. Faltaba un detalle feroz (I 64). Quedaba un resto de sus opositores que le habían resistido pero que no habían logrado huir. Se ensañó con ellos de una manera muy especial, tan especial que hará historia. Pisístrato enseñará a los tiranos del futuro que ni siquiera tienen necesidad de rematar a los que han sobrevivido a sus ejércitos o a su policía. Le bastó con tomar a sus hijos de rehenes y los envió a la corte de Lígdamis, a quien había hecho ya tirano en Naxos, como sus rehenes. Tomar a los hijos de los que se resisten como rehenes: los tiranos venideros afinarán este increíble recurso, sin tener siquiera que amenazarlos con sus vidas: una precaria educación pública y la salud en permanente riesgo harán lo suyo. La pedagogización de la educación y la precarización de la salud serán las *cárceles de Naxos* modernas.

¡Cómo les encantan a los tiranos los espacios abiertos y desiertos! Como en un cuadro de Giorgio de Chirico: *despejado* de ciudadanos, pero *poblado* de agitados particulares, que corren de su trabajo a sus casas y viceversa. Periódicamente poblados de masas que desfilan y marchan,

agitando banderas que saludan al líder. *Masas sí, ciudadanos no*, a sus casas. El tirano no lo es por sanguinario y brutal. Esas maneras crueles no son su propiedad exclusiva. El tirano es aquel que dice: las masas en los desfiles, el *resto*, a sus casas. Y al hacerlo los reduce a ser simples particulares, seres privados (*idiotas*). En ese gesto inaugural de la tiranía el amo borra con su bota la línea, la delgada línea que Solón había trazado para constituir el campo de la política, y al hacerlo hace emerger el desierto de *lo político*, esto es, de la política desahuciada, momificada y convertida en objeto. En ese desierto medrarán en el futuro los políticos (*influencers* de la privatización de la política) y sus partidos (representando intereses excluyentes y no una causa común). Devenida objeto y no *drama* (en su significado griego) será tema de estudios de un ramillete completo de disciplinas. La “política” convertida en ciencia, en manos de expertos y especialistas, objeto de posdoctorados. El mundo de la «cosa política» comienza.

A sus casas. Esa es la frase fundante de la tiranía. Arriba, el tirano en la Acrópolis, abajo cada uno en su casa, confiado en la voz del amo. ¿En el medio? La plaza, la plaza desierta, el campo despejado. Que cada cual se ocupe de *lo suyo*, que el líder su ocupará del *resto*. Él sabe *cómo son las cosas* que ... eran del común. La plaza desierta de ciudadanos, pero poblada de negociantes, de mercaderes. En el bullicio del bazar ya se oye el tintineo de las monedas que los Pisistrátidas pondrán en curso. Los poderosos contribuyeron a treparlo en la Acrópolis, pero a condición de que pudieran hacer sus negocios, mover sus empresas, hacer fructificar sus inversiones. Y él se dispone a hacerlo, y en grande, porque ahora sí tiene todo lo que necesita. Heródoto nos hace el recuento,

mil veces mejor que cientos de libros de politología (I 64). Ante todo, cuenta con la *obediencia* de los atenienses: gracias a ella Pisístrato se apoderó por tercera vez de Atenas. pero, gracias a las dos derrotas anteriores el tirano ha aprendido que es necesario *arraigar* (vuelve a utilizar, por tercera vez, el verbo *rhizóō*) y *expandirse*, a lo grande. *Primero* a su escuadra de maceros les suma una legión de mercenarios. *Segundo* para financiar su política interna y no tener que recurrir a estrangular con impuestos a sus súbditos, toma sus fondos de las minas de plata de Laurión y de las de oro provenientes de los alrededores del monte Pangeo, presentes en la desembocadura del Estrimón. Eso sí es arraigarse, eso sí es expandirse.

Hay otra versión de la marca, del sello fundamental con la que pone su impronta todo tirano. No obstante, ser tan bizarra no aparece (como sería de esperarse) en boca de Heródoto sino en la *Constitución de los atenienses* (15, 3-5). Para variar, también aquí hay eruditos que desconfían del relato. Por ejemplo, Barceló y Hernández de la Fuente escriben: «uno de los temas más controversiales acerca del gobierno tiránico deriva de la afirmación, avalada por Aristóteles, de que Pisístrato desarmó a los atenienses y les impuso un tributo anual de acuerdo con la productividad de las tierras de cultivo»¹⁶⁹. Ponen en duda semejante versión apoyados en dos muy razonables argumentos: (1) Heródoto y Tucídides, fuentes más cercanas al suceso, no la mencionan y (2) si fuese

¹⁶⁹ Op. cit. p.136. En la nota 77 citan como referencia *Política* 1305a ss; y especialmente el apartado 1315b ss. Sin embargo, en estos pasajes, ni en ningún otro de la *Política* se hace referencia al tema del desarme de los atenienses. El suceso en cambio sí aparece en la *Constitución de los atenienses* (15, 3-5).

cierto habría supuesto «una violación de los principios básicos de la constitución ateniense» y eso iría en contra de lo que sí expresan Heródoto y Tucídides (agrego en esto al propio Aristóteles) según los cuales el tirano gobernó «sin violar las leyes y las normas prescritas por la tradición política». A (1) anotamos que, como ya hemos visto, Aristóteles y el círculo del Liceo parece ser que consultaban otras fuentes distintas a nuestros historiadores de cabecera (los atidógrafos) y de (2) ya nos ocupamos páginas atrás, cuando mostramos que el respeto por las leyes establecidas por Pisístrato es una de las más brillantes maneras de gobernar de este tirano *político*, cosa que le aprendieron Mussolini (con el *Statuto Albertino*) y Hitler (con la constitución de Weimar): aprendieron retorcidamente a gobernar y asesinar con el “debido proceso”, teniendo la Constitución *muy en alto, para no tener que verla* (robo la frase de Stanislaw Jerzy Lec).

Así que, con estas advertencias, leamos. Hay en el ágora, cerca del gimnasio, un lugar ideal para desfiles: *el Teseón*. Allí Pisístrato se dirigió a la asamblea reunida con un tono de voz tan bajo que suscitó el reclamo de los oyentes. Propuso entonces un mejor escenario: a la entrada de la Acrópolis, su voz llegaría mejor. Mientras ganaba tiempo con una arenga a la multitud reunida y ya que allí no se podía portar armas, aprovecharon sus secuaces para recogerlas y esconderlas. Cuando el despojo estuvo concluido le hicieron señas al tirano. Pisístrato acabó entonces su discurso contándoles lo que había pasado con sus armas, tranquilizándolos al decirles que no tenían por qué asombrarse ni desanimarse. Terminó su arenga con unas palabras que definen a la perfección lo que hace que el tirano sea tirano, les dijo que: «se fueran y se ocuparan de sus cosas, que de

las comunes el cuidaría de todas». Ese es el acto central, de palabra y de obra, que hace del tirano un tirano *completo*: *corta* los estrechos vasos comunicantes que permiten definirse mutuamente tanto la región del *oïkos* como la de la *pólis*; *interrumpe* los vínculos entre *to ídion* y *to koinón*, y al hacerlo provoca una verdadera catástrofe política: reduce a la simple condición de *idiótēs* al que era, hasta ese momento un *polítēs*, un ciudadano que tiene a su disposición las armas que necesita cuando el enemigo externo invade o cuando el *interruptor* interno *dispersa e impide reunirse* a los ciudadanos. ¿Insoportable constatación? Entonces lean, vuelvan a leer la versión *light*, ya citada de Éforo, traducida magníficamente por García Gual: «y si alguno se sentaba en la plaza de mercado le multaba». ¡Circulen! O cuando el tirano así lo quiera: ¡desfilen! No son las *revueltas*¹⁷⁰ lo que pone en peligro la tiranía, son las *sentadas*. Necesitamos *scholé* para poder explicarlo. Ya viene ese tiempo propicio.

**(10) A cambio de la libertad suprimida: ofréceles
«seguridad ciudadana»**

Despidámonos del *tip* anterior con un brevísimo comentario sobre la “tenencia de armas” (como se dice en el inevitable lenguaje policivo moderno) en la antigüedad. No son dos, como podría esperarse, sino tres las *maneras de las armas* en el mundo antiguo. Para comprenderlo emplearemos un relato rico en enseñanzas, procedente, como no, de nuestro Heródoto (VI 34-36,1). Veníamos conociendo el mapa de

¹⁷⁰ Ese río revuelto cachiporras y mercenarios servirían; y si fuera insuficiente, siempre queda el plan Z: provocar la lucha fratricida que hunda a la *pólis* toda.

Grecia siguiendo a nuestros tiranos. Remontamos hacia el norte del Peloponeso, desde la Laconia y Mesenia, hasta llegar a la Argólide. Nos detuvimos en Sición y en Corinto. Penetramos en el Istmo y tuvimos tiempo para hablar de Mégara. Y, al fin, llegamos a la Atenas de Pisístrato. Ahora debemos, por la misma época, en tiempos de su primera intentona, dar el salto bien al Norte, hasta el Quersoneso tracio. De allí vienen para nuestro relato el pueblo de los doloncos. Descendieron de tales lejanías en la Propóntide hasta Delfos, para que el oráculo les aconsejara sobre cómo solucionar sus guerreros problemas. La Pitia les aconsejó que escogieran como *oikistés*¹⁷¹ de su pueblo al primero que al salir del templo les ofreciera hospitalidad. Todo fue en vano. A lo largo de la Vía Sacra que nace en Delfos y llega hasta Eleusis, nadie les ofrecía hospitalidad. Desviaron entonces su camino y llegaron así a Atenas, donde Pisístrato detentaba todo el poder (*to pânkratos*, un poder nada absoluto, como veremos a continuación). Pero Pisístrato, por más poder que tuviese, no estaba solo en la eterna competencia a la que los tiranos se ven comprometidos hasta el fin de sus días. Tenía en este caso, que no perder de vista a Milcíades, hijo de Cípselo, perteneciente a la poderosa familia de los Filaidas ¿Que Pisístrato venía de una familia de caballistas? Milcíades era *tethrippotrófos* (aquel que se da el soberano lujo de mantener tiros de cuatro caballos). ¿Que Pisístrato miraba arriba en su árbol genealógico y

¹⁷¹ “Reorganizador” traduce Schrader; “guía” es la opción de Balasch. Las notas que ambos le dedican a esta palabra aclaran porque reacomodan de esa manera, una palabra que tradicionalmente significa “colonizador”.

encontraba nombres prestigiosos? También Milcíades, puesto que era descendiente de Fileo, el hijo de Áyax. ¿Que Pisístrato tenía grandes posesiones? También Milcíades, en la costa oriental del Ática y en regiones situadas entre Eleusis y Atenas. Eleusis, donde terminaba la Vía Sacra que venía de Delfos y donde también terminaba *la otra* Vía Sacra que venía de Atenas. Por sus propiedades pasaron los decepcionados doloncos y Milcíades los vio. Era muy difícil ignorarlos: vestían de manera muy diferente y sobre todo iban *armados de lanzas*¹⁷², cuando en Atenas, portar armas, ya no se acostumbraba desde hacía mucho tiempo. Las palabras de Schrader, explicando la situación, deben colocarse en un cartel muy visible en nuestra colección de *tips* para tiranos: «debido a la *seguridad ciudadana* que reinaba en los estados griegos (particularmente en aquellos gobernados por tiranos), la costumbre de circular armado había desaparecido»¹⁷³, y remite a Tucídides I 6, para comprender el texto. ¿Y qué dice Tucídides? *In illo tempore* en que reinaba la inseguridad, en que las viviendas no estaban protegidas y en los caminos los robos eran pan de cada día, los griegos se veían en la obligación de llevar «una vida en armas» como hacían los bárbaros, nos dice. Poco a poco fue desapareciendo esa costumbre y si todavía hay regiones que viven así, es prueba de su atraso, dice Tucídides. Con orgullo anota: los atenienses fueron los primeros en abandonar el hierro y pasarse a una forma de vida más civilizada. Tres, y no dos, son entonces las *maneras de las armas* entre

¹⁷² *Aichmḗ*, es el sustantivo que designa la lanza, pero también sirve para describir a la gente guerrera.

¹⁷³ Nota 167 de la traducción de Schrader. Cursivas fuera de texto.

los griegos. *Una*, la de los que portan armas, a la manera bárbara y atrasada. *Dos*, los que no las tienen: los esclavos y los despojados de ellas, “gracias” a la *seguridad ciudadana*. *Tres*, la manera civilizada, la de aquellos que, sin portarlas, *las tienen siempre a su disposición* cuando las necesitan (en caso de invasiones o tiranías): la manera propia del ciudadano hoplita (Solón les enseñó qué es lo que hay que hacer cuando la ocasión lo amerita).

Terminemos de contar la historia de Milcíades con final feliz. Mucho provecho saca todo lector que no se fatiga a mitad de camino. El Filáida los llama rindiéndoles, con todo detalle, las maneras de la *xenia* (el trato hospitalario). Sus maneras son la señal que ellos esperaban: le revelan el significado oracular de todo esto y le ruegan que consulte a la Pitia. Feliz momento este en que todos ganan, con la bendición de Delfos. Quien busca un amo lo encuentra, lo habíamos dicho. Los doloncos encuentran su guía. Y Milcíades también gana. Se encontraba a disgusto con el régimen y quería marcharse de allí (el siempre valioso Schrader escribe una línea decisiva para todo estudioso de la teoría política: al marcharse con los doloncos «de alguna manera, recobraba su libertad política»)¹⁷⁴. Ganó también el propio Pisístrato al librarse de un incómodo rival. Milcíades cumplirá con su misión de «reorganizador» al administrar de manera «sabia» su tiranía. Su linaje formará en esa región una dinastía que rebotará reforzada en Atenas hasta llegar a “la persona más influyente de Atenas”: Cimón¹⁷⁵.

¹⁷⁴ Nota 168 de la traducción de Schrader.

¹⁷⁵ Véase sobre ello Gschnitzer, op. cit. p.125. Para la genealogía de los Filáidas véase la nota 176 de Schrader.

(11) *¿Quieres conservar la tiranía? Posa de “filántropo, suave e indulgente”, gobernando con moderación*

Y Pisístrato lo hizo a carta a cabal. *La Constitución de los atenienses* menciona esta característica de Pisístrato en por lo menos dos ocasiones, para que no quede duda (14,3; 16,2). Pero ahora, superados todos los avatares de sus intenciones para llegar al poder, una vez *instalado* en él (echando raíces y expandiendo su mundo hasta tocar las puertas de los ahora reducidos al estatuto de simples particulares) no se envalentonó con ello. Sabía que sin el estribo que le habían ofrecido los de abajo, no estaría arriba ahora. Pero ese *ahora* no duraría nada sin el apoyo de los que arriba habían estado en el poder y que *ahora* él *administraba* (*dióikei* es la palabra que se emplea constantemente en esta obra, para referirse a la *manera de gobernar* de nuestro tirano). *Apoyo* es una palabra fuerte, habría que matizarla: logró *satisfacer* los apetitos del notablato ofreciéndole a cambio un territorio y unas gentes bajo su control, con lo que podían hacer y tener lo que les interesaba: negocios y cargos. Y de eso sabía también Pisístrato junto con sus adelantados hijos. El camino *pacificado y despejado* estaba abierto a las inversiones, a los emprendimientos y las innovaciones. Ya lo habíamos visto y lo veremos ahora incrementado con ellos.

Aquí, sin embargo, nos detendremos en la faceta que sirve de fundamento a todas esas hazañas monetarias, arquitectónicas y culturales que veremos pronto. En esta faceta Pisístrato intenta saldar cuentas con una espina clavada en su corazón: fue «sabio» como Periandro, pero no pudo gobernar como Cípselo: sin escoltas. Así que pareciera que en lo que sigue de su «administración» siguiera punto por punto las maneras de gobernar de los Ortagóridas de Sición

«la tiranía que más tiempo duró»¹⁷⁶. Lo hicieron, según Aristóteles, porque eran (1) *moderados* (*metriōs*) en el trato con sus súbditos y (2) en muchas cosas se sometieron a las normas prefijadas. Clístenes, el tirano de Sición¹⁷⁷, por ejemplo, que hubiese tenido razones más que suficientes para envalentonarse con sus acciones como guerrero contra Crisa y Argos, hizo todo lo contrario: (a) agradeció a los dioses por sus triunfos y (b) jamás despreció a los demás, comportándose de la manera más prudente, siempre dispuesto a cuidar de los humildes y presto a obedecer a los jueces, aún a aquel que le negó la corona en un certamen. De esa talla era el tirano de Sición.

Así se comportará, punto por punto, Pisístrato según el relato de la *Constitución de los atenienses*. El “elogio” de la administración moderada y eficiente de Pisístrato culmina con esta frase que, menos mal, fue escrita por lo menos unos doscientos años después de la muerte de Pisístrato (por supuesto, corroborada por los relatos de Heródoto y Tucídides), porque de lo contrario la considerarían como proveniente de un áulico de su corte: «fue querido por la mayoría de los de arriba y de los de abajo. A todos sabía atraer: a unos con su gentil *trato* (*homilía*), a los otros con los auxilios que les ofrecía en sus afugias. A unos y a otros les hizo ver su mejor faceta» (16,9).

Casi no hay historiador moderno que haya logrado desprenderse de semejante panegírico. Apoyados en los testimonios

¹⁷⁶ Para lo que sigue: Aristóteles, *Política*, 1315b 12-22.

¹⁷⁷ Su hija se casará con Megacles, perteneciente al maldito linaje de los alcmeónidas. Así, por vías imprevistas, un tirano será el abuelo de otro Clístenes, el fundador de la democracia ateniense. Casi nada.

de Heródoto y de Tucídides, se entregan sin condiciones a estas páginas fraguadas en el Liceo. Si Periandro fue considerado «sabio», Pisístrato casi que bordea las fronteras de la santidad. Lean, por favor, a los historiadores que han sido nuestras fuentes y verán que no exagero. Sin embargo, los invito a volver sobre estas líneas y leerlas palabra por palabra. Quizás descubramos otra cosa. Volvamos a leer desde 16,2. Pisístrato «el bueno»: ¿respondió con rabia o furia “tiránica” a aquellos que habían cometido faltas? En manera alguna. Fue con ellos «filantrópico, suave e indulgente» (*philánthrōpos, ên kai praios kai tois hamartánousi singnōmonikós*). No uno, ni dos, sino tres calificativos en una sola frase de una “obra” tan parca en ellos que más que escrita parece telegrafada. Traduzco literalmente el adjetivo «filántropo» para que podamos confrontarlo con su uso sustantivado femenino de igual grafía: (*philánthrōpos*) que designa esa planta que al adherirse a las ropas de los que pasan a su lado merece, por esa razón, el burlón nombre de “amiga del hombre”. Con razón Pisístrato con su superlativo fue llamado «el más amigo del demo». Los tres calificativos son tan redundantes que basculan entre la melosería y el cinismo.

A los pobres –retorna el texto al tono de elogio– les prestaba dinero para que pudieran continuar labrando sus tierras. Pero de inmediato nos baja de las nubes, al decir que lo hacía por dos razones: (1) para que no se vinieran a la ciudad (ásty) y permanecieran *dispersos* en el campo y (2) para que, ocupados en sus cosas, disfrutaran con medida (*ton metrion*) de lo suyo y (a) no codiciaran [los bienes de otros] ni tuvieran tiempo (*scholázōsin*) de cuidar de las cosas del común (*tôn koinôn*). ¿Pisístrato “el buen filántropo”? Dos mil quinientos años después, con más de cuarenta años

llevando acuestas la humanidad al neoliberalismo, estamos en una “mejor” situación para comprender al prestamista balsaciano que es Pisístrato. ¿Matar de hambre a los pobres? ¿y con ello perder la gallina de los huevos de oro del floreciente negocio del endeudamiento progresivo? Cobraba, nos dice el texto, de lo que se cultivaba, el *diezmo* (16,4-5. O el *vigésimo* si le creemos a Tucídides VI, 54). Los tiranos corintios cobraban peaje, el tirano ateniense el diezmo. ¿Pisístrato el “santo”, *suave e indulgente* juez?

Descentralizó la justicia, llevándola a todos los rincones del Ática. Él mismo no se quedó encerrado en su palacio, sino que fue hasta las más recónditas regiones, impartiendo justicia, amigable componedor en afrentas y discordias (16,5). Repito, si no fuera por los doscientos años que median entre nuestro tirano y el relato que seguimos, habría que decir: propaganda de la corte. Pero los del Liceo vuelven de inmediato a bajarnos de las nubes: vigilar (*epískopôn*) y reconciliar (*dialýōn*), *in loco*, como dicen ahora los entendidos, pero para cumplir con la profunda misión del tirano: que *circulen* los súbditos de la ciudad y que se mantengan *dispersos* los campesinos: lo hacía con el propósito de que no descuidasen sus labores por tener que ir a la ciudad –*to ásty*– para hacer sus reclamos.

Dos anécdotas pretenden mostrar el talante del “justo” Pisístrato, pero al hacerlo, revelan sus entrañas. En la *primera*, Pisístrato el “justo y bueno”, en sus correrías de gobernanza se encontró con un campesino que labraba –es un decir– el ingrato pedregal (*pantelôs pétras*). Admirado por el esfuerzo del pobre campesino mandó a un esclavo para que le preguntara «qué se criaba» en tan inhóspito lugar. La respuesta, por la que pasan rápidamente los

historiadores que defienden al “justo y bueno” de Pisístrato, resume en una breve línea, todo el dolor, todo el sufrimiento del campesino pobre de la época: «males y sufrimientos» fue la terrible respuesta que el campesino completó con una sorda protesta «y de esto Pisístrato cobrará el diezmo» (16,6). Los historiadores olvidan pronto esta espantosa línea, para abreviar, regodeándose, en las muy hagiográficas palabras con las que culminan la panegírica historia. ¿Reaccionó “tiránicamente” (de manera *violenta* como el estereotipo errado del tirano arcaico manda) el pío y justo Pisístrato? En manera alguna, nos dicen, los conmovidos historiadores modernos. Admirado por la franqueza (*parrēsía* una de las palabras más bella de la lengua griega, para designar con ella la *palabra libre*) del por desgracia anónimo labrador, pero también por su entrega a la labor, el tirano lo eximió de todo tributo. Anónimo el campesino, la posteridad hizo bien entonces en recordar su acto llamando al sitio: *campo liberado de cargas* (*chōrion atelés*) en el Himeto. Pero el relato, como casi siempre pasa, no sigue al humilde, sino al gobernante, para concluir que a la masa (*to plēthos*) no le importaba que fuese tirano, porque les dio tanta *paz y tranquilidad* (*eirēnen kai etērei ten hēsychían*) que llamaron a su tiranía «la edad de Crono» (16,7), una felicísima edad de oro de paz y tranquilidad. Lean, por favor, a nuestros historiadores modernos: nunca dejan de citar, emocionados, este título, como irrefutable prueba del gobierno “sabio, justo y pío” de Pisístrato.

Por si las dudas, hay una *segunda* anécdota que parece cerrar con broche de oro el encomio de Pisístrato con el que comenzamos este *tip moderado*. Quería Pisístrato, se nos dice, que todo se hiciera según las normas preestablecidas,

sin hacer concesión alguna a su rango y condición. Tanto fue así que, cuando una vez resultó acusado de homicidio (¿él, asesino?) ante el Areópago, el tirano mismo acudió al venerable tribunal, despojado de toda prerrogativa. ¿Cuál fue el resultado del juicio? No lo hubo, por cuanto que «el acusador, atemorizado (*phobētheis*) se retiró» (16,8). ¿Cómo? El filantrópico, suave y dulce tirano que reparte a sus súbditos a manos llenas, paz y tranquilidad, cual Crono encarnado, ¿capaz de infundir *temor*?

Al comienzo de nuestro recorrido por esta faceta, buena y justa del tirano, decíamos que «*casi* no hay historiador moderno que haya logrado desprenderse» de esta cara pía de Pisístrato. Debo decir que por fortuna conozco *uno* que protestó: Sir Moses Finley, en por lo menos dos ocasiones. En la *primera*¹⁷⁸, por supuesto sin negar la fama de administrador comedido que le viene desde Heródoto y que confirma el círculo del Liceo unos doscientos años después, de un tirano que gobierna de acuerdo con la legislación soloniana «salvo¹⁷⁹ procurar que los arcontes elegidos anualmente pertenecieran a su familia o fuesen uno de sus partidarios»¹⁸⁰. Sí, gobernó de acuerdo con las normas

¹⁷⁸ *La Grecia primitiva*, p.142-3. Cito por la edición revisada de 1981, traducida en 1983. La edición inglesa original es de 1970.

¹⁷⁹ Casi nada, pensamos nosotros los que vivimos en el siglo XXI, un siglo en que los gobernantes dicen respetar de la misma manera la separación de poderes.

¹⁸⁰ El muy mencionado fragmento de la lista oficial de los arcontes anuales en Atenas es una mina de información (*Inscripciones históricas griegas*, número 6=23F). Dos de los nombres reconstruidos por los especialistas, *por un lado*, confirman la afirmación de Finley: allí están Pisístrato y su hijo Hipias. Pero, *por otro lado*, aparecen también los nombres de Clístenes y Milcíades. Es decir, los repre-

establecidas, dice Finley, pero para enseguida alertar «no debemos interpretar esto con ingenuidad, aunque la afirmación sea sin duda correcta como hecho escueto». Ingenuos, no. Para llegar a administrar a los atenienses de esa manera, lo hemos visto paso a paso y Finley lo resume, Pisístrato *primero* tuvo que juntar todo el apoyo que pudo dentro y fuera (garroteros, mercenarios, servidores voluntarios de un lado y tiranos aliados de otro); *segundo*, tuvo que proveerse de fondos que sacó de las minas de oro y plata; *tercero* tuvo que vencer a sus enemigos en la batalla. Así, dice Finley «sus enemigos irreconciliables recibieron la muerte o el exilio». *Cuarto*, agregamos nosotros, acabó de facto con su ciudadanía, mandándolos a que se ocuparan de sus cosas en sus casas o se mantuvieran dispersos en el campo. Protegido de este modo, concluye duramente Finley «Pisístrato pudo permitirse el lujo de que siguieran funcionando la asamblea, el consejo, los magistrados y los tribunales, incluso el Consejo del Areópago. Por otra parte, nadie podía obligarle a gobernar “constitucionalmente”. Si lo hizo fue porque quiso, y ello nos demuestra su inteligencia política ...». Si, de verdad, no hay que ser tan ingenuos.

La *segunda* ocasión es un memorable pasaje en que el profesor de Cambridge comenta la anécdota del tirano

sentantes de dos de las más poderosas estirpes de Atenas con las que el tirano debía hacer acuerdos y pactar componendas si quería *durar* en su mandato para nada absoluto. El nombre de Clístenes, el alcmeónida, mostraría que los intentos posteriores de su linaje por desligarse de la tiranía no son más que fallidos intentos por “lavar” su prestigio desvinculándolo de toda relación con el periodo de la tiranía, acotan los estudiosos.

bueno cuando fue acusado ante el Areópago¹⁸¹ y que fue contada por Aristóteles (en el pasaje ya mencionado de la *Constitución de los atenienses*, 16,8). En esta ocasión Finley se desata. Ha seguido con paciencia infinita lo que ya llamó «el hecho escueto» de la forma contenida con que mandó Pisístrato (por supuesto después de asesinar y exiliar a sus enemigos y reducir a la condición de súbditos a los atenienses que se quedaron). Pero llegado a este punto, a la cereza del pastel, se niega a la melosería, y con rabioso humor comenta la escena del asustado acusador que desiste de la denuncia ante la sola presencia del tirano, diciendo que aquí Aristóteles: «se permitió el único chiste que conozco en el corpus íntegro de sus obras conservadas». Mientras los demás historiadores pomposamente quieren ver cómo este pasaje confirma la elegía al tirano bueno que han venido ratificando, Finley se niega a seguirlos en tamaña interpretación. No sin sobrada amargura cierra el asunto con esta frase lapidaria: «la libertad bajo una tiranía no es un tema de discusión provechoso»¹⁸².

Nosotros aquí en el seminario, que habíamos vuelto palabra por palabra sobre todo el pasaje, no nos reímos solo de este

¹⁸¹ En uno de sus ensayos más brillantes, si cabe: *La libertad del ciudadano en el mundo griego* (1976) contenido en *La Grecia antigua*, una recopilación de sus estudios sobre economía y sociedad. Cito por la traducción de 1984, p. 110.

¹⁸² Quien esto escribió lo había aprendido en carne propia. Durante los tiempos oscuros del macartismo fue despedido de su cátedra universitaria, y citado ante un comité del Senado, se negó a responder acogiéndose a la 5ª enmienda. Se le cerraron entonces toda oportunidad de trabajar en su propia patria. Tuvo que emigrar a Inglaterra. Allí se convirtió en el más brillante investigador en el mundo sobre la economía y la sociedad en el mundo antiguo.

chiste de Aristóteles, sino que aún creemos escuchar las risas de sus alumnos al burlarse de *todo el “encomio”*. No nos hacemos ilusiones. Nosotros también vamos de despedida. «Era muy moderado [...] además de no ser injusto y brutal en el trato» dijo de Periandro el tantas veces citado aquí Éforo. De Pisístrato decimos lo mismo, solo que ya hemos mirado debajo de la alfombra.

(12) *Aprende de los Pisistrátidas: recupera el espacio “público” (para tu propio beneficio)*

Empotrado al fin en el mando ahora le toca dedicarse a administrarlo. Y una administración eficiente, innovadora y emprendedora es la que desata Pisístrato en todas las direcciones. «La edad de Crono» comienza con la tierra de los campesinos arruinados: un sistema de préstamos al pequeño campesino por este “buen tirano” rentista, con el que pretenderá *filantrópicamente* ayudarlos a sobrellevar el fantasma de la ruina, librando al pobre de tener que acudir, por enésima vez al “amito” terrateniente de la localidad. “Refinanciados” así, el tirano les propondrá impulsar con fervor la siembra del olivo. ¿Pero, qué es la tierra sin el agua? Y el agua está controlada por los terratenientes en los pozos de sus propiedades. *Estaba* porque *ahora* el emprendedor Pisístrato reemplazará los pozos privados por una fuente pública. Iniciará un vasto programa de obras públicas que den trabajo al artesanado precarizado de la ciudad y de paso rompa su dependencia del capricho y la expropiación de los ricos ciudadanos. Apoyará sin descanso el relevo de la cerámica corintia de figuras rojas con la muy ateniense y exquisita cerámica de figuras negras. Él y sus hijos llevarán esta artística invención más allá de las tradicionales fronteras: llegarán a Siria por el Oriente, y a eso que hoy

llamamos España, por el Occidente. ¿Pero cómo expandir el comercio sin alianzas? Pisístrato creará una verdadera Internacional de tiranos, tomando como punta de lanza a Lígdamis en Naxos y a Polícrates en Samos. Retomará también la eterna lucha por recuperar puertos estratégicos de avanzada. La reconquista de Sigeo será su triunfo más destacado. Sigeo, en plena entrada al Helesponto. No nos cansamos de subrayar su importancia para la historia de Atenas en los más de cien años venideros. Si puso a circular a los ahora convertidos en simples particulares en la ciudad, pondrá ahora también a circular sus mercancías por un mundo cada vez más ancho, con la moneda ateniense. Sus hijos le imprimirán su propia concepción hasta convertirla en la más afamada moneda antigua de su tiempo.

Pero el tirano y sus hijos saben que todo ello debe ser, si son aprovechados discípulos de Periandro, tan solo *una* faceta de su gobierno. La otra debe ser la cultural (con ella también se pueden hacer negocios y de los buenos) ¿Hay una rama de lo que ahora llamamos Épica, Lírica y Tragedia, en la que estos cultos tiranos no hayan dejado huella? Son los editores de Homero y los impulsores del embrión de la tragedia griega al colocar los cantos corales en el corazón de los grandes festivales de Atenas, por ellos promovidos: las Grandes Dionisias y las Panateneas. Todo tirano culto que se respete tiene su poeta de corte: en la de los Pisistrátidas brilló Anacreonte de Teos. ¿Algo más por decir? ¿Algo que no sea colocar a todo ello una placa conmemorativa que diga, y así, «la ciudad floreció culturalmente»?¹⁸³.

¹⁸³ Tomo la frase entre comillas de Hans Rupprecht Goette. El contexto de dicha frase dice: «Entre el 560 y el 510 a.C los Pisistrátidas, una

¿Exageración? Para nada. Dos ejemplos situados en dos extremos del tiempo nos servirán de apretado resumen. *Primero*, por supuesto nuestro Pausanias. Nuestro guía antiguo está a la entrada de la Acrópolis contemplando las Cárites «que dicen» (cosa que mis alumnos pegados a los manuales de texto suprimen) esculpió Sócrates (ahora sabemos que semejante atribución es falsa), sí, aquel por el que la Pitia dio testimonio de ser “el más sabio de los hombres”. Y claro, a él, enloquecido de alegría por todo lo que está viendo, le importa un bledo la continuidad de su escrito. Por eso nos brinda otra de sus adoradas digresiones. Menciona junto al filósofo ateniense a Anacarsis y, claro, por supuesto, la tradición de los Siete sabios. En ella menciona explícitamente al «tirano de Lesbos» y a Periandro, conocidos ya por nosotros. Pero nuestro Pausanias no puede dejar de expresar su opinión: sí, nos dice, todo eso vaya y venga, pero nadie como Pisístrato y su hijo Hipias, que fueron más humanos y sabios (*philánthrōpoi mállon*) que todos ellos, tanto en la guerra como en el ordenamiento de la *pólis* (*kósmōn tōn polítōn*). Casi nada. Que los otros mencionen a los Siete. Para nuestro viajero, en la Grecia de la conquista romana, nadie como Pisístrato y su hijo¹⁸⁴.

Damos un salto de siglos y nos encontramos con este juicio, proveniente de una de las más connotadas expertas en el

noble familia procedente del Brauron gobernaron Atenas como “tiranos” (las comillas las justifica Goette con una puesta entre paréntesis tan peculiar que lo dice todo: =single ruler, not pejorative. And the city blossomed culturally) ». Op. cit. p.2.

¹⁸⁴ Pausanias, *Descripción de Grecia*, I 22,8-23, 1. Semejante juicio tiene un contexto: el emperador Adriano y su labor urbanística en suelo ateniense. Ya nos encontraremos con ello.

mundo antiguo, Claude Mossé: «... la tradición ha guardado unánimemente el recuerdo de la *benevolencia* del tirano, de su *moderación* en el ejercicio del poder y de sus *bondadosas* acciones [...] mientras que Pisístrato, por su propia voluntad, quiso llevar la vida de un sencillo ciudadano de a pie, sus hijos se rodearon de una corte deslumbrante, atrayendo a Atenas a poetas, escritores y artistas»¹⁸⁵. ¡Ah, *edad de Crono*, la de los Pisistrátidas! ¿De verdad?

Segundo ejemplo: volvamos a nuestra placa conmemorativa extraída de Hans Rupprecht Goette: «y la ciudad floreció culturalmente». Lo de que “floreció culturalmente”, no hay duda. Pero los invito a fijarse en el comienzo: «la ciudad» y es que hasta el momento no hemos hablado de otro gigantesco acontecimiento provocado por los Pisistrátidas: «el *boom* de la construcción» en Atenas¹⁸⁶. Y aquí está, otra vez, la oportunidad para manifestar mi oposición a la traducción de *pólis* por *ciudad* (y sí que menos por *Estado* y sus combinaciones). Ya hace mucho tiempo hablamos de esos tiempos arcaicos en que gracias al sinecismo los atenienses lograron configurar una comunidad política propia designada por ellos bajo el nombre de *pólis*. Pero *en esos tiempos* no había, dicen los expertos en urbanística, una población cerrada, urbana, que pudiera calificarse de *ciudad*. Al menos, nos dice Kolb, en el siglo VII lo que había era «solamente un

¹⁸⁵ Cursivas fuera de texto. *Historia de una Democracia: Atenas*. Akal, 1987, pp. 22 y 25. Por supuesto, la erudita aclara: «la tradición». Para entender todo esto ella tiene otro gran libro: *La Tyrannie dans la Grece antique*. París, PUF, 1969.

¹⁸⁶ Tomo estas palabras de Frank Kolb, experto en urbanística antigua. En todo lo que sigue me guío por su libro *La ciudad en la antigüedad*, Gredos, Madrid, 1992.

número de pueblos separados y sin fortificar». Por supuesto que tenían su Acrópolis como centro político y religioso, «pero todavía no se puede hablar de una población urbana». ¿Cuándo, entonces, podemos hablar de la ciudad (*ásty*) de Atenas en sentido estricto? Solo hasta principios del siglo V, donde *comenzarán* a existir «indicios completamente seguros de que Atenas sea una ciudad». Indicios seguros sí. Certeza de que Atenas ostenta de manera segura un carácter urbano, solo con Pericles. La muralla antigua no es la muralla medieval. Las murallas de la fortaleza antigua «no cercaban ni limitaban un núcleo de población». Continúen ustedes leyendo a Kolb y sus razones¹⁸⁷. Aquí me interesa llamar la atención sobre un punto de inflexión decisivo en la larga y gradual configuración de un espacio urbanístico llamado «la ciudad (*ásty*) de Atenas». Ese punto de inflexión es el *boom* de la construcción emprendido por los Pisistrátidas: «el gran templo de Atenea en la Acrópolis, un acueducto, unas hermosas fuentes y el gigantesco e inconcluso templo de Zeus Olímpico, además de varios edificios del santuario de Deméter en Eleusis»¹⁸⁸. Esa es la lista de Kolb, y la de la mayoría de los historiadores modernos, con ligeras variaciones. Todos ellos, Kolb, por supuesto incluido, no dejan de señalar las serias dificultades para datar cada una de esas

¹⁸⁷ Los remito encarecidamente al capítulo: «Pólis» y *ciudad en la Grecia arcaica y clásica*, op cit. p. 60 y ss. El tema es un campo dinamitado por todas partes: urbanistas, arqueólogos, historiadores, se trenzan en él, en una disputa que no acaba. Mogens Herman Hansen le ha dedicado un capítulo (y toda una vida y obra) a tan espinosa cuestión mostrando otras vías de acceso al tema (*Polis as City in the Archaic Period*) en su libro *Polis. An Introduction to the Ancient Greek City-State*, Oxford University Press, 2006, pp: 98-100.

¹⁸⁸ Op. cit. p. 67.

construcciones e incluso determinar con relativa exactitud su ubicación y valoraciones arquitectónicas. No obstante, todas esas limitaciones y salvedades, de las que los expertos son extremadamente conscientes, aceptan sin dudar, que se puede al menos afirmar que con los Pisistrátidas comenzó la “carrera como centro urbano” de Atenas.

«Florecimiento cultural», sí. Pero inmerso en un contexto urbanístico. *Cultura* (con la K de los alemanes) y *Civilización* (con la C de los ingleses). Y entre ellas, atando los cabos los Pisistrátidas, que no dan puntada sin dedal. Veamos un poco con detenimiento algunas de esas construcciones para entender el por qué. Comencemos por arriba, por la Acrópolis, cuya apariencia tuvo muchos cambios bajo el liderazgo de los Pisistrátidas¹⁸⁹. Antes que todo, el antiguo templo de Atenea, que abrigó tal vez la figura de culto de Atenea Poliade. *Antiguo* porque será destruido por los persas en el 480 a.C. Algunos de sus restos serán utilizados por los atenienses para la pared norte de la Acrópolis a fin de recordar la destrucción persa y también para completar los escalones que conducen al Partenón. Intervinieron también la muralla de la ciudadela y su entrada. En la esquina Sureste hay un altar y un santuario para Atenea Nike vinculado a la familia de los Pisistrátidas y a las fiestas de las Panateneas (inauguradas ca. 566 a.C.). También allí, no mencionados en la lista de Kolb y tampoco en la de muchos especialistas, pero suficientemente descritos y subrayada su importancia, el santuario de Ártemis

¹⁸⁹ Recuerden que mis guías son Pausanias en la antigüedad: *Descripción de Grecia*, I 20-28; y Goette en nuestros tiempos. Sobre el antiguo templo de Atenea ver, en el libro de Goette, las pp. 9 y 25 y los planos 5 y 6 que permiten su ubicación en la Acrópolis. Uso también sus palabras, fáciles de recuperar en el texto.

Brauronia¹⁹⁰, ya hemos mencionado que los Pisistrátidas provenían del demo de Braurón, a unos 20 kilómetros al sur de Maratón, región memorable, nos dice Pausanias (I 33,1) porque allí desembarcó la mitológica Ifigenia, hija de Agamenón, huyendo de los tauros. Llegó trayendo consigo la imagen (*ágalma*) de la diosa. Pero al partir dejó la reverenciada imagen, provocando que en torno a ella surgiera el culto a Ártemis táurica. Los Pisistrátidas llevaron a la Acrópolis de Atenas el culto a «su diosa como parte de un programa de centralización religiosa y cultural» (Goette).

Para descender de la Acrópolis al ágora tenemos un testimonio impagable y digno de atención –puesto en palabras por Tucídides (VI 54,6-7)– por todas las facetas de investigación que de él se desprenden. Por ejemplo, el historiador nos dice que efectivamente el tirano, una vez alcanzado el mando, gobernó la *pólis* «según las normas (*nómois*) preexistentes», pero hace esta sabia excepción que alguno que otro historiador “olvida” en un momentáneo ataque de amnesia: no obstante, Pisístrato se cuidaba la espalda haciendo que uno de los suyos (familiares o momentáneos aliados) ocupara uno de los cargos de dirección de la *pólis*. Que lo logró ampliamente, ya lo hemos mencionado, lo prueba la lista de arcontes del periodo de la tiranía de Hipias, el hijo de Pisístrato. Tucídides mismo, en el pasaje que estamos comentando, nos da un ejemplo: el del nieto de nuestro tirano, hijo del tirano Hipias y que llevaba el nombre de su abuelo. Durante su arcontado (ca. 522 - 1 a.C.) dedicó en el ágora, tanto el altar de los Doce Dioses,

¹⁹⁰ Pausanias op. cit. I 23, 7; Goette pp. 9, 24 y 221. Nuevamente la Fig. 6.8 nos ayuda a ubicarlo.

como el santuario para Apolo Pitio. El primero corrió igual suerte que el antiguo templo de Atenea: será destruido por los persas. Pero volverá a ser reconstruido y ampliado¹⁹¹ ca. 425 a.C. El segundo, el de Apolo Pitio, mereció que nuestro historiador mencionara que pudo leer, aún en su época, la inscripción de su dedicatoria donde dice que fue realizada por «Pisístrato, hijo de Hípias»¹⁹². Cerca al Odeón de Atenas (las señas son de Pausanias, I 14,1) hay una fuente (*krēne*) llamada Eneacrunos (*enneákrounon*), adornada por Pisístrato. Pausanias nos advierte: no confundan, no se trata de un pozo (*phréata*), pues de estos hay por toda la *pólis*, ésta a la que me refiero es «la única fuente (pēgē)»¹⁹³. Tenemos que hablar también de todo un “elefante blanco”: el *Olimpio*, situado en el área urbana al suroriente del ágora. Fue *comenzado* por los Pisistrátidas ca. 530 a.C., y planeado por ellos como una enorme construcción en estilo jónico, pero que, al derrumbarse la tiranía sus proyectos arquitectónicos fueron abandonados por la nueva forma de

¹⁹¹ Nos tranquiliza así Torres Esbarranch en la muy rica en datos nota 134 al pasaje en cuestión.

¹⁹² La conmovedora nota 135 de Torres Esbarranch nos dice que tal inscripción se encontró efectivamente en 1877 junto al río Iliso y que está para ser contemplada por los modernos viajeros en el Museo Epigráfico de Atenas. Es entonces, nos dice el erudito español, una de las tantas pruebas que tenemos de un Tucídides documentándose no solo en fuentes escritas sino en testimonios epigráficos.

¹⁹³ *Enneákrounon*, es decir “la casa de los nueve canalones”. Sigo a Goette que vierte al inglés *water spouts* (*spouts*, usado como término técnico en arquitectura significa *canalón*). Sobre la *Casa de la Fuente*, oriental y occidental, ver pp. 85 y 86, y los planos 20 y 21. La nota 82 de María Cruz Herrero Ingelmo a este pasaje de Pausanias nos ayuda a mantenernos en la duda sobre su identificación y características.

gobierno que detuvo todo lo que llevara el sello de la tiranía y se concentró en nuevos edificios en la Acrópolis¹⁹⁴. Se trata entonces del *segundo* gran ejemplo de medidas que el nuevo gobierno tomó para borrar de la faz de la tierra todo aquello que oliera a tiranía. El *primero* es el ya comentado «diezmo» de Pisístrato. Con él los atenienses estuvieron a tan solo un paso de provocar el cambio de la *oikonomía* antigua, asunto “privado”, como diríamos ahora, al moderno concepto de hacienda *pública*. Concepto este último inimaginable en el mundo antiguo. Jamás un *oikodespótēs* estaría de acuerdo en que el «Estado» le administrara lo que por definición es única y absolutamente *suyo* y sí que menos que de lo *suyo* tomara el «Estado» una parte en forma de *impuestos* dizque para financiar el “gasto público” y la “administración” (burocracia). Ya vimos como en la Grecia antigua los *cargos* eran eso: una *carga* que debía financiar de *su* parte aquel que tenía el honor de ostentar dicho *cargo*. El resto vendrá de propiedades comunales como las minas de oro y plata, o de “tributos” de los aliados y expoliación de pueblos extranjeros, pero jamás de “impuestos” pagados por los ciudadanos. El tema, en su faceta económica, supera el propósito de esta charla sobre teoría política. Un ejemplo basta aquí. Finley trata el tema con inesperado humor (¿cómo hablar seriamente cuando se mete en un mismo saco a Aristófanes junto con los impuestos?). «En todo el catálogo de quejas que Aristófanes es capaz de recoger», ni una sola vez, el campesino o el ciudadano de sus obras «refunfuña de sus impuestos». Un ejemplo, tan solo uno, se le viene a la mente a Finley, el lamento que aún no cesa con el paso de los siglos, del pobre campesino que se queja por tener

¹⁹⁴ Sigo como siempre al pie de la letra a Goette, p.100.

que extraer de su tierra, rica en piedras, el «diezmo» que ha de pagar al tirano. Ese «diezmo», nos recuerda Finley, fue abolido «tan pronto se eliminó la tiranía». Y en otro lugar nos recuerda que los costos del gobierno eran pagados *casi* enteramente por las clases ricas o por los tributos de los súbditos externos. Para los griegos del mundo antiguo, nos dice, toda contribución directa sobre la propiedad o la persona eran «señal de tiranía» y por ello tanto la oligarquía como la democracia la rechazaron¹⁹⁵.

Punto a parte también pusieron los atenienses a esta gran empresa emprendida por los tiranos. Serán necesarios más de seis siglos para que el templo de Zeus Olímpico pueda ser inaugurado, en el año 131 d.C., por el emperador Adriano. ¿Cómo haría nuestro buen Pausanias para justificar que *su* emperador terminara (¡al fin!) una construcción emprendida por tiranos? ¿Quizás haciendo de Pisístrato el tirano bueno y justo, superior en sabiduría a los mismísimos Siete sabios? Quedan finalmente por mencionar los trabajos acometidos por los Pisistrátidas en el santuario de Deméter en Eleusis. Fue bajo su gobierno que el santo culto a Deméter se difundió por toda Grecia, afirma Goette. Sobre sus trabajos, tanto en el Telesterión, como en la muralla que rodea el templo, a él me remito. Yo por mi parte, igual que hizo Pausanias cuando llegó a este punto, callo. El sueño que tuvo Pausanias pesa también sobre mi boca¹⁹⁶.

¹⁹⁵ *La Grecia antigua*, p.119 y *El nacimiento de la política*, p.49.

¹⁹⁶ Sobre el santuario de Eleusis y los trabajos de los Pisistrátidas realizados allí, remito a la obra de Goette, pp. 270 – 279. Para el sueño de Pausanias a él mismo envió: I 38,7. Agradezco a la fraternidad *Johann G. A. Forster* que me permitió, hace un año, *hablar de por qué no se debe hablar* cuando de los Misterios Eleusinos se trata.

Recojamos el ramillete de construcciones efectuadas por los Pisistrátidas. *Topográficamente* apuntan a dos núcleos urbanísticos de tensión que irán definiéndose mutuamente: la Acrópolis y el ágora. *Culturalmente* recorren todas las ramas de la religión griega del momento: los dioses (doce) “oficiales”, con Zeus, Atenea y Apolo como tríada central, pero también una divinidad “rebelde” que termina por ser atraída a la ciudad: *Diónysos*¹⁹⁷. Toda una corriente continua controlada y puesta al servicio de los intereses de los tiranos, por diferentes medios: un templo en la Acrópolis para *su* Ártemis; las grandes Dionisias, para el evoé báquico y Eleusis convertido en el más grande centro de peregrinación misteriosa de toda Grecia.

Al fin hemos puesto la abigarrada alfombra tejida por los Pisistrátidas, en la que los hilos económicos (tierra, agua, artesanía, comercio ultramarino y alianzas) se entretrejen con los hilos culturales (Homero, la Lírica y la Tragedia) y los hilos religiosos como los que acabamos de ver, todo ello puesto al servicio de los intereses de la tiranía. Especifiquemos aún más: ¿Con qué propósito? Buscaban, en palabras tan breves como certeras de Kolb: «La debilitación de las demás familias aristocráticas y la completa destrucción de sus zonas de dominio regional». En el primer grupo de charlas que dimos sobre la democracia de los atenienses, nos ocupamos de la *primera desgracia* (en un primer esbozo): la *stásis* y de la forma de gobierno llamada aristocracia/oligarquía. Allí vimos como los de

¹⁹⁷ Semejante aventura religiosa es estudiada de manera magistral por Marcel Detienne en la obra: *Dioniso a cielo abierto: los mitos del dios griego del desenfreno*, Barcelona, Gedisa, 2003.

arriba tejieron hilos de explotación, dominio y sujeción de los de *abajo* en todas las facetas de la vida. *Control* sobre las tierras, monopolizando para ellos las mejores, dejando el pobre resto a una amplia gama de campesinos arruinados, obligados a llevar una vida de mera supervivencia. *Control* sobre los artesanos, endeudados hasta la inanición. *Control* sobre el comercio interno y externo. *Control* sobre la religión y el culto. *Control*, en fin, sobre el gobierno. ¿Qué hicieron, con los aristócratas atenienses, Pisístrato y sus hijos? Rompieron una a una esas cadenas de dependencia y forjaron unas nuevas con las que hicieron que los de abajo cambiaran de collar del amo. ¿Agobiados por las deudas con los poderosos? Ya no había que acudir a ellos, el filantrópico tirano rentista les ofrecía “refinanciar” la deuda con préstamos más holgados, a cambio de tener que pagar un diezmo. ¿Qué los preciados pozos estaban bajo el control de poderosas familias? El tirano les ofrecía una fuente “pública”. ¿Mercados reducidos y dependientes? El tirano amplía los cultivos, abarata el grano que importa gracias a la reconquista de Sigeo, y facilita la exportación de su recién nacida cerámica a nuevos mercados, que reciben, ya no una moneda provinciana que lleva en su sello la marca de un linaje particular, sino una moneda de plata internacional, de buen recibo en todas partes, con el escudo de la lechuga. ¿Dioses tutelares bajo el control de géneros aristocráticos? Dioses para todos los gustos, en todos los lugares. ¿Cultura hacia dentro de las casas de los poderosos que se regodean en su auto elogio narciso? Cultura para todos en las grandes Dionisias y en las Panateneas. ¿Ir, en caso de afrenta, a la justicia regional del “amito” poderoso? Ahora el tirano bueno desciende de la Acrópolis para llevar *su* justicia a las más apartadas regiones.

¡Qué edad, esta de Crono! ¿La Acrópolis? Que sea para todos los ... *súbditos* del tirano, que mora, junto a su círculo íntimo, en exclusividad, en ella. ¿El ágora? Desde Solón ya no se empleaba para enterramientos y otros edificios de poderosos, ahora queda *despejada*, libre para *circular* o *mercadear* ¿y el ágora como centro de reunión de ciudadanos? ¿Para qué volver a reunirse allí, si de los asuntos del común ahora se ocupa el tirano? ¿El ágora despejada? Sí, pero no *completamente*. Todavía hay focos de “resistencia” para el despeje total. Zonas completas del ágora se encuentran “invadidas”, “ocupadas”, pero no por los *sintecho* de hoy, sino por los de siempre: los notables. Noble y rico que se respete quiere *distinguirse* (de verdad, qué haríamos sin Bourdieu) teniendo no una casa sino por lo menos dos. Una en la ciudad y otra en el campo. En la ciudad para su vida económica y política. En el campo para su disfrute y para vigilar más de cerca sus tierras. En la ciudad se nace y se vive ejerciendo su notablato, por eso es por lo que también quiere ser enterrado allí, en ese panteón de los suyos, con los suyos. Casa y cementerios citadinos, en ambos, en la vida y en la muerte, luchando siempre por distinguirse, por sobresalir.

Ya hemos visto, siguiendo a Kolb, que desde Solón (aquel que limitó la pompa y circunstancia de los funerales aristocráticos) se comenzó a prohibir esos *cementerios centrales* de los poderosos en el área del ágora. Pero fue Hippias, tirano hijo de tirano, quien completó el cuadro despejando por completo el área del ágora, al delimitar, gracias a una serie de medidas tomadas por él, un espacio “público”. Es decir que prolongó hasta el extremo las acciones tomadas por su padre: “estartazos” económicos, “floreCIMIENTO cultural”,

“boom de la construcción”, hasta una verdadera «reforma urbanística» que terminará por establecer en Atenas, la llamada por Longo «ciudad del tirano»¹⁹⁸. Fue E. Greco, así lo reconoce Longo, quien precisó y amplió el horizonte de investigación en estos temas, al colocar «el boom de la construcción» en un contexto mucho más amplio: el de «el espacio urbano como espacio público». Contexto de amplio espectro que le permite reconsiderar fenómenos urbanísticos que van desde la prohibición de sepultar *dentro* del perímetro urbano, hasta la construcción de un recinto amurallado (*períbolos*) que rodeaba la ciudad y que puede ser fechado en la época de los hijos de Pisístrato¹⁹⁹, Pero es Longo quien, sobre ese fundamento inicial de Greco, pone el dedo en un pasaje «inadecuadamente evaluado o directamente ignorado» del *Económico*, que la tradición atribuye a Aristóteles, pero que en realidad debe ser atribuido al círculo peripatético²⁰⁰.

El texto Pseudoaristotélico menciona cuatro ejemplos de «medidas extraordinarias» que Hipias tomó a fin de

¹⁹⁸ A partir de aquí sigo con admiración el espléndido ensayo del gran Oddone Longo, titulado *La condonación del tirano. Política urbanística de los Pisistrátidas* (1988), contenido en su obra: *El universo de los griegos*, Barcelona, Acantilado, 2009, pp. 376 - 394.

¹⁹⁹ Será reconstruido de emergencia por Temístocles, al final de la guerra contra los persas.

²⁰⁰ Longo remite al capítulo 4 del libro II. La nota 4 no precisa el pasaje. Stella Mastrangelo, la traductora de Longo declara haber utilizado la versión de Manuela García Valdés, Madrid, Gredos, 2000. A ella nos ceñimos ampliando la referencia a la totalidad de las cuatro intervenciones atribuidas a Hipias durante su gobierno. Ofrecemos entonces la cita completa: 1347a 4 y ss.

«procurarse fondos» durante su gobierno²⁰¹. De las cuatro, Longo cita las tres primeras medidas. La *segunda* la califica de «especie de anticipo de impuesto sustitutivo de las liturgias»²⁰². La *tercera* es el tantas veces citado caso de la revolución numismática de los Pisistrátidas con la que le arrebataron otro campo más de control a las linajudas familias de Atenas. Un cambio fechable por Longo en la época de Hipias (515-514/511-510) con la que sustituyó los cuños nobiliarios ([*Wappenmünzen*: “monedas con escudo”]) -en los que la *cara* mostraba el sello de la estirpe poderosa: bucráneo, caballo, jarra; la *cruz*, tenía un cuadrado hundido- por «una auténtica moneda estatal» (en la *cara*, la lechuza, en la *cruz*, la diosa Atenea). Pero es la *primera* medida a la que con razón le dedica toda su atención el profesor emérito de la Universidad de Padua. Se trata de la puesta en venta de todo aquello que en las casas citadinas invadiera «las

²⁰¹ Las palabras entrecorilladas las tomo del acertado título que da Manuela García Valdés al Capítulo Segundo del libro II de los *Económicos*. Longo menciona tres medidas. La cuarta se refiere al “aporte” que se le debía dar a la sacerdotisa del templo de Atenea en la Acrópolis por nacimientos y defunciones. Obviamente esta cuarta medida no la considera Longo, concentrado en las medidas urbanísticas. Pido, no obstante, que la retengamos para su uso en otra línea de estudio.

²⁰² *Naucraría*, *filarquía* y *coregía*, todas ellas explicadas impecablemente por Manuela García Valdés en la nota 42 al pasaje. La medida *extraordinaria* en este caso es calificada correctamente por García Valdés de «la venta de la exención de cargos públicos». Ricos: ¿quieren librarse de las pesadas cargas que implica una liturgia? Sencillo, paguen para que el tirano los exima de una nueva. La treta y su intención está muy bien ejemplificada en el caso de Filóxeno, satrapa de Caria, al que con razón remite García Valdés.

vías públicas»: salientes de los pisos superiores, escaleras, vallas y puertas que abriesen «para afuera». Es decir, todo lo que en las casas sobresaliera invadiendo la calle, el tirano las puso en venta. ¿Y quienes podrían estar interesados en «comprarlas»? Por supuesto que sus dueños: «y así se reunió mucho dinero», termina diciendo el pasaje. El piadoso y a la vez cómico «se», puede suprimirse. “Y así Hipias volvió, nuevamente, a enriquecerse” diríamos nosotros. Pero este poner en venta las *salientes* supone, dice Longo, una expropiación previa (cómo les encanta a los tiranos este tipo de «medidas extraordinarias») ²⁰³. La secuencia sería: expropiación → venta → compra → regularización de la propiedad.

Tenemos aquí (¡otra vez!), otro acontecimiento “revolucionario”: asistimos «por primera vez en la historia de Atenas» a la aparición «de una norma obligatoria» ²⁰⁴ con el que se traza una especie de límite *caucasiano* entre el espacio «público» y el espacio «privado». Un espacio “público”, no en una sino en dos dimensiones: horizontal y vertical (perpendicular al basamento de las casas y edificios privados). Y no solo con intenciones “financieras” del tirano hijo de tirano sino con ese devastador propósito expuesto ya por Kolb, lograr «la debilitación de las demás familias aristocráticas y la completa destrucción de sus zonas de dominio regional». ¿Los oligarcas están convencidos de poder hacer todo lo que se les dé la gana? ¿Creen que pueden construir sus casas

²⁰³ Longo se libra bien del asunto agregando: «cualquiera que fuera su forma jurídica». Conocemos demasiado bien ese “¡Exprópiese!” performativo, para darle la razón.

²⁰⁴ Con el “debido proceso” propio de un tirano; no con la parsimonia burocrática en un “Estado de derecho” gracias a una expropiación por “vía administrativa”.

ciudadinas tal y como lo hacen con sus casas campestres, sin ton ni son, con desmesura y desproporción? Pues entérense, *ese* mundo al que cantó con tanto desparpajo Alceo ya no existe. En lenguaje performativo: al ¡*Circulen!* dado a los pobres, le sigue el ¡*Tutto in posto!* ¡*Orden!* dado a los ricos.

Si Solón trazó la *primera línea* (pronto, cuando también el mundo de *estos* tiranos pase, será toda una bella *rayuela*) de *la política*, el tirano la borra de un garrotazo, diciendo: *de eso* me ocupo yo. Pero a la par y al mismo tiempo trazará otra línea *programática* (como ahora miserablemente se dice): ¡por la recuperación del espacio “público”!, en el que caben solo sus palabras performativas de *orden* y *circulación* para todos. *Todos* son iguales *ante* (para, por, etc) el tirano, que respeta, el muy justo, la “Constitución”, *al mismo tiempo* que emplea «medidas extraordinarias». Ese es el precio que hay que pagar por vivir en esta «edad de Crono». ¿Quieren los “buenos”, los “notables”, los “mejores”, vivir despanzurrados como viven en el campo, aquí en la ciudad? Olvídense. Que paguen para que aprendan el gusto del tirano por el orden y la medida. ¡Todas las casas en fila! ¿Quieren vivir *alrededor* del ágora? No *en* el ágora del mundo tiránico que está hecha para *circular* por ella o *mercadear* en ella, pero no, jamás, para que allí se *reúnan* los atenienses. ¿Para qué, si ya no hay ciudadanos sino simples particulares, peatones, transeúntes, visitantes de paso por su expropiada *ásty*, todos ellos *igualados ante la ley del tirano*? Y si deciden vivir, tener casa *alrededor* de la al fin *despejada* ágora, que sea al estilo tirano: todas igualadas, aplanadas en el frente.

Qué pertinentes son las citas que hace Longo de unos pasajes de Tucídides en que, pasadas las décadas, bien adentrado el siglo V, dan testimonio de todo esto. *Un ejemplo*: en la *stásis*

de Corcira, el pueblo (*tôî dêmoi*), vencido por los poderosos que gobiernan corren a refugiarse en la Acrópolis, mientras que los vencedores *ocupan* la zona del ágora, donde «vivía la mayor parte de ellos»²⁰⁵. Otro ejemplo, durante la guerra del Peloponeso, los atenienses tendrán que seguir –en privado, de mala gana– la decisión de Pericles: refugiarse todos, ricos y pobres dentro de la ciudad, en medio de quejas y lamentos; *los pobres* porque, como cosa rara, ya no tenían de qué vivir y *los poderosos*, por tener que dejar sus espléndidas y costosas casas campestres²⁰⁶. Así que, de ahora en adelante, a partir de la «ciudad del tirano», todas iguales *-en el frente*, se entiende, *por dentro* pueden desbocarse todo lo que quieran, los ricos-, casas aplanadas por fuera, todas en fila, en línea con el espacio público recuperado (*despejado*) por el tirano, para su propio beneficio económico y de control de la *población* (nombre “moderno” con el que se reúnen todos esos simples particulares que *suman* como súbditos al precio de *restar* como ciudadanos). ¡Atentos! El tirano vigila panópticamente desde la Acrópolis para castigar con *impuestos* a todo aquel que pretenda invadir el espacio público con sus casas citadinas (si quieren y pueden, podrán hacer de las suyas en sus casas campestres); y digo *impuestos*, porque Hipias tirano hijo de tirano aprendió de él a usar en grande el sello del tirano: *los impuestos*.

²⁰⁵ Tucídides III 72,3. Torres Esbarranch anota: «Era normal que las familias más ricas habitaran en la zona del ágora, en centro de la ciudad». Aquí hizo falta un 9 de abril para que terminaran de salir del centro.

²⁰⁶ Tucídides II 65,2. Longo remite, para corroborar esta situación, a II 38,1. En pleno *Discurso fúnebre* Pericles habla elogiosamente del buen gusto y elegancia de las casas privadas (*idiaís*), dotadas de magníficas instalaciones cuyo disfrute «ahuyenta la tristeza».

Y es que todo tirano que se respete, de antes, de *ahora* (los déspotas elegidos) y de siempre, sabe que tiene que imponer su régimen en tres campos de batalla permanente en que se convierte su gobierno. *Primero* que todo debe *privatizar* la política (acabando con los ciudadanos y reduciéndolos a meros particulares); *segundo* tiene que *politizar* lo privado (interviniendo el dominio público por medio de “medidas extraordinarias” como la “recuperación del espacio público” y los impuestos, con los que convierte la *oikonomía* en Hacienda Pública); y *tercero* se ve obligado a *sujetar* “la vida íntima”²⁰⁷. Estos tiranos arcaicos dan inicio, dan los primerísimos pasos, muy en boceto, muy en embrión, de lo que ahora en nuestros tiempos es el pan de cada día y sin comillas. Volvamos a los *impuestos*. Lo que el padre tirano hizo en el campo con su «diezmo de Pisístrato», el tirano hijo lo hizo con la «ciudad del tirano». De las cuatro «medidas extraordinarias» que llevó a cabo, tres son verdaderas «contribuciones directas sobre la propiedad o la persona», *impuestos* decimos aquí nosotros, verdadera «señal de tiranía», dice Finley²⁰⁸, que la oligarquía y la democracia rechazaron en la antigüedad, pero que nosotros, tan *modernos*, bajo el reino de la politización de lo

²⁰⁷ Soy consciente del uso y abuso del entrecomillado y las cursivas, pero no puedo hacer otra cosa cuando tengo que usar conceptos *modernos* alertando así sobre el peligro constante de los anacronismos. El caso presente lo hace más evidente. La *vida privada* como tal se configura en sentido estricto en la Edad Media. Lector de Georges Duby y Philippe Ariès no puedo hacer otra cosa que remitirme a ellos. *Vida íntima* como tal y en sentido estricto solo puede afirmarse a partir del siglo XVIII con Rousseau. Lector de Starobinsky y Hannah Arendt no puedo hacer otra cosa que remitirlos también a ellos.

²⁰⁸ Finley, *El nacimiento de la política*, p. 49.

privado terminamos por normalizar. Lo que era una medida extraordinaria (propia de tiranos) se convirtió entre nosotros en tema de Hacienda Pública y Derecho Tributario²⁰⁹.

Dejamos *arriba* en la Acrópolis a los Pisistrátidas. Que disfruten, serán los últimos gobernantes desde los reyes micénicos, que vivirán en terreno santo. *Abajo*, un área, *la* (sí, en griego en femenino, como todas las cosas valiosas) *agorá* despejada por el tirano con un dilema performativo: ¿o circulan o negocian, nada de reunirse allí! Queda finalmente una prolongación de ese espacio “público” *despejado*: el *períbolos*, el recinto amurallado que conectará la *ásty* con el Pireo, fechable también, con rara seguridad, en tiempos de los Pisistrátidas, que «marcaba un confín neto e insuperable» entre el espacio “público” y las propiedades “privadas” que rodeaban la *ásty*. Arriba el cielo de los dioses y el tirano entrometido, abajo el puerto en que se embalan las mercancías o se desembarcan para introducir en la región. Entre esos dos extremos la *línea caucasiana* del *Períbolos*. Que los súbditos se ocupen de las cosas privadas, que de las públicas se encarga el tirano, manteniéndolas despejadas y cobrando por ello. Todo ello muy ordenado, en fila, como cuaderno ferrocarril o papel pautado; *la Edad de Crono* para la mayoría de la *servidumbre voluntaria*. Pero, como sabe la *inmensa minoría* que lee a Don Juan Ramón Jiménez, pronto los atenienses aprenderán lo que hay que hacer: «si os dan papel pautado, escribid por el otro lado»²¹⁰.

²⁰⁹ En nuestra modernidad, en la que lo extraordinario se normaliza en todos los campos, el oxímoron reina: hacienda/pública, inteligencia/artificial, realidad/virtual.

²¹⁰ Semejantes palabras le sirvieron de epígrafe a Ray Bradbury para su *Fahrenheit 451*.



Cuarto rodeo: Breve manual para tiranos

«Hay libros cortos que para ser entendidos requieren una vida muy larga».

Quevedo

En 1946, recién acabada la segunda guerra mundial, Aldous Huxley escribe un nuevo prólogo a *Un mundo feliz* (1932). Catorce años después de haber escrito su novela, tras otra guerra mundial, saca las conclusiones de las razones del fracaso de los totalitarismos en esa horrible confrontación. Pero, contrario a lo que podría esperarse, no escribe un canto de victoria, al contrario, sabe y nos lo hace sentir cruelmente, que vendrán otros totalitarismos. La bestia no ha muerto. Mientras la inmensa mayoría eleva triunfante la V de la victoria sobre los cielos de una Europa liberada, Huxley escribe sobre la manera como la bestia engendrará nuevas y mejores formas de dominación totalitaria. Y lo hace de una manera por completo inesperada. Se dirige, no a las víctimas de las dominaciones que vendrán, sino a los déspotas que surgirán y les dice, con inaudito humor negro, lo que tienen que hacer para no fracasar esta vez. «Un Estado totalitario realmente eficaz» dice, debe tener como objetivo forjar una población de esclavos sobre los que no se tenga que ejercer violencia alguna, por cuanto *amarán su servidumbre*. La tarea totalitaria, si no quieren volver a fracasar, si quieren *conservar* su dominación, debe estar centrada

en ese objetivo: hay que *inducir* a esos esclavos a amar su sometimiento. Allí, con la prisa del momento, menciona cinco grandes descubrimientos e inventos que contribuirán a establecer semejante empresa totalitaria²¹¹. Sus lectores entendieron su propuesta. Se podía leer también su texto en sentido totalmente contrario. La *cara* de su moneda decía darles consejos a los dirigentes totalitarios sobre cómo afinar su dominación, pero la *cruz* nos enseñaba a los que nos negábamos a ser sus potenciales víctimas, a estar alertas y *resistir* precisamente en esos puntos a la administración total de nuestras vidas.

Dos mil trescientos años atrás, al interior de «el más grande libro de reflexión sobre los hechos políticos, económicos y sociales que nos legara la antigüedad griega»²¹², Aristóteles hace lo mismo que Huxley. La *cruz* de su texto nos ofrece una incomparable oportunidad para evaluar los procedimientos

²¹¹ Invito encarecidamente a leer dicho Prólogo de 1946, contenido en la edición de *Un mundo feliz*. Madrid, Cátedra, 2016. Por supuesto, las medidas que esbozó en dicho Prólogo fueron ampliamente desarrolladas en su *Nueva visita a un mundo feliz* (1958). Bogotá, Planeta, 1985. Aprovecho esta oportunidad para agradecer a la Universidad El Bosque el haberme permitido dirigir durante más de dos décadas un seminario (*Resistir a la administración total de la vida*) que tuvo precisamente su origen en la lectura de estos dos textos de Huxley. Un libro que escribí para la Universidad El Bosque con el título de nuestro seminario y un artículo sobre el tema (*Citando a la Escuela*, publicado en el volumen colectivo *Un mundo por aprender* editado por la Universidad Nacional, 2011) intentan dar cuenta de los diferentes caminos que hemos tomado en nuestra investigación.

²¹² Pierre Vidal - Naquet y Michel Austin, *Economía y Sociedad en la Antigua Grecia*, Barcelona, Paidós, 1986, p.37, refiriéndose por supuesto a la *Política* de Aristóteles.

de *testeo* y examen que hemos venido elaborando a lo largo de este segundo grupo de charlas sobre la democracia de los atenienses, enfocado en el tema de la tiranía en la Grecia arcaica²¹³. Se trata entonces de enfrentarnos al poderoso final del libro V de la *Politeía* de Aristóteles²¹⁴. En esas páginas el Estagirita reúne unos doscientos cincuenta años de experiencias tiránicas que los eruditos modernos, con razón, han dividido en dos partes: de un lado las tiranías arcaicas (que son las que, a nosotros por ahora, nos interesan) y del otro, las tiranías clásicas y helenísticas. Aristóteles las recoge en una sola cabeza de Medusa y, como si fuese el *Perseo* de Benvenuto Cellini, *no mira* a la testa cercenada y coronada de serpientes sino a la sangre que mana perpetuamente del cuerpo convulsionado de la hermosísima bestia. Los turistas de la *Loggia della Signoria* quedan *petrificados* ante la mirada de la Medusa, mucho más viva que los que le toman fotos. Si logran acercarse a la base, para así escapar a la mirada paralizante de Medusa, y mirar a Perseo que mira el borbotón ponzoñoso, entenderían que el gesto de

²¹³ Una *prueba rápida*; una *forma Periandro*, y los *doce tips Pisistrátidas*, han sido los toscos procedimientos que hemos empleado para responder a preguntas como: ¿En qué consistió la tiranía en la Grecia arcaica? ¿Qué es lo que hace que un tirano sea eso, un tirano? ¿Por qué la tiranía es la abolición de la política?

²¹⁴ Contenido, en las ediciones modernas, en los capítulos 10: 1310a 39-1313a 17; 11: 1313a 18-1315b 10 y los inicios del capítulo 12: 1315b 11-39. (El final de este capítulo -y del libro V- Aristóteles lo dedica a la crítica de la teoría platónica de los cambios *-tôn metabolôn-* políticos). Reunidas aparte estas consideraciones formarían un precioso cuadernillo que bien podría llamarse: *Breve manual para tiranos*.

Perseo no tiene nada de triunfal²¹⁵. Cortó sí, la cabeza de Medusa, pero el caldo monstruoso *sigue brotando* sobre la tierra yerma. *El mito* nos tranquiliza: de esa sangre surgirán Pegaso y su hermano Crisaor. De los golpes de los cascos del primero brotará la Fuente Hipocrene. *La historia*, por el contrario, no tiene nada de tranquilizante. De la sangre infecta de Medusa/tiranía no brotarán Pegasos sino cada vez más tiranos, y de las botas de estos déspotas no brotará la Fuente Hipocrene, sino la Fuente “*pública*” de Pisístrato y sus discípulos. Aristóteles mira los coágulos del engendro y extrae de ellos ese *ADN político* de la tiranía que le permitirá describir como nadie en la antigüedad, cómo se engendra el tirano, cómo asciende al poder, cómo se sostiene en él y cómo cae. Traza, en apretadísimas líneas una especie de *Peri genéseōs kai phthorās (de Generatione et corruptione)* de la tiranía, en la que vamos a basar nuestro estudio sobre ella²¹⁶.

²¹⁵ Para un *Perseo triunfante* habrá que esperar casi doscientos cincuenta años. La escultura de Antonio Canova se puede ver en el Patio Octógono de los Museos Vaticanos. Hay también una copia en el museo Metropolitano de Nueva York, encargo de la condesa Valeria Tomowska. En ambos casos el cuerpo de la Medusa ha desaparecido. Ese es el precio que hay que pagar para que Perseo pueda “triunfar”. Ironías de la vida: el *Perseo* de Cellini celebraba el triunfo de Cosme I Medici sobre la República. La cabeza cercenada representaría entonces a sus rivales. En nuestra “escultura conceptual” Aristóteles/Perseo sostiene la cabeza de la Medusa/tiranía.

²¹⁶ Si lo que se busca es una descripción “sociológica” y “sicológica” nada mejor que Platón (*República*, VIII, 562a - 569c, para la descripción “sociológica” y IX, 571a - 576b para la “sicológica”). El odio desbocado de todo oligarca por la tiranía (nuestro ejemplo fue Alceo) al ver cómo el tirano le arrebató todo lo que su linaje pacientemente ha logrado conquistar (expropiaciones y dominaciones a diestra y siniestra) durante siglos, en cuestión de unos pocos años,

Me tranquiliza adentrarme en semejante *breviario* aristotélico el saber que la inmensa mayoría de comentaristas modernos –los mismos que entran a saco, impunemente, en el conjunto de datos e interpretaciones que Aristóteles les ofrece a manos llenas, sobre la historia política de Grecia en general y de Atenas en particular, tanto en la *Politeía*, como en la *Constitución de los atenienses*– objetan cada uno de los pasajes que nuestro filósofo va a dar al describir la *generación y la destrucción* de la tiranía. Intento resumir aquí las tesis de Aristóteles para confrontarlas con nuestro *test rápido*, nuestra *forma Periandro* y nuestros *doce tips Pisistrátidas*, a fin de declarar explícitamente lo que ya a lo largo de estas charlas es evidente: mi muy parcializada, nada objetiva, toma de partido por la versión aristotélica²¹⁷.

se encuentra atemperado, bajo el signo del Logos, por Platón: aristócrata ilustrado que logra reunir en un solo gesto su desprecio tanto por la tiranía como por la democracia, sus dos bestias negras.

²¹⁷ Los historiadores y eruditos modernos que hemos venido siguiendo han bebido, tratándose del tema de la tiranía, de tres textos cruciales escritos en la primera parte del siglo XX. (1) *The Origin of Tyranny* de Percy Neville Ure. Cambridge (England), Cambridge University Press, 1922. (2) *The Age of the Early Greek Tyrants*, de Martin P. Nilsson. Belfast, Mayne, Boyd and Son, 1936. (3) *The Greek Tyrants* de Anthony P. Andrews. Londres, Hutchinson's University Library, 1956. El hermoso curso *Lecciones sobre la voluntad de saber* (Buenos Aires, FCE, 2012) en el que Michel Foucault (curso del ciclo lectivo 1970-71 en el Collège de Francia) recorrió las más variadas facetas económicas, sociales y filosóficas de la edad arcaica en la Grecia antigua, en especial sus análisis de las figuras del sabio, el legislador y el tirano, conserva toda su fuerza. Para una brillante lectura de síntesis ver el artículo *Tyrants, Lawgivers, Sages* de Robert W. Wallace, en *The Blackwell Companion to the archaic Greek World*, edited by Kurt A. Rauflaub and Hans van Wees, Malden, MA, and Oxford, 2007.

Un ejemplo bastará. Incluso Finley, uno de los autores que me llevó hace décadas a sentir una admiración desbocada por el Estagirita, llegado *un punto*, se aparta de Aristóteles. Finley está hablando²¹⁸ de dos innovaciones de Pisístrato: la caja de empréstitos rotativa para los campesinos y el cuerpo de treinta «jueces de los demos». El historiador los interpreta con razón (y nosotros lo hemos seguido aquí), como tendientes a «debilitar el poder local de los ricos terratenientes». Esa fue también nuestra crítica a Pisístrato “filantrópico”. Incluso la llevamos a otras medidas «extraordinarias» seguidas por el tirano, basados en Kolb (que emplea palabras muy semejantes a las de Finley) y en Longo. Pero nuestro ilustre historiador no acepta que *junto* a esta razón vayan *las* que propone Aristóteles para explicar las medidas del tirano (el plural es importante, son *dos* los motivos dados por Aristóteles y no *uno*, como dice Finley): «Esto lo hacía por dos razones: (1) para que no vivieran en la ciudad –*tôi ástei*–, sino dispersos –*diesparménoi*– por la región [esta fue la razón que mencionó Finley]; y (2) para que disfrutaran, con mesura [de su vida en el campo], y no fueran presa de la ambición ni tuvieran *scholé* para cuidar de las cosas comunes [final del segundo motivo que quisiera subrayar]». El admirado Finley escribe en nota: «Aquí me veo obligado a estar de acuerdo con los críticos modernos de Aristóteles [...] se trata de una atribución injustificada al tirano de uno de los juicios políticos favoritos de Aristóteles» y remite a *Política* 1318b 9-16. Ya hemos dado una parte de la respuesta a esta igualmente *crítica injustificada* de Finley. A lo largo de la charla *la otra parte* de la respuesta está expuesta con amplitud de detalles en autores precisamente muy cercanos a Finley: Marx y Max

²¹⁸ En *El nacimiento de la política*, p. 67.

Weber. La muy dura *prueba* a la que acude Aristóteles para su aserto en el pasaje inmediatamente siguiente (que Finley no cita: 1318b 17 y ss.) encuentra cumplido apoyo en estos dos grandes pensadores del siglo XIX. Otra cosa distinta es cuando esos campesinos se unen, abandonan la dispersión y se organizan. Sus luchas han hecho temblar los cimientos de la modernidad hasta nuestros días.

Al acercarnos al texto aristotélico nos enfrentamos con tres grandes escollos que debemos primero salvar para así merecer servirnos de sus lecciones. *El primer escollo* consiste en que en su obra Aristóteles investiga *en bloque* las causas de la destrucción y la conservación de las *monarquías* en general, es decir de las realezas y las tiranías en particular. *El segundo escollo* tiene que ver con que en su análisis el Estagirita incluye tanto las tiranías arcaicas como las clásicas y helenísticas. Salvamos estos escollos diciendo que, por supuesto, nos concentraremos, dado que ese es nuestro objeto de estudio en este momento, en las tiranías y de ellas en las arcaicas. *El tercer escollo* se refiere a que Aristóteles al investigar las causas de destrucción y conservación de las tiranías divide su estudio en dos partes. En la primera (10: 1310a 39 - 1313a 17) describe cómo surgen las tiranías, cómo llegan al poder y cómo terminan por caer. La segunda parte (capítulos 11 e inicios del 12: 1313a 18- 1315b 39) *deduce* de esas experiencias una serie de “lecciones” que deben aprender los tiranos *si quieren* conservar el poder. Esas lecciones proceden del análisis de las causas que llevan a los tiranos a su caída, todas ellas ya presentes al momento de su instauración. Es decir que los procedimientos que debe seguir el tirano, si quiere *durar* reúnen en un apretado racimo, *todo* lo que Aristóteles nos ha dicho sobre la génesis, el ascenso y la caída de la tiranía. Es por eso por lo que nos

concentraremos en esta segunda parte, invitando al lector a confrontarla con la primera, para comprobar o criticar nuestro modo de abordar el texto. Que los tiranos de todos los tiempos han leído la *cara* de esta moneda aristotélica acerca de las maneras que hay que seguir para conservar su despotismo, no me cabe la menor duda; pero también no vacilo en afirmar que otro tipo de lectores (así como lo han hecho con el mencionado Prólogo de 1946 de Huxley) han leído la *cruz* de este *Breviario* para *resistir* a las modernas formas totalitarias. Estos últimos sabrán apreciar con mayor provecho este maravilloso texto, más vigente que nunca.

El método Periandro

Hay dos maneras, nos dice Aristóteles, por medio de las cuales los tiranos han intentado conservar su dominio: (1) la manera «tradicional» (1313a 36- 1314a 29), llamada así porque es por la que optan la mayoría de los tiranos, inspirados por Periandro «que fue el que instituyó la mayor parte de sus procedimientos» y que presenta rasgos afines, nos dice nuestro filósofo, con la tiranía a la manera persa. En “homaje” a Periandro lo llamaremos aquí *el método Periandro*. El blanco a que apunta el tirano²¹⁹, su objetivo principal a fin de conservar el poder sería el de forjar un tipo de súbdito hecho

²¹⁹ La metáfora de tiro al arco es empleada directamente por Aristóteles. *Stocházetai*, en 1314a 15, pone en juego un verbo *stocházomai*: apuntar; un sustantivo *stóchasis*: apuntar al blanco, y un adjetivo *stochastikós*: que apunta bien. Los físicos y los matemáticos han honrado el *ars conjectandi* de Jakob Bernoulli, hablando de sistemas *estocásticos*, ya que el mencionado adjetivo, pasado al plano mental, significa: “hábil en conjeturar”.

a su medida, obligándolo a pasar del estatuto de ciudadano, es decir de hombre libre, a la condición de simple particular, de mero hombre *privado* (de ciudadanía), de *idiôtês*. Para ello cuenta con tres dardos (*stóchasma*) que apunta a su blanco (el ciudadano) y que tienen como tarea primordial hacer que sus súbditos (1) desconfíen unos de otros (*mē pistéuōsin*); (2) se tornen impotentes (*me dýnōntai*) y (3) se vuelvan mentecatos (*mikron phronōsin*). Este último dardo gira en torno a una serie de palabras estimadas sobre manera en la ética aristotélica (no olvidar que la ética para Aristóteles es una rama de la política, así que nada de moralina rancia, por favor): dos sustantivos y un verbo. *Phrónēsis* y *phrónēma*, los sustantivos y *phronēō*, el verbo. Todos ellos contribuyen, por ejemplo, a configurar el culmen del hombre ético para Aristóteles: el *anēr phrónimos*. Oleadas de traductores se han estrellado contra estas palabras y conceptos dotados de una increíble paleta de significaciones: inteligencia, pensamiento, espíritu, de un lado; del otro: sentimiento, grandeza de alma, nobleza; y por si fuera poco en otro nivel: altivez, arrogancia, presunción. Pensar que el tirano busca que todo eso lo tenga en grado mínimo su súbdito encoge el alma. Lo tradujo, en el colmo del atrevimiento por *mentecato*, honrando el yuxtapuesto latino *mente captus*. El tirano busca *capturar la mente* (*mens* en latín lleva también todo un amplio espectro de significaciones similares a sus pares griegos) de sus súbditos, *reducirla*, como lo haría un auténtico *reducidor de cabezas* (*head reducer*). Pero para *reducirlas*, primero hay que cazarlas, capturarlas, como un buen *head-hunter* (en su doble significación en inglés, es decir *también* un “caza talentos”)²²⁰.

²²⁰ Me tranquilizo por haber dado este atrevido rodeo el saber que mi eventual lector desconfía de todo lo que digo, así que lo remito al

¿Por qué ese blanco? ¿Por qué esos dardos? Porque, dice Aristóteles (1314a 14 y ss), (1) solo seres mentalmente limitados, mezquinos, cortos de mira, jamás conspirarán contra el tirano; (2) porque si logra que unos y otros desconfíen entre sí, en todos los niveles de la comunidad, desde los de arriba hasta los de abajo y entre ellos mismos en cada sector, podrá estar tranquilo «pues la tiranía no caerá hasta que confíen entre ellos mismos» (1314a 17-19)²²¹; (3) porque si logra hacerlos «impotentes para la acción» (*tois adynátois tón pragmatón*, 1314a 23) jamás podrán derribarlo. Bobos políticamente; desunidos y enfrentados unos con otros y sin potencia para la acción: tal es la masa indistinta sobre la cual puede imponerse el tirano.

Pero ¿cómo lograrlo? ¿Cuáles son los procedimientos que debe seguir el tirano para alcanzar esos tres propósitos? Tres son los golpes que el tirano debe asestar al corazón libre del ciudadano (1313a 39 y ss.) para tornarlo una especie de súbdito zombi, obediente, “aconductado” (palabra despreciable que todavía escucho en medios pedagógicos, para

siempre equilibrado padre Briceño. Su autorizada nota 223 al pasaje que comentamos en su autorizada traducción del texto, afina las cuerdas y pone en orden todo esto.

²²¹ Dos mil trescientos años después las cosas son aún más tenebrosas. Hasta hace poco, muy poco, la lucha por el dominio totalitario llegaba hasta los individuos. El totalitarismo contemporáneo en la era de la *realización de lo imposible*, en la que se logró dividir al átomo, que por definición y etimología era “imposible de dividir”, dividió también a los individuos, que por definición y etimología eran también “imposibles de dividir” (Deleuze nos lo enseñó llamándolos “dividuales”). La tarea totalitaria es hacer que los “dividuales” disputen entre sí, desconfíen unos de otros, para poder dominarlos mejor. La era de la *exasperación grupuscular* ha llegado.

expresar con ella el triunfo de su adiestramiento). (1) tronchar la vida de los que se destacan, suprimiendo a los de alma grande y noble (*phronēmatíos*); (2) prohibir los *lugares* en que semejantes seres se producen: las comidas en común y las asociaciones, es decir los *sitios* en que se educan políticamente (*mête syssítia ean mête hetairían mête paideían*)²²²; (3) este procedimiento es muchísimo más complejo por cuanto requiere de una afinación de los dispositivos de dominación. Si el segundo procedimiento apuntaba a los *lugares* en donde se forman los hombres libres, este tercer procedimiento tiene que ver con la vigilancia de las *condiciones* que se requieren para forjar esos espíritus libres, yendo hasta las fuentes mismas de su engendramiento. Se trata de vigilar todo aquello de donde surgen dos cosas: *la grandeza de alma y la lealtad* (esta última como la versión ético-política de la *pístis*)²²³. Para acabar con el hombre libre hay que «intervenir» la matriz donde se engendran. Por ello: (a) nada de tiempo para dedicarse a la formación del hombre libre²²⁴, es decir nada de reuniones (*sýllogos*) propias de

²²² Así como los griegos se negaron a pagarles a los que “gobiernan”, con su idea de cargos-cargas; así como rechazaron la idea de una hacienda *pública* (fundada en impuestos y demás «medidas extraordinarias»), también rechazaron la idea de una educación “pública”: mandaron a sus hijos -acompañados por el *pedagogo* (ese *era* su oficio)- donde los maestros *pagados por ellos mismos*. Oír hablar de un “Estado” *preocupado* por la educación de los hijos de los miembros de una *sociedad civil* los llenaría de absoluta desconfianza. Solo con el helenuismo tardío se da algo que remede a una educación “pública”.

²²³ *Alla pánta phyláttein hôthen eíothe gígnesthai dúo, phrónēmá te kai pístis*: 1313b 1-2.

²²⁴ En asociaciones, fraternidades, el ágora, el teatro, las artes (especialmente arquitectura, escultura, pintura: obras expuestas siempre

hombres *libres de apremios*, procurando así que se desconozcan lo más posible los unos de los otros; (b) buscando que los residentes de los demos *estén siempre a la vista* (1313b 6-7), provocando las condiciones que los obliguen a permanecer «ante las puertas del tirano». Ruegos, súplicas, peticiones e incluso “exigencias”, terminan por ratificar que el amo esté arriba y abajo, *todos los igualados*, sus súbditos. ¡Qué se ponga una mano en el corazón! ¡Qué su corazón no se endurezca! ¡Qué tenga corazón! Y él, tan contento por bajar de la Acrópolis a tenderles su mano, a confortarlos con un abrazo compasivo, a dar claras instrucciones para que sus afugias sean atendidas. Falta poco para que en la Edad Media se busque tocar la mano del rey, sanadora de pestes y enfermedades. Un poco más y ¿quién ahora no quiere salir en una *selfie* con el benefactor de buen corazón? Kafka sabía lo que significa vivir bajo *El castillo* y estar insomne en un *Proceso* que nunca acaba, pero ¿quién en esta época de reality shows de gran hermano placentero quiere atormentarse con Kafka? El carruaje se marcha, los caballeros

al aire libre, nunca encajonadas en un museo rodeado de críticos y curadores que nos digan qué y cómo mirar) todo ello como *preparación* para la asamblea y pronto, ya casi llega su tiempo, para la *pnyx*. Tal es la *cara* de la educación; pero la educación también tiene una *cruz*. Se educa también en la enfermedad, la guerra y la muerte (esa que ahora esconden en las funerarias, según Norbert Elías). Al moderno pedagogo no le interesa distinguir entre *educación* e *instrucción*. Encerrar una montonera de niños en un salón, aislándolos del mundo para después patéticamente intentar llevarles el mundo en una pantalla es idea moderna, útil quizás para el adiestramiento y la instrucción en oficios y destrezas tan necesarias para *ganarse* la vida, pero por completo inapropiadas para *vivir* la vida de un hombre libre.

se alejan, el avión se eleva. Quizás otro día, a lo mejor con el nuevo amo: «permanezcamos atentos ante las puertas del palacio» (*kai diatribéin peri thyras*: 1313b 7). Así, lentamente, de manera imperceptible, sus súbditos, hombres de cortas miras, terminarán por acostumbrarse a la esclavitud (1313b 7-9), a *amar su servidumbre* como diría Huxley. (c) todo vale para semejante propósito: que aprendan también de persas y bárbaros, no es el momento para creerse mejores puesto que ellos también buscan lo mismo: forjar súbditos obedientes. (d) para que nada de *la vida de los otros* le sea ajeno, el tirano debe usar espías (*katáskopos*) que vayan a todos los lugares donde se hable con *parrésia*, de manera franca y abierta. La inmensa tribu de delatores se ocupará de traer al oído del amo todo cuanto se diga²²⁵ (e) el tirano buscará que unos a otros se delaten calumnien y se acusen, «que el amigo delate al amigo», que disputen y choquen en abierta disensión²²⁶, ricos y pobres, los de arriba y los de abajo y entre ellos mismos²²⁷. En resumen: que reine la *stásis* entre todos. La tiranía encuentra en la

²²⁵ ¿Espías y delatores en nuestra época? ¿Ya para qué? Tú solito te filmas, te grabas, te colocas en redes. Televisores, ordenadores, celulares, drones, satélites, internet de las cosas, tú no los podrás *apagar*, desconectar. La guerra vertical pronosticada por Virilio es ya una realidad. Las *sociedades de vigilancia* han dado paso a las *sociedades de control*.

²²⁶ *Sýnkrousis*: choque, conflicto, disensión, altercado, disputa. Otra palabra más para tener en cuenta en nuestro vocabulario sobre la *stásis*.

²²⁷ *Kai to diabállein allélois kai synkrouéin kai philous philois kai ton démon tois gnōrimois kai tous plousious heautois*: 1313b 16-18. La era de la *exasperación grupuscular* tiene aquí la lista impresionante de su tarea infinita y cizañera.

stásis su nicho ecológico: cercenada su libertad política, desmontados por completo los *lugares* donde ejercer la *prâxis* que los define como seres completos, clausuradas las *fuentes* de donde surgen los hombres de espíritu libre ¿qué otra cosa pueden hacer estos dividuales, con su susceptibilidad exasperada hasta el extremo, que estrellarse unos con otros como polillas enloquecidas ante la luz negra del tirano?²²⁸, (f) ¿qué hacer con los pobres para que no puedan armarse contra él y tramar conspiraciones? *El recurso del método* de Periandro en este caso puede ser sintetizado en una sola línea: mantenerlos pobres y ocupados (*ascholían kai penían tôn archoménōn*, 1313b 25).

Para lograr ese propósito hay toda una variedad de recursos. (i) agobiarlos con «tributos» (*modernamente llamados impuestos*). El ejemplo que da Aristóteles está fuera de nuestro periodo estudiado, pero vale profundamente en cuanto a su intención: a Dioniso de Siracusa (ca. 430 a.C. - 367 a.C.) le bastaron tan solo cinco años, con ese método, para arrancarles a sus súbditos todas sus riquezas. Empobrecidos ¿qué hacer con ellos? (ii) casi nada: ¡son mano de obra barata! ¡Obras, y más obras “públicas”! En la lista de ejemplos que ofrece el Estagirita y que van, desde las pirámides de los faraones hasta la enorme estatua de

²²⁸ Los experimentos con masas exasperadas unas con otras de nuestra época, llevadas a cabo por corporaciones de la más diversa índole, al interior del *gobierno de nadie* que presagió Hannah Arendt como su pesadilla más terrible, ahora es una realidad. Oriente lo sabía hace mucho tiempo: la oscuridad más terrible queda justo debajo de la lámpara. Las luces antiaéreas que apuntaban como columnas de luz a los cielos en las marchas nacionalsocialistas ahora apuntan a nuestros ojos. Vivimos una *edad oscura* hecha de luz.

oro de Cípselo y el acueducto de Polícrates de Samos (precisados por los eruditos) no podían faltar, obvio, los Pisistrátidas con el templo de Zeus Olímpico; y (iii) no encuentro mejor calificativo para el tirano que el que ofrece Aristóteles: *polemopoios* (1313b 28), «hacedor de guerras». En las antípodas de Solón («no hice viudas a las mujeres, no cercené la vida de los jóvenes») el tirano las fomenta, las provoca, las estimula, las alimenta y las *mantiene*. Mientras estén en guerra (internas o externas) mantendrá ocupados (*ascholoí*) a sus súbditos y necesitados de un *hēgemōn*, de un líder, un guía, un conductor mano fuerte que les dé seguridad. Ocupados en la paz, ocupados en la guerra, empobrecidos siempre²²⁹.

¿Quién queda después de semejante destrucción del ciudadano hecha por el tirano? Queda el más despreciable de los hombres: el parásito adulator (*ho kólax*). Si el tirano no soporta a su lado a ningún varón «venerable y libre» (1314a 5-6)²³⁰ es porque (i) en su *hybris*, *pretende* ser el único que es así; (ii) porque esa clase de hombres libres denuncian, con su sola presencia la farsa de su empotrada “altura” construida sobre los escombros de

²²⁹ El tirano también hace uso de medios propios de una *demokratía* que va de caída (*teleutaíos*, 1313b 32 y ss), próxima a su fin. Como todavía la democracia ateniense no ha nacido en nuestro relato, dejaremos ese tema para el tercer cuaderno.

²³⁰ El adjetivo *semnós* resume en una palabra todo lo que el tirano odia en un ser humano: venerable, augusto, sagrado, santo, imponente, majestuoso, grave, digno, solemne. Los diccionarios hacen bien en no cansarse de suministrarnos distintos significados de este tipo de ser humano al que se eleva la condición humana cuando un hombre se atreve a decir *no*.

seres humanos. Por eso es por lo que, por el contrario, es llamado *ponēróphilon*, «amigo de los malos» (1314a 1), antípoda radical del *semnós*. El tirano y el parásito se necesitan mutuamente, son tal para cual, porque como dice Aristóteles «un clavo saca otro clavo» (1314a 5). ¿A quién sentar a su mesa si desconfía entonces de todos? Le encanta cenar con extranjeros porque en ellos no ve rival alguno que ponga en peligro su mandato.

El método Ortagórida

Y pensar que todo lo anterior es tan solo *uno* de los modos de conservar las tiranías. *El otro método* (1314a 31 y ss) no se *opone* al anterior como podría suponerse en una lectura literal del pasaje. Al contrario, si lo que se quiere es conservar el poder verdaderamente, no basta con el primer método, este debe *complementarse* con el nuevo método. Lo que pasa es que el blanco, el objetivo al que apuntan uno y otro método tienen tareas distintas. El primero apunta *a los otros*: forjar súbditos hechos a la medida del tirano; el segundo apunta *a sí mismo*: forjar una figura del tirano *que pase por no serlo* y que por el contrario finja, simule o se comporte *como si* fuese un rey (*basileus*) y no como lo que es en realidad: un tirano *completo*. Se trata de forjar la imagen de un gobernante sabio, prudente, dulce y elocuente que termine por convencer hasta ... buena parte de nuestros historiadores modernos. Que sea capaz de “vender su imagen” (como diríamos hoy) de comedido y prudente rey, excepto, claro, sin llegar al extremo de terminar renunciando a la tiranía, dice con sorna Aristóteles. Hasta ahí no. Que se *presente* como rey, pero conservando la fuerza y el poder del tirano, eso sí.

Primero que todo: el tirano debe *aparecer* ante sus sometidos como un buen administrador²³¹ o rey, no como el tirano que es. Para ello debe (a) tener cuidado en no dilapidar los recursos y tributos recaudados en un séquito de hetairas, extranjeros y artesanos (que adornen con exceso su palacio); (b) que su lema sea “la transparencia en los gastos”, rindiendo pormenorizada cuenta de ellos; (c) total: no le faltará nunca medios, para eso es *el Señor de la pólis*²³²; (d) para qué acumular riquezas que escandalicen a sus súbditos, ¿si mientras tenga el poder y la fuerza podrá arrancarle a sus súbditos los recursos que necesite? Para qué tener un tesoro ¿si cuando salga de viaje despertará la codicia de los encargados de cuidarlo? ¿Acumular riquezas, tener un tesoro? Eso sería robarse así mismo. Lo que busca el tirano es *su propio interés*: apropiándose de la *pólis* a la que reduce a la condición de *oikos*, así como reduce al ciudadano a la condición de *idióētēs*, puede decir que jamás se robó un solo dracma, porque su obsesión no es el poder –que ya tiene– sino “la gloria” (“de servir al pueblo”, completan los

²³¹ *Oikonómos*, 1314b 7. Hoy lo llamaríamos un “tecnócrata”, ajeno por completo a despreciables discursos “ideológicos” (no hay peor “ideología” que aquella que jura no serlo).

²³² *Kýrios ōn tēs póleōs*, 1314b 8. Nunca subrayaremos demasiado la importancia de este pasaje. El tirano reduce la *pólis* a un vasto *oikos* del cual él es el único *Señor*. Esa fue la gran *hybris* de la tiranía y Sófocles con esos negros colores dibujó la figura de Creonte, así proteste Hegel. Llamar al gobernante de turno: *Señor*, con esa mayúscula inicial es palabra mayor. *Kýrios*, en latín *dominus*. Término que hasta Augusto y Tiberio rechazaron. Calígula fue el primero que sin vergüenza aceptó que así lo llamaran. Ver: Hannah Arendt, *Entre el pasado y el futuro*, p. 116. Barcelona, Península, 1996.

déspotas modernos)²³³; (e) que todo lo que recaude por concepto de liturgias (*leitourgía*, at. *lêitourgía*. Los cargos-cargas “públicos” de los que ya hemos hablado) *parezca* que se hace por el bien de la administración eficiente y no para beneficio propio.

En segundo lugar debe reconfigurar su carácter: (a) que se le obedezca por su imponente presencia (Hitler apabullará al visitante haciéndolo atravesar largos e inmensos corredores – diseñados por Albert Speer–, Stalin completará el diseño de su imagen haciéndose fotografiar desde abajo para “monumentalizar” su figura) y no que se le tema por su carácter irascible; (b) propósito bien difícil para alguien que por definición es un ser despreciable, perpetuamente acomplejado, que lucha por contener su carácter explosivo. Que use entonces como válvula de escape la camorra con enemigos externos (reales o fabricados). Que su temperamento belicista le otorgue una gloria sangrienta ya que no puede ganarse de otra forma el respeto de sus sometidos; (c) si debe contenerse (o fingir que lo hace) en cuestión de dineros, riquezas y propiedades, también debe hacer lo mismo (para no suscitar la envidia o el resentimiento de sus súbditos) en todo lo referente al *uso de los placeres* corporales (1314b 23 y ss.): moderación, medida y contención (real o fingida). Él y su familia deben mostrar en todo tipo de placeres contención, para que los que buscan derrocarlo no lo cojan desprevenido: sobrio y no borracho; despierto y no dormido.

²³³ El país convertido en una vasta hacienda y sus ciudadanos convertidos en ganado al que se alimenta engorda y vacuna, para poder venderlo a mejor precio: la historia, tantas veces repetida, empieza aquí apenas a perfilarse.

En tercer lugar: la cuestión acerca de los dioses. Ni muy cerca a ellos, que lo quemem, ni muy lejos que no lo alumbren, como dirían las abuelas: que se *muestre* temeroso y devoto, así se ganará a sus sometidos, que quieren creer que nadie pío les hará daño. Eso sí, cuidándose de no exagerar, para no caer en el ridículo [anotamos nosotros: para no producir el efecto contrario, mostrar un carácter pusilánime y débil, cuando con tanto esfuerzo se ha ganado la *fama* de duro].

En cuarto lugar: la cuestión de las recompensas y castigos. (a) *debe* recompensar, para no producir frustrados y descontentos, que terminarán por sentir deseos de otra forma de gobierno en que sí los reconozcan; (b) pero dejará a sus funcionarios o a los tribunales controlados por él el encargo de administrar las penas. Así obtendrá: gratitud hacia él, al recompensar a unos; y rabia y odio desviado hacia sus funcionarios, al castigar a otros.

En quinto lugar: dos tipos de seres humanos potencialmente son los que se levantarán contra él. Los amigos de las riquezas (*hoi philochrématoi*) y los que valoran mucho más su honor y su dignidad (*hoi te philótimoι kai hoi epieikeis*). Los primeros se levantarán porque no soportan que sus riquezas sufran menoscabo, los segundos porque no toleran que se les arrebate su honra. Los primeros, ya lo hemos visto, verán aplacadas sus intenciones gracias a buenos negocios, matrimonios y alianzas. En cambio, los segundos son mucho más difíciles de someter, sin embargo, los tiranos han elaborado todo un arsenal de medidas para controlarlos. (a) imitando a los reyes, el tirano, procurará no engrandecer a nadie con esas cualidades; (b) si se le hace necesario, entonces promoverá a otros junto al que genera peligro, para que se vigilen y disputen unos con otros; (c)

preferirá promover a *un cualquiera*, un mediano neutro, antes que a un intrépido, porque de esta raza vienen los que organizan los levantamientos; (d) y si tiene que quitarle poder a uno que ha encumbrado, que no lo haga de golpe, sino *gradualmente*; (e) por último, si tiene que recurrir a la fuerza y la violencia con sus subordinados, dos formas de brutalidad debe prohibirse así mismo: (i) azotar y golpear a sus súbditos y (ii) abusar de los jóvenes. Si, incontrolable, termina por hacerlo, que se diga que a los primeros los trató tal como un padre reprende y corrige a su hijo, y a los segundos, que se crea que fue cosa de amor y no de abuso de poder; (f) si todo esto falla y alguien termina por atentar contra el tirano, este debe temer por sobre todos a aquel que antepuso el honor a su propia vida, porque son estos, los intrépidos y arrojados, los que de verdad pueden poner en peligro su dominación.

En sexto lugar: «puesto que las *póleis* están compuestas de dos sectores, los pobres (*apórōn*) y los ricos (*eupórōn*)» (1315a 31-32), el tirano (a) deberá convencer a unos y a otros que su *salvación*²³⁴ depende de él; (b) ganarse al sector que tenga más poder, así hará inclinar la balanza del control a su lado, sin tener que acudir a reforzar su guardia para contener a unos o verse obligado a despojar de sus armas a los otros.

²³⁴ *Sôtéria*. La modernidad, tan laica ella, tan becerro de oro reemplazará este término por el de «seguridad». Una infame frase de Mulugeta Tesfakiros sintetiza el estado de la cuestión: «La mayoría de la gente quiere tener ante todo seguridad. Después, comida y por último ... democracia». El País, Madrid, 6 de noviembre de 2014.

Seis grandes y complejos procedimientos que Aristóteles, como es su costumbre, resume en cuatro apretadas medidas (1315a 40 y ss.): (1) el tirano debe *aparecer* ante sus súbditos como buen administrador o rey y no como el tirano que es; (2) *mostrarse* no como alguien que arrebatara y se apropia de “la vida honra y bienes” (como ahora decimos) de los otros, sino como su guardián y protector (*epítropos*); (3) *presentarse* ante los demás como alguien que lleva una vida mesurada, para nada entregada a los excesos; y (4) que se gana el favor de los *notables* (*gnōrimous*) y que sabe conducir a la muchedumbre (*pollous dēmagōgeîn*).

Bautizamos este segundo método llamándolo «el método Ortagórida» *siguiendo los pasos (como casi siempre) de Aristóteles (1315b 12 y ss.)*, cuando nos dice que la tiranía que más duró fue la de Ortágoras y sus descendientes (que alcanzó los cien años)²³⁵ y atribuye la causa de su larga duración *en general* a (1) que gobernaron con moderación (*metriōs*, 1315b 15, la palabra clave de este segundo método) y (2) a que en muchas ocasiones se sometían a las leyes (*toîs nómois*); y *en particular*, refiriéndose a Clístenes, el nieto de Ortágoras, a (3) sus aptitudes guerreras que lo hicieron destacar de la masa indistinta²³⁶; (4) sin por ello dejar de ganarse al pueblo con sus cuidados (*epiméleia*); y (5) cita como ejemplo de ello el caso del juez que le negó la victoria a Clístenes el tirano. Su benévola respuesta, en lugar de vengativa fue la de concederle una corona e

²³⁵ 670-570 a.C. son las fechas aproximadas que dan los historiadores y que van desde Ortágoras hasta su nieto Clístenes, el tirano de Sición (601/600-570 a.C).

²³⁶ *Eukataphrónetos*, es el adjetivo (vulgar, común, despreciable) que en ese contexto se emplea en 1313a 12 y aquí en 1315b 17.

incluso, si hacemos caso a lo que «*algunos dicen*» (*advierde el Estagírita*), una estatua sedente en el ágora²³⁷. Finaliza su recuento Aristóteles, como quien no quiere la cosa, con esa deliciosa anécdota que ya comentamos: «*dicen* que también Pisístrato aceptó ser llamado a juicio al Areópago». En esas cinco grandes características de la forma de gobernar de los Ortagóridas están en embrión los seis grandes y complejos procedimientos que con el tiempo los tiranos de la época arcaica fueron desarrollando a partir de esa “primera piedra” Ortagórida. De ahí la razón por la que este segundo método lo llamamos con su nombre.

En fin, tales son los *dos métodos*, magistralmente analizados por Aristóteles en esto que hemos llamado *Breve manual para tiranos*. Mi tesis es que Pisístrato supo reunir a lo largo de su vida esa colección de tretas y maneras para ascender a la tiranía y conservarse en el poder. Pisístrato, el inmejorable discípulo del *método Periandro* para llegar al poder, se convirtió en incomparable maestro del *método Ortagórida*, cuando después de conquistar el poder válido del garrote, los asesinatos y los exilios, logró modelar para sí mismo –pacientemente con una insistencia y tozudez admirables, durante treinta y tres años de agitada vida tiránica, catorce en el destierro y diecinueve en el poder (otra vez es Aristóteles el que hace el cálculo)– la figura del sabio, dulce y filantrópico gobernante, benefactor y creador de una elogiada «Edad de Crono». El premio para

²³⁷ Consulté a mi guía para estos casos, Pausanias (II, 9) en su descripción del ágora de Sición, pero ya no la menciona. Sí lo hace con el «pórtico de Clístenes» así llamado porque lo mandó a hacer con el botín de la guerra que hizo junto a los anficiones contra Cirra.

tantas fatigas y esfuerzos de este aplicado tirano consistió en que, habiéndose metido a este “ingrato” oficio de *déspota* en el que «las tiranías han sido en su mayoría de corta duración (1315b 39-40)»²³⁸ murió (1) viejo, (2) en el poder y (3) de enfermedad, como dice el “epitafio” aristotélico, siendo arconte Filóneo (528/7 a.C. *Constitución de los atenienses*: 17,1)²³⁹.

Murió de viejo, en el poder y de enfermedad. Así murió nuestro tirano en Atenas. Excepcional fin para un tirano *completo*. Pero como enseñó Goette, «todo lo que nace merece perecer», la tiranía en Atenas acabó con la segunda generación de Pisistrátidas. Solo que para explicar cómo acabaron los Pisistrátidas y cómo durante los siguientes cien años los tiranos no pudieron volver a Atenas, pese a sus repetidos intentos, debemos meternos con la más

²³⁸ Bonita forma de decir que la mayoría -los que no aplicaron ninguno de los dos métodos- fueron derrocados o asesinados miserablemente: ellos, o sus hijos, o sus nietos; o como en el caso de Periandro que, pese a su método, terminó amargado, buscando la muerte por interpuesta persona.

²³⁹ Sí, ya lo sé. Más de uno al escuchar la tosca síntesis que he hecho del *Breve manual para tiranos*, piensa en Maquiavelo, cosa en la que, en principio, estoy de acuerdo. Pero nunca, jamás, con esa caricatura que se ha hecho de Maquiavelo, un Maquiavelo “maquiavelizado”. Por el contrario, Maquiavelo es el último de los grandes hombres que estaba más que preparado para comprender la teoría política de la antigüedad. No se puede separar el Maquiavelo que de día *dicen* que da consejos al *Príncipe* (nunca olvidar que su libro no se llamará así en singular, sino en plural: *Los Principados*) del Maquiavelo que de noche confiesa su devoción a la República, comentando paso a paso a Tito Livio. Como saben, el tercer ciclo de nuestras charlas estará dedicado a la teoría política en el Renacimiento.

prodigiosa máquina, con la más hermosa –y extremadamente frágil y angustiosamente plena de contradicciones y ... tantas otras cosas– forma de gobierno que ha intentado mal o bien hacer frente la tiranía: la invención –siempre por venir– de la Democracia. Y eso será, si nos dejan, el tema del próximo cuaderno.

Bibliografía

Fuentes antiguas

Aristóteles

- *Constitución de los Atenienses*. Introducción, traducción y notas de Manuela García Valdés. Madrid, Gredos, 2008.
- *La Constitución de Atenas*. Edición Bilingüe, traducción y notas, con estudio preliminar por Antonio Tovar. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1970.
- *Politeia*. Prólogo, versión directa del original griego y notas por Manuel Briceño Jáuregui, s.j. Estudio preliminar e introducciones por Ignacio Restrepo Abondano. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1989.
- *Política*. Introducción, traducción y notas de Manuela García Valdés. Madrid, Gredos, 2008.
- *Política*. Introducción, traducción y notas de Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez. Madrid, Alianza, 1997.
- *Política*. Edición Bilingüe y traducción por Julián Marías y María Araújo. Introducción y notas de Julián Marías. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983.



- *Ética a Nicómaco*. Edición bilingüe y traducción de María Araújo y Julián Marías. Introducción y notas de Julián Marías. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1981.
- *Retórica*. Edición del texto con aparato crítico, traducción, prólogo y notas por Antonio Tovar. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990.

Diógenes Laercio

- *Diogenes Laertius. Lives of Eminent Philosophers*. With an English translation by R.D. Hicks, M.A., in two volumes. Cam/Mass. The Loeb Classical Library (*en adelante LCL), 1980.
- *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*. Traducción, introducción y notas de Carlos García Gual. Madrid, Alianza, 2013.

Diodoro Sículo

- *Diodorus Siculus*. With an English translation by C.H. Oldfather. Cam/Mass. LCL, 1998.
- *Biblioteca Histórica*. Madrid, Gredos, 2001.

Dioniso de Halicarnaso

- *The Roman Antiquities of Dionysius of Halicarnassus*. With an English translation by Earnest Cary, Ph.D. In seven volumes. Cam/Mass. LCL, 1939.
- *Historia Antigua de Roma*. Madrid, Gredos, 1982.

Estrabón

- *The Geography of Strabo*. With an English translation by H. L. Jones. Cam/Mass. LCL, 1917-32.

- *Geografía*. Madrid, Gredos, 2003.

Heródoto

- *Herodotus*, with an English translation by A.D. Godley, in four volumes. Cam/Mass. LCL, 1946.
- *Historia*. Obra completa. Traducción y notas por Carlos Schrader. Madrid, Gredos, 1977.

Homero, Iliada

- Edición Bilingüe de F. Javier Pérez. Madrid, Abada, 2016.
- Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño. México, UNAM, 1996.
- Traducción de Emilio Crespo. Barcelona, Gredos, 1991.
- Traducción en verso de Fernando Gutierrez. Barcelona, RBA, 1995.
- Edición y traducción de Antonio López Eire. Madrid, Cátedra, 1991.

Lírica Griega Arcaica

- *Lyra Graeca*. Newly edited and translated by J. M. Edmonds. Cam/Mass. LCL, 1963.
- *Líricos Griegos. Elegíacos y Yambógrafos Arcaicos*. Texto Griego y traducción por Francisco R. Adrados. Barcelona, Alma Mater, 1959.
- *Elegy and Iambus*, in two volumes, newly edited and translated by J. M. Edmonds. London, LCL, 1954.
- *Líricos griegos arcaicos*. Texto griego y traducción por Juan Ferraté. Barcelona, Acantilado, 2000.

- *Antología de la Poesía Lírica Griega*. Selección, Prólogo y traducción de Carlos García Gual. Madrid, Alianza, 2001.

Pausanias

- *Descripción de Grecia*. Traducción y notas por María Cruz Herrero Ingelmo. Madrid, Gredos, 1993.
- *Description of Greece*, with an English translation by W. H. S. Jones, in six volumes. London, LCL, 1918.
- *Descripción de Grecia*. Traducción y notas por Antonio Tovar. Barcelona, Orbis, 1986.

Plinio el Viejo

- *Natural History*. H Rackham and W.H.S. Jones. 10 Vols. Cam/Mass. LCL, 1938.
- *Historia Natural*. Madrid, Gredos, 4 Vols. 1995.

Plutarco

- *Vidas Paralelas*, Obra completa. Introducción, traducción y notas por Aurelio Pérez Jiménez. Madrid, Gredos, 1996.
- *Plutarch's Lives*, with an English translation by Bernadotte Perrin, in eleven volumes. London, LCL, 1948.
- *Obras morales y de costumbres*. Madrid, Gredos, 1986.

Presocráticos

- *Edición Bilingüe*, introducción, traducción y notas por Ramón Cornavaca, Buenos Aires, Losada, 2009.
- *Introducciones, traducciones y notas por varios traductores*. Madrid, Gredos, 3 Vols. 1978.

Tucidides

- *Thucydides*, with an English translation by Charles Forster Smith, in four volumes. London, LCL, 1935.
- *Historia de la guerra del Peloponeso*. Introducción, notas y traducción por Antonio Guzmán Guerra. Madrid, Alianza, 1989.
- *Historia de la guerra del Peloponeso*. Introducción, notas y traducción por Juan José Torres Esbarranch. Madrid, Gredos, 1982.

Referencias bibliográficas

Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona, Paidós, 1993.

_____. *Entre el pasado y el futuro*. Barcelona, Península, 1996.

_____. *Sobre la revolución*. Madrid, Alianza, 2009.

Austin, M. y Vidal-Naquet, Pierre. *Economía y sociedad en la antigua Grecia*. Barcelona, Paidós, 1986.

Barceló, P. y Hernández de la Fuente, D. *Historia del pensamiento político griego*. Madrid, Trotta, 2014.

Benveniste, Emile. *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*. Madrid, Taurus, 1983.

Burgièrre, André et. al. *Historia de la familia*. Madrid, Alianza, 1988.

Chantraine, Pierre. *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*. París, Klincksieck, 1999.

- Detienne, Marcel. *La invención de la mitología*. Barcelona, Península, 1985.
- _____. *La escritura de Orfeo*. Barcelona, Península, 1990.
- _____. *Cómo ser autóctono*. Buenos Aires, FCE, 2005.
- _____. *Dioniso a cielo abierto*. Barcelona, Gedisa, 1986.
- _____. Y Vernant, Jean Pierre. *Las artimañas de la inteligencia*. Madrid, Taurus, 1988.
- Ehrenberg, Víctor. *The Greek State*. The Norton Library, New York, 1960.
- _____. *From Solon to Socrates. Greek History and Civilization during the sixth and fifth centuries B.C.*
- Finley, M. I. *La Grecia Primitiva: Edad del Bronce y Era Arcaica*. Barcelona, Crítica, 1983.
- _____. *La Grecia antigua*. Barcelona, Crítica, 1984.
- _____. *El nacimiento de la política*. Barcelona, Crítica, 1986.
- Fränkel, Hermann. *Poesía y filosofía en la Grecia arcaica*. Madrid, Visor, 1993.
- Foucault, Michel. *Lecciones sobre la voluntad de saber*. Buenos Aires, FCE, 2012.
- Gernet, Louis. *Antropología de la Grecia antigua*. Madrid, Taurus, 1980.
- Goette, Hans Rupprecht. *Athens, Attica and the Megarid. An Archaeological guide*. London - New York, Routledge, 2001.
- Greenblatt, Stephen. *El tirano. Shakespeare y la política*. Madrid, Alfabeto, 2018.

- Gschnitzer, Fritz. *Historia Social de Grecia*. Madrid, Akal, 1987.
- Gyula, Décsy. *The Indo-European Proto-Language*. Eurolingua, Bloomington, Indiana, 1991.
- Hall, Jonathan M. *Hellenicity. Between Ethnicity and Culture*. University of Chicago Press, 2002.
- _____. *A History of the Archaic Greek World*. Wiley and Sons, 2007.
- Hansen, Mogens Herman. *Polis. An Introduction to the Ancient Greek City-State*, Oxford University Press, 2006.
- Hartog, François. *El Espejo de Heródoto*. Buenos Aires, FCE, 2002.
- _____. *Memoria de Ulises*. Buenos Aires, FCE, 1999.
- Huxley, Aldous. *Un mundo feliz*. Madrid, Cátedra, 2006.
- _____. *Nueva visita a un mundo feliz*. Bogotá, Planeta, 1985.
- Kolb, Frank. *La ciudad en la antigüedad*. Madrid, Gredos, 1992.
- Liddell, H. G. et al. *A Greek-English Lexicon*. New York, Oxford University Press, 1996.
- Longo, Oddone. *El universo de los griegos*. Barcelona, Acantilado, 2009.
- Loreaux, Nicole. *Nacido de la tierra*. Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2007.
- _____. *La guerra civil en Atenas*. Madrid, Akal, 2008.
- Mossé, Claude. *Historia de una democracia: Atenas*. Madrid, Akal, 1987.

- _____. *La Tyrannie dans la Grece antique*. París, PUE, 1969.
- Murray, Oswyn. *Grecia antigua*. Madrid, Taurus, 1981.
- Osborne, Robin. *La formación de Grecia*. Barcelona, Crítica, 1998.
- Pomeroy S. B. et. al. *La antigua Grecia*. Barcelona, Crítica, 2001.
- Queyrel, Anne. *Athènes, la cité archaïque et Classique du VIII^e siècle a la fin du V^e*. Paris, Éditions A. et J. Picard, 2003.
- Rauflaub Kurt A. and Hans van Wees. *The Blackwell Companion to the archaic Greek World*. Malden, MA, and Oxford, 2007.
- Roussel, Denis. *Tribu et cité. Études sur les groupes sociaux dans les cités grecques aux époques archaïque et classique*. Paris, Les Belles Lettres, 1976.
- Stahl, Michael. *Gesellschaft und Staat bei den Griechen (I, Archaische Zeit; II, Klassische Zeit)*. Paderborn, Schöningh, 2003.
- Vernant, Jean-Pierre. *Entre mito y política*. México, FCE, 2002.
- _____. *Atravesar fronteras*. Buenos Aires, FCE, 2008.
- _____. Y Vidal-Naquet, Pierre. *Mito y tragedia en la Grecia antigua*. Madrid, Taurus, I (1987), II (1989).
- Vidal-Naquet, Pierre. *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego*. Barcelona, Península, 1983.
- Weber, Max. *Economía y Sociedad*. México, FCE, 2005.

Lecciones de teoría política II, tomo 2 de la colección
Cuadernos para la libertad, se terminó de producir en los talleres
gráficos de AF&M Producción Gráfica S.A.S., en diciembre de 2021.
Las fuentes tipográficas empleadas son 11 puntos en texto recorrido
y 18 puntos en títulos.

Tuvimos la ocasión de dar ya nuestros primeros rodeos en torno a la *stásis* (en realidad, como en las desgracias que ocurren en nuestras vidas, son ellas las que en realidad nos rodean y asedian), ahora tenemos la ocasión de estudiar la segunda cabeza de la bestia política: la tiranía, porque así nos lo manda el fin de la época arcaica en la Grecia antigua.

¿Qué tiene de malo un guía, un caudillo que sirva al pueblo, que tome sus banderas, sea su voz, sea su conductor y que le marque el camino hacia la paz y la prosperidad? A esos griegos no los entiende nadie: siglos quejándose de la opresión, la explotación y la dominación de una manotada de oligarcas y viene un caudillo, todo un señor caudillo que les arrebató el poder a esos pocos señores ricos y pone a sus gentes a trabajar en grandes obras públicas, a exportar a lejanos confines un cúmulo de productos mejorados, que se rodea de sabios, poetas y artistas de todo tipo, que establece fuertes y fructíferas relaciones con otros semejantes a él y, ¿se quejan? Adiós a las discordias, a los disturbios, a los levantamientos: él ha pacificado la región, ha estrangulado la *stásis*; se preocupa por nosotros y se ocupa de nosotros, para que nosotros nos ocupemos de nuestras cosas. ¿Qué tiene de malo todo esto? Sí ¿qué vieron de malo en esos buenos tiranos, los griegos? Se los aguantaron una, dos, pero no más de tres generaciones. Terminaron desterrándolos o asesinandolos, y todo eso *¿por qué y para qué?*

¿Qué es lo que hace que un tirano sea tirano? Si un tirano es tirano no (solamente) por ser cruel, violento, sanguinario (ya que la violencia y la crueldad, desafortunadamente, no es propiedad privada de esta particular forma de gobernar); si hay tiranos buenos, emprendedores y cultos, ¿qué los hace ser, pese a todo, *tiranos*?

ISBN: 978-958-5578-84-5



9 789585 578845